

VOZ de la tribu

REVISTA DE LA SECRETARÍA DE EXTENSIÓN DE LA UAEM

NÚMERO 1

AGOSTO DE 2014

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

\$30

Registro en trámite

El texto y la
Universidad
Iván Illich

El origen y el fin
de la Universidad
Javier Sicilia

Un binomio perfecto:
Universidad-sociedad
Un diálogo con Alejandro Vera

Universidad social-
mente responsable
Miguel Albarrán

Universidad y política
Ignacio Ellacuría

Un salto al vacío
Obra del pintor
Huáscar Taborga



Universidad y Sociedad



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS



Universidad Autónoma del
Estado de Morelos

Dr. Alejandro Vera Jiménez
Rector

Dr. José Antonio Gómez Espinosa
Secretario General

Javier Sicilia
Secretario de Extensión

Francisco Rebolledo
Director de Difusión Cultural

NÚM. 1 AGOSTO DE 2014

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Albarrán
Pietro Ameglio
Alejandra Atala
María Elena Ávila
Ethel Krauze
Francisco Rebolledo
Jean Robert
Javier Sicilia
Ignacio Solares

Director

Francisco Rebolledo

Editor

Roberto Abad

Diseño y formación

Araceli Vázquez

Impresión: Amaquemecan, Servicios Editoriales

Teléfono: (777) 3 29 70 00

Correo electrónico: difusioncultural@uaem.mx

[Facebook.com/Vozdelatribu](https://www.facebook.com/Vozdelatribu)

Camino antiguo a Ahuatepec 68, Col. Lomas
de Cortés, Cuernavaca, Morelos, C.P. 62240

La responsabilidad de los artículos publicados en la revista **Voz de la tribu**, revista de la **Secretaría de Extensión de la UAEM**, recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución. No se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.



Fotografía de Rodrigo Nagore

Marcha en protesta por el asesinato del
Dr. Alejandro Chao Barona, mayo 2014

FORO

- 5 *El texto y la universidad*
Iván Illich
- 14 *El origen y el fin de la Universidad*
Javier Sicilia
- 27 *Un binomio perfecto: Universidad-sociedad,
Un diálogo con Alejandro Vera*
Francisco Rebolledo
- 31 *Universidad socialmente responsable en
un escenario de crisis global*
Miguel Albarrán
- 39 *La universidad y política*
Ignacio Ellacuría
- 48 *Por una humanidad culta,
Universitarios contra el maltrato animal*
Rocío Mejía

VISIONES

- 53 *Un salto al vacío*
Entrevista al pintor Huáscar Taborga
Roberto Abad

VOCES DE LA COMUNIDAD

- 65 *Presencia en la neblina, Emily Dickinson*
Alejandra Atala
- 68 *El teatro en las aguas de la memoria*
La cultura escénica
Susana Frank
- 72 *Gandhi, la idealización de un hombre*
Lucio Ávila

MISCELÁNEA

- 75 *Réquiem*
Poemas de Alejandro Chao Barona
- 80 *Pequeños actos de magia*
Efraím Blanco
- 83 *Y... ¿por qué la Rana Sabia?*
José Ramón Corona
- 87 *Ocuituco, un pueblo de silencios*
Susano Ibarra

HUELLAS

- 90 *Pasión por el blues*
Patricia Godínez e Ina Larrauri

CARTELERA CULTURAL

Hidra en vil sobresalto que antaño oyera al ángel dar más puro sentido a la voz de la tribu...

“La tumba de Edgar Allan Poe”, STÉPHANE MALLARMÉ
Trad. Ulalume González de León



Fotografía

Exposición *Las 3 miradas*
De Ricardo Modi
Del 6 al 28 de agosto
De 9:00 a 19:00 h.
Acceso gratuito
Galería Víctor Manuel Contreras,
Torre Universitaria de la UAEM,
Av. Universidad 1001, col. Chamilpa



Artes plásticas

Exposición y foro de discusión:
La imagen como vivencia
Alumnos del Taller de indagación del
Mtro. Roger Von Gunten
Del 4 al 25 de septiembre
De 9:00 a 19:00 h.
Acceso gratuito
Galería Víctor Manuel Contreras,
Torre Universitaria de la UAEM,
Av. Universidad 1001, col. Chamilpa



Multidisciplinario

Yoga en la UAEM
(clase masiva)
Por Gaby Zermeño
22 de agosto, 26 de septiembre
y 31 de octubre
12:00 h.
Acceso gratuito
Explanada principal de la Torre
Universitaria, Av. Universidad
1001, col. Chamilpa



Teatro / cine

Obra *Perseguir tu sombra* y
proyección del documental
Cuerpo presente
Asociación Connosotros
Acceso gratuito

10 de septiembre
Auditorio del Instituto de
Ciencias de la Educación
12:00 h.

24 de septiembre
Auditorio Emiliano Zapata
de la UAEM
17:00 h.

PROGRAMA DE COLABORACIÓN UAEM-UNAM 2014

Literatura

Ciclo de conferencias
Entre escritores te leas
Invitado: Leo Eduardo Mendoza
27 de agosto, 13:00 h.
Acceso gratuito
Biblioteca Central de la UAEM,
Av. Universidad 1001, col. Chamilpa

Cine

Ciclo del FICUNAM
2, 11, 17 y 25 de septiembre
De 13:00 a 16:00 h.
Acceso gratuito
Auditorio César Carrizales,
Torre Universitaria de la UAEM
Av. Universidad 1001,
col. Chamilpa

Teatro

Los huéspedes reales
Dir. Fernando Morales
3 de septiembre
17:00 h.
Acceso gratuito
Auditorio Emiliano Zapata
de la UAEM
Av. Universidad 1001, col.
Chamilpa

Informes

Correo electrónico: difusioncultural@uaem.mx
Facebook.com/DifusionculturalUAEM



LA CRISIS POR LA que atraviesa México, igual que una criatura mitológica, tiene varias caras. Para conocerlas, basta con informarse de lo que acontece todos los días: la violencia, la miseria, la corrupción, el narcotráfico y el crimen organizado asuelan prácticamente toda la geografía de nuestra nación. Frente a esta situación vale la pena preguntarse qué puede hacerse para detener esta barbarie que hunde al país en un vórtice que parece no tener fin.

Cabe también cuestionar el papel de las instituciones académicas y sus deberes ante la sociedad: cómo actuar desde su entorno. La proyección social de las universidades públicas ya no sólo es una alternativa, sino una necesidad para retomar el camino del crecimiento armónico en un ambiente de paz, justicia y libertad que han condenado al olvido las políticas económicas que se vienen aplicando en nuestro país desde hace más de tres décadas. Un tópico que requiere de tiempo, análisis y, finalmente, cambios. En una plática que sostuvimos con el rector de nuestra universidad y que aparece transcrita en esta revista, el Dr. Alejandro Vera nos decía:

“Desde mi punto de vista, la extensión no tiene que obviar el momento histórico que la universidad está atravesando, el cual considero que es el de una emergencia nacional y, por supuesto, hablar de extensión desde la universidad implica hablar de este momento histórico, que demanda una reconfiguración total”.

En este sentido, la Universidad Autónoma del Estado de Morelos está consciente de que, para reconstruir el tejido social, para que nuestro país se reoriente hacia horizontes más promisorios, se necesitan acciones firmes, voces críticas y enérgicas, e ideales que beneficien a la sociedad en general.

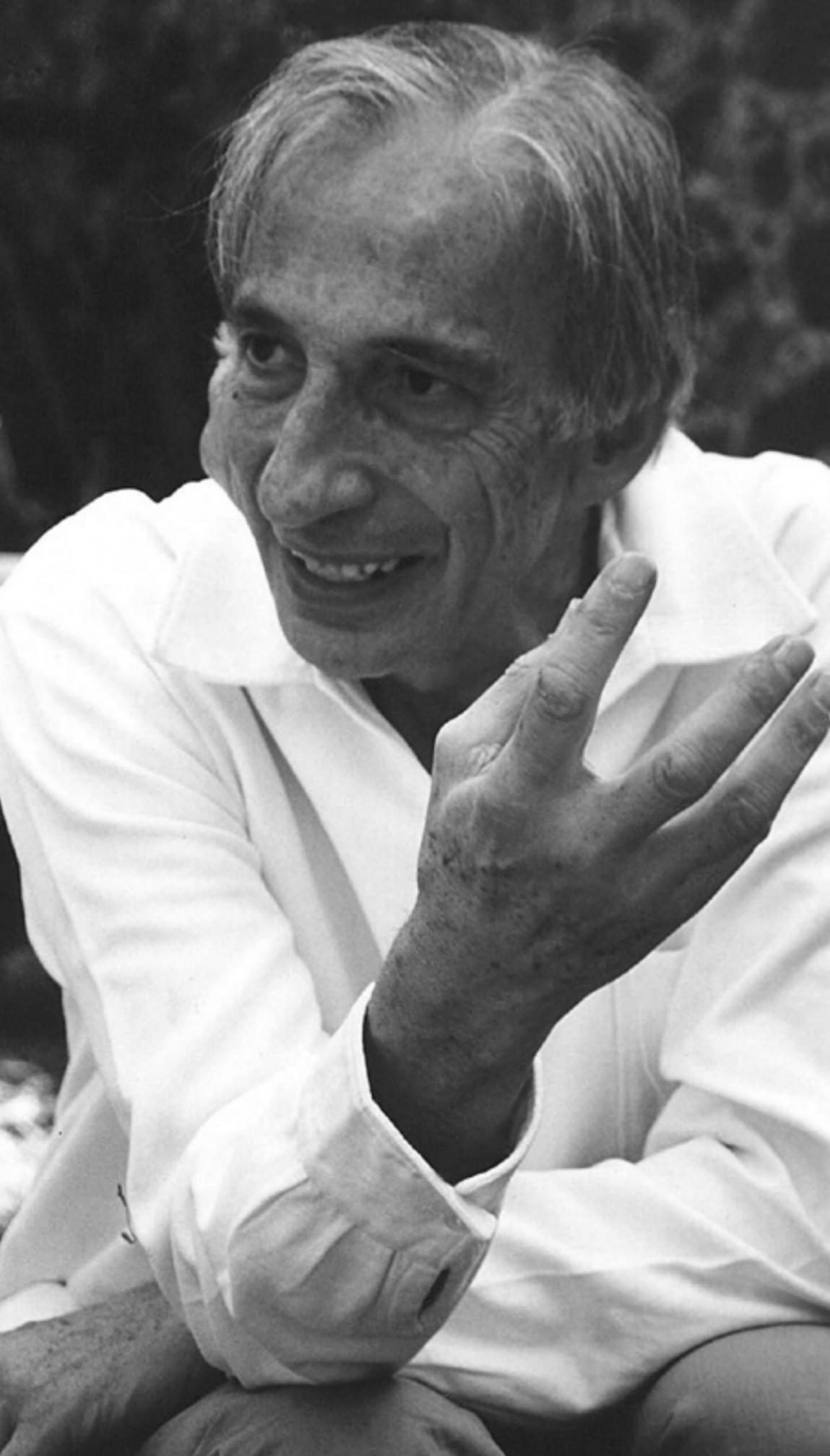
Así, la Secretaría de Extensión de la UAEM actualmente desarrolla un proyecto que pretende devolver a la universidad su sentido social y comenzar a gestar cambios a través de diferentes medios. Uno de ellos, que nace con la primicia de ser un espacio para el diálogo, es la *Voz de la tribu*, una revista trimestral en cuyas

páginas se podrán leer textos dedicados a explorar críticamente las problemáticas del país y del mundo, así como a indagar en la cultura de las comunidades y en los movimientos sociales.

En el marco del tema al que está dedicado este primer número, *Universidad y sociedad*, el lector encontrará en la sección **Foro** un excelente ensayo del pensador nacido en Dalmacia, Iván Illich, sobre la evolución de la escritura y los libros, y el cobijo que las viejas universidades le dieron a ambos; un texto crítico del jesuita vasco, Ignacio Ellacuría, en el cual se plantea la proyección política de la Universidad; un ensayo de Javier Sicilia que nos introduce a los orígenes de la Universidad Nacional y a su situación en el México actual; un análisis sobre los retos que la universidad debe de tomar en cuenta ante la globalización, de Miguel Albarrán; una plática con el rector de nuestra máxima casa de estudios, el Dr. Alejandro Vera, y un artículo de Rocío Mejía Ornelas, quien relata el trabajo que realiza un grupo de estudiantes de la UAEM con animales en estado de abandono.

En **Visiones**, presentamos una charla con el acuarelista Huáscar Taborga, quien nos comparte algunas de sus hermosas pinturas. En **Voces de la comunidad** aparecen las columnas sobre poesía, teatro y cine de Alejandra Atala, Susana Frank y Lucio Ávila. En **Miscelánea**, a modo de homenaje, Javier Sicilia nos presenta una muestra de la poesía de Alejandro Chao Barona; aparecen también un cuento de Efraím Blanco, el texto de José Ramón Corona acerca del 25 aniversario de la Librería *La Rana Sabia*, y una breve crónica del municipio de Ocuituco escrita por Susano Ibarra. Para finalizar, en la sección **Huellas** podremos leer la entrevista a un integrante de la juvenil *Blues Band*, que realizaron Patricia Godínez e Ina Larrauri.

Esperamos, amable lector, que en las páginas siguientes encuentres satisfechas las expectativas que nos hemos propuesto; que nos acompañes desde ahora en la travesía que hemos iniciado, y que sostengas un sabroso diálogo con nosotros a través de la sección que aparecerá a partir del próximo número: la **Voz del lector**. ■



EL TEXTO Y LA UNIVERSIDAD

LA IDEA Y LA HISTORIA DE UNA INSTITUCIÓN ÚNICA

Iván Illich

Traducción de Jean Robert

Durante la celebración del vigésimo aniversario de la Universidad de Bremen, Iván Illich dictó la conferencia que ahora presentamos y que fue publicada en el número 34 de la revista Opciones. Esas reflexiones, que hablan del origen de la universidad, de sus vínculos con la página escrita y el libro, y del desafío que enfrenta en la era de la informática, es un material importante para reflexionar sobre la naturaleza propia de la universidad como el lugar del saber, e intentar defenderla de las tendencias económicas que buscan convertirla en un tecnológico, es decir, en una empresa de información sin sentido ni legitimidad.

OCUPÉ AYER, por primera vez, un asiento en el equivalente alemán del Shinkansen, el tren súper rápido japonés. Se llama aquí Intercity Express. A unos cuantos minutos –pero quién sabe a cuántos kilómetros– de Hannover, un desconocido me llamó por mi nombre y me dijo que era lector de mis libros desde hacía más de veinte años. Aún antes de que tomásemos juntos, en Hannover, el tren hacia Bremen, nos encontramos envueltos en una conversación entre colegas. Es profesor de física, especializado en el “estado sólido”, y evidentemente le apasiona lo que hace y enseña. Quién sabe cómo, hablar de los materiales que se emplean en las conexiones de los trenes japoneses resulta fascinante. Pero pronto pasamos de las maravillas del silicón y del germanio a un punto delicado que nos puso a los dos a cavilar: cuán graves consecuencias tiene la confusión de la gente, en el parlamento lo mismo que en la televisión, cuando cree que lo que este colega mío hace y enseña es ciencia. Él traza bien la distinción entre su actividad y la vieja tradición del saber, como lo hacen mis colegas del Laboratorio de Estado Sólido de la Universidad de Pennsylvania, de la cual proviene parte de mis ingresos. Para nosotros se so-

brentiende que lo que se llama ciencia hoy es, solamente, investigación financiable. Lo que se hace, tanto en la física de los cuerpos sólidos como en la investigación genética o en la lógica, es la quintaesencia de la factibilidad. Para nosotros, es evidente que estos quehaceres nada tienen que ver con el saber, el diseño, el sentido o el ser. Lo que en el camino a Bremen nos mantuvo despiertos a los dos fue el aspecto falsamente esotérico de nuestro entendimiento, el hecho de que nos topamos constantemente con colegas aún no permeados por esta evidencia.

En el mundo de habla alemana, la época del fetichismo inocente frente a la ciencia se terminó, cuando más, con la conferencia de despedida del profesor Hartmut von Hentig. Soy de los que creen que hay ponencias que hacen época. Las palabras pueden tener ese efecto cuando el que las pronuncia ha adquirido credibilidad pública, lo cual se consigue, por lo general, tras haber recorrido, cojeando, un camino escabroso. Hentig tuvo la honestidad de hacer que su conferencia inaugural, pronunciada decenios atrás, tuviera como continuación esta ponencia de despedida. Es un testimonio sobre un hombre, una “vida”, en el sentido de *bios*. Pero constituye también,

para el lector un reto ineludible: el de despojar de su falsa inocencia la reivindicación institucional de la ciencia por parte de la universidad.

Nadie puede reprochar a Hentig falta de respeto a sabias tradiciones. Para poder escapar a su juicio, sería preciso escapar a la seriedad de sus palabras. Y Hentig habla claro. En su opinión, la “ciencia” perdió, en los últimos 20 años, casi todas sus razones para aspirar al respeto y la credibilidad. Se convirtió en una empresa venal que se vende al mejor postor, desde los ministerios

La tesis que aquí defiendo es que la universidad no necesita del abrigo de la ciencia para afirmar su legitimidad.

hasta los medios de comunicación. Se hace la importante mediante el exhibicionismo administrativo. Su concepto clave es el de “banco”. Tanto los pedagogos como los astrónomos, los especialistas en tecnología genética como los sociólogos, bombean datos hacia “bancos”, en donde se les conserva antes de someterlos, para su calificación, a la consideración de gremios dominados por la misma especie de productores de datos. La falta de sentido de los datos se ha vuelto el criterio fundamental para su reconocimiento como contribución al enriquecimiento de la ciencia.

Tal es, si quieren, el corazón del argumento de Hentig, aunque ese querido y respetado amigo se haya expresado con más sutileza que la mía. En este auditorio sé que puedo esperar que muchos de los presentes hayan leído esta ponencia de despedida. Como dije, marcó una época. Es por esta impresión que también puedo suponer que las proclamaciones de fe científica que nos cayeron en avalancha encima el día de ayer¹, tienen, para muchos de ustedes, un sonido tan hueco como el que tenían hace pocos años, para personas razonables de la República Democrática Alemana, las proclamaciones de fe marxista. Los pocos que hablan como Hentig se refieren a un deslizamiento de tierra que ya se encuentra tan atrás de nosotros como la volatilización de las categorías marxistas, aunque de ese otro cambio histórico casi no se habla todavía. Y es precisamente en la celebración de este

¹ Illich se refiere a las conferencias pronunciadas durante el primer día de las celebraciones del vigésimo aniversario de la Universidad de Bremen, a mediados de octubre de 1991 (N. del T.).

cambio que veo una posibilidad única de festejar los veinte años de la Universidad de Bremen. Los participantes en estas festividades podrían ocuparse, por ejemplo, de la desaparición de la frontera entre ciencia y tecnología, con sus evidentes consecuencias. Es un cambio incalculablemente más profundo que la extinción simultánea de las imágenes del “enemigo rojo” y del “orgullo socialista” que puede ser simbolizada por la demolición del muro de Berlín. La fiesta que celebramos aquí podría servir para quitarle a la universidad el abrigo de cientificidad en el cual se envuelve tan friolentemente. Podría ser la ocasión de dejar a un lado los reproches gruñones sobre su falta de “cientificidad realmente existente”.

La tesis que aquí defiendo es que la universidad no necesita del abrigo de la ciencia para afirmar su legitimidad. La universidad es una institución muy específica de Europa occidental, donde nació hace unos 800 años; la cientificidad en el sentido de Newton –hablando con berlineses diría “de Humboldt”, y de “de Match” si hablase con vieneses– no es parte integrante de su ser. La universidad existía mucho antes de que existiera la ciencia y puede sobrevivir al efímero periodo en que ha sido legitimada por ella. Tal es, queridos anfitriones y colegas, la reflexión que quisiera dejar con ustedes para el semestre entrante: lo que en universidades más viejas que ésta se ha vuelto parte de la estructura, ustedes lo pueden dejar atrás como una enfermedad propia de la infancia.

Christian², magnífico y amigo, gracias a ti la universidad tomó la decisión de llamarme a mí, *panegyricus*, es decir, “conductor de las festividades”. Pero igual de significativo es para mí el hecho de hablar en este salón. He leído tus comentarios sobre la seriedad propia de los habitantes de Bremen. Hablas ahí de 400 años de fricción entre la tradición académica y la autonomía burguesa en Bremen. ¿Acaso no se puede pensar que el austero desapego de la academia bremense hacia los honores cívicos le da, más que a nadie, el privilegio de despojar a la universidad de su apariencia de cientificidad? Siguiendo tu consejo, miré hoy por la mañana la clave del séptimo arco, en la fachada de este edificio. Me divertí contemplando a Brema, la ninfa desnuda que cabalga sobre un delfín y que, blan-

² El profesor Christian Marzan, vicerrector de la Universidad de Bremen (N. del T.).

diendo la llave de la ciudad como si fuera un marco, mira a los ojos a la enjuta académica que se refleja en un espejo mágico. No dejé de notar la sonrisa descarada del muy satisfecho delfín y de compararla con el escrupuloso olisqueo del perro faldero de la Sabiduría. Aprovecho la oportunidad para agradecer formalmente al Senador Scherf por la hospitalidad de la ciudad que permitió que nos reunamos aquí, en la casa de Brema, la muy rebosante de vida, y no allí, en el laberinto de concreto de la ciencia³, para abordar el tema de la reforma universitaria, ¿qué mejor lugar que éste? Porque de esto se trata aquí: de reforma. A sólo veinte años de su fundación, cabe preguntarse si la de Bremen es una universidad reformada o si forma parte de la tradición de la *ecclesia semper reformanda*, porque se ha dado como tarea la reforma permanente. Por cierto, amigo Christian, la reforma con la que sueñas tiene poco que ver con reorganización, racionalización administrativa, democratización del acceso o financiamiento de la enseñanza y la investigación. Es preferible dejar ese tipo de reformas en manos de los funcionarios del Ministerio de la Educación y de sus interlocutores profesionales.

Más seductora sería la tentación de reducir la reforma de la universidad a la crítica histórica del quehacer científico. Esto hubiera estado a la vanguardia hace 20 años. Hace dos décadas, en efecto, se intentaba aún demostrar la cientificidad de la historia de las mujeres o de la ecología, a fin de conseguir que tuvieran su lugar en los planes de estudio. Pero, hoy hasta los legos saben que sólo queda un criterio para establecer la cientificidad de cualquier proyecto: “*let it be fundable research*”, transfórmese en investigación financiable. Hoy es científico cualquier proyecto que encuentra un financiamiento. Ésa es la razón de la creciente demanda, en los edificios universitarios, de metros cuadrados para manipular genes, estampar *chips* de germanio o elaborar datos, mientras las obras de Galeno, de Platón o de los escolásticos desaparecen de los estantes accesibles en las bibliotecas.

³ Cuando la universidad de Bremen fue construida, hace poco más de 20 años, ese conjunto de edificios de concreto y vidrio, funcionalmente flexibles y estructuralmente ampliables, representaba la última moda en arquitectura universitaria, y sus planos, junto con los de las universidades de Marburg y de Dortmund, se estudiaban en todas las escuelas de arquitectura de Europa. Estas nuevas universidades eran, además, la materialización de un nuevo concepto de la enseñanza universitaria (N. del T.).



Biblioteca de la Universidad de Bremen, 1980

Las formas de pensar inspiradas en la teoría de los sistemas han sepultado la mera posibilidad de búsquedas como las de la verdad, de la realidad o de la ética. Jugar con lo aleatorio y lo arbitrario se ha vuelto lo más importante, tanto en la teoría literaria posmoderna como en la informática y el periodismo. Una manera de pensar, lanzada en tiempos de Alain Turing y aplicada hoy desde la genética hasta la sociología –de Penrose a Luhmann–, ha hecho de la palabra ciencia un ectoplasma lingüístico sin contorno preciso, cuyas posibles connotaciones son tan numerosas que ya no designan nada que pueda ser identificado con alguna precisión. “Ciencia” se acerca cada día más a la categoría de palabras que Uwe Pörksen ha definido como “palabras-plástico”: amorfas como amibas y combinables entre sí como las piezas del juego de construcción “lego”; las “palabras-plástico” excluyen hasta la mera idea de “formar algo nuevo”, es decir, de reformar, cuando invaden el lenguaje. En el mejor de los casos, sirven para pedir ayuda.

La reforma de la que queremos hablar no tiene nada que ver con administración o ideología. La reforma de la cual hablo exige primero recobrar el sentido de aquello de lo cual la universidad es hija espiritual, así como de las circunstancias históricas bajo las cuales este “algo” permitió que naciera. ¿Cuándo, cómo y por qué esta nueva formación se desprendió de los colegios monásticos del siglo XIII? ¿Cómo ocurrió que en el tiempo del gótico, de las grandes peregrinaciones, de las órdenes mendicantes, cuando apenas se gestaba la idea de Euro-



Monje trabajando en un *scriptorium* medieval. Ilustración del siglo XV contenida en *Les arts au moyen age et a l'epoque de la Renaissance* de P. Lacroix. (Paris, 1869)

pa y empezaba la contienda filosófica sobre los universales, la tradición de la *ecclesia semper reformanda* produjera esta nueva forma de estudio? ¿Bajo cuáles condiciones necesarias podemos hablar hoy de la perpetuación de esta institución históricamente única? Lo que quisiera celebrar aquí, en plena edad de la informática, es la capacidad de una institución secular, única en su género dentro de la tradición occidental, de reformarse mediante una reflexión sobre el “algo”, la “cosa”, que la engendró hace casi 800 años.

Digo “una cosa” y así lo pienso: una cosa o, si prefieren, una técnica. Veo la universidad en el espejo de la página escrita y quiero, al respecto, exponer una tesis que pretendo volver plausible. Es la siguiente: “Durante el último tercio del siglo XII, la textura y el aspecto de la página escrita se modificaron a tal punto que podemos hablar de una nueva forma de (entre) tejer letras sobre pergaminos o, si prefieren, de una nueva técnica de la escritura. Es esta nueva técnica la que hizo posible la universidad y, literalmente, la dio a luz”. El espíritu que engendrará a la universidad tiene con ello una base material, que es, a su vez, una técnica compleja. Mediante esta técnica, la página de manuscrito, que era una regla de líneas cantantes, se transformó en el espejo de un orden pensado.

La metáfora de las *voces paginarum*, de las páginas cantantes, inspiraba las actitudes frente al libro. Leer era una forma de oír, y esto no sólo para el oyente de la *lectio*, sino también para el lector. Me he dedicado a estudiar la etología del fenómeno lectura, es decir, examino las diversas maneras de leer –y sus descripciones– con el ojo

de un estudioso de los comportamientos. Hasta bien adelantada la Alta Edad Media, la lectura era descrita como una actividad oral, en la que el lector recorría las líneas como las calles de un huerto, tomando y saboreando las palabras. La progresión dentro del libro era entendida como un paseo, una peregrinación y, en una época más tardía, como una aventura a través de las páginas, mientras se probaban y se digerían las frutas recogidas. Se le recomendaba al lector rumiar de noche el manjar ingerido en el libro durante el día. En todo ello, no se establecía ninguna diferencia entre el libro “leído” con los propios ojos o el que lo era con ojos ajenos. Petrus Venerabilis fue aquel gran abad de Cluny que inició la primera traducción del Corán. Su vecino de celda reporta que, desde el anochecer, un rumor parecido al de un panal provenía de la celda de Petrus: él rumiaba de noche las lecturas del día.

Leer era una actividad psicofísica que requería la acción de todos los sentidos. Cientos de textos dan testimonio de ello: era pasear y descansar, agarrar y mascullar. Choca a nuestros oídos repetir las exhortaciones de un maestro a sus discípulos: cuando sientan náuseas por los mordiscos que han tragado sin entender, les decía, deben regurgitarlos de nuevo del estómago a la boca para quitarles la corteza. Leer era un acto táctil y psicomotor: implicaba agarrar y tragar la palabra sonante. Siempre había sido una actividad ruidosa. El *scriptorium* monástico era un lugar estrepitoso; por ello, en todos los monasterios cistercienses se prohibía la copia de libros en las horas en que la regla prescribía “gran silencio”.

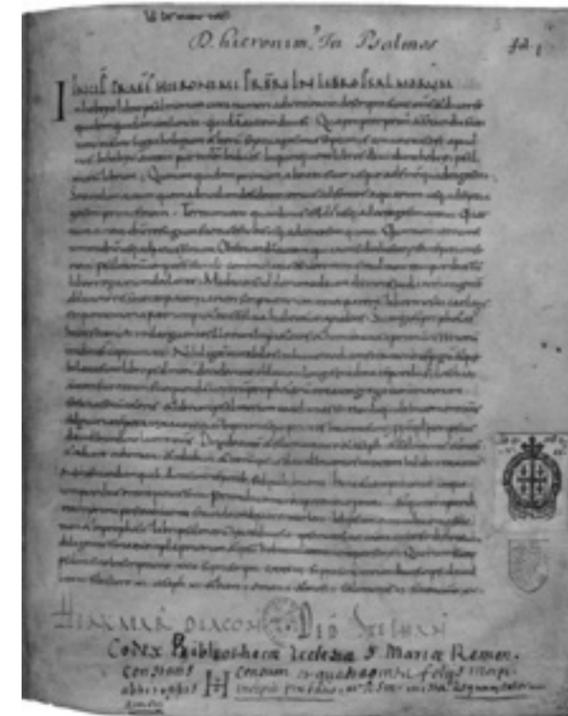
No existían condiciones técnicas para lo que nuestros pedagogos llaman “leer”. En los papiros y pergaminos de la Antigüedad, las separaciones entre palabras o nuestra puntuación eran cosas desconocidas. En vez de la puntuación moderna, anotaciones retóricas, casi musicales, indicaban dónde subir, bajar o interrumpir la voz. El autor no hablaba, dictaba: se decía de los esclavos escribanos que no registraban *dicta* (cosas dichas), sino *dictata* (cosas dictadas). Dictar era un arte que requería el dominio de una rítmica convencional, con la cual el oyente también tenía que familiarizarse⁴. La transición del rollo a las páginas cortadas del códice y las encuadernadas del libro, no cambió la percepción de la escritura como un interrumpido des-

⁴ Juego de palabras intraducible: *sich einlesen*: en-leerse, familiarizarse (N. del T.).

file de letras, que sólo la vocalización rítmica podría volver comprensibles. Se pretende que Beda el Venerable fue el primero en introducir separaciones entre las palabras escritas en pergaminos, lo cual, antes de él, sólo se hacía en las inscripciones grabadas en tablas de mármol o de bronce. Era nativo de Gran Bretaña, y se dice que la razón de su invento fue la terquedad de los escoceses que al parecer eran renuentes a entender el latín cuando estaba escrito sin espacios entre las palabras, vivían más allá del *Limes*, la frontera del mundo romanizado, y por ello el latín era verdaderamente una lengua extranjera para ellos. Si alguien en el auditorio duda de que nuestra forma de lectura sea imposible sin la separación de palabras, le recomiendo el experimento siguiente: que se ponga frente a una computadora y que trate de leer cualquier texto tras hacerlo aparecer en la pantalla y teclear la orden “borrar espacios”.

Algo fundamental cambió entre 1130 y 1200: más de media docena de inventos sucesivos desembocaron en una técnica radicalmente nueva. La forma de las letras latinas, que son los elementos de base de la nueva técnica, sólo sufrió modificaciones menores, pero estos elementos entraron en una arquitectura fundamentalmente distinta. La separación de las palabras –ya usual desde Beda– y los títulos –en los cuales ya había pensado Isidoro de Sevilla, pero que ahora se subrayaron y se distinguieron claramente de los subtítulos– no sólo se volvieron rutinarios, sino que se acoplaron a otras muchas innovaciones. La puntuación sustituyó a las antiguas anotaciones retóricas, se limpiaron los espacios interlineares de las glosas que solían contener y una pequeña luna o estrella –que hoy llamamos un asterisco– marcó el lugar al que correspondía cada nota. Se diseñaron de tal modo las páginas que el texto principal, con sus glosas, se destacó como un conjunto coherente. Se marcaron bien las citas, frecuentemente con una tinta de diferente color. Se numeraron los capítulos y a veces también los párrafos –y no sólo en las Sagradas Escrituras. Con ello se hicieron posibles las referencias, tanto de una parte a otra dentro del mismo codex como de un codex a otro. El índice se organizó jerárquicamente.

Y apareció la tabla alfabética de materias. En glosarios anteriores es posible encontrar ocasionalmente listas alfabéticas de palabras, pero nunca antes las materias habían sido dispuestas



Pergamino del siglo IX de Beda el Venerable, *Bibliothèque nationale de France*

en orden alfabético. La idea de hacerlo era tan sorprendente como lo sería hoy la de obligar a los alumnos de una escuela a recitar la lista de los meses o de los días de la semana en orden alfabético. Alberto Magno pide aún disculpas al lector por presentarle un índice en el cual el leopardo y el león se encuentran en orden alfabético. Todo mundo sabe bien, escribe, que el leopardo es símbolo de la dulzura de Cristo, mientras que el león lo es de su fuerza. Añade que, si bien tal orden es justificable intelectualmente, es didácticamente muy útil, porque permite referir, en una sola línea, a todos los pasajes del libro que nombran al león. Con ello queda abierta la puerta al *random access*⁵. Trescientos años antes de que la página 137 de todas las copias de un libro pudiera por primera vez comenzar –gracias a la imprenta– por la palabra *leo*, se habían producido ya dos inventos más importantes: la concordancia y el índice alfabético de materias. Al principio del siglo XIII existían en Francia dos conventos que se dedicaban principalmente a la confección de tales instrumentos. Mientras tanto, el tamaño del libro se redujo rápidamente, con lo cual se volvió objeto de propiedad privada. Al final de esta mutación técnica, el *liber*, fuera del *scriptorium*, se parecía

⁵ En inglés en el original. Significa “acceso aleatorio” (N. del T.).

mucho más a lo que llena hoy nuestras bibliotecas que al enorme codex de pergamino que a principios del duodécimo siglo se llamaba aún *viña del texto*. Con ello, el escrito había dejado de ser un instrumento acústico; se había vuelto un instrumento óptico. Esto es lo que traté de mostrar en mi comentario del *Didascalicon* de Hugo de San Víctor, cuya edición alemana acaba de serme regalada por la editorial Luchterhand. La traducción fue hecha por Ylva Eriksson de Kuchenbuch. Cuando la leí, quedé muy sorprendido al descubrir que era una exégesis literal del original, en la cual trató de dar una expresión inglesa a mis pensamientos⁶. Pero no sólo se trata de una traducción literal, sino de una exégesis de tal calidad que, al leerla, varias docenas de pasajes me hicieron detenerme y preguntarme: “Iván, ¿por qué no lograste decirlo tan claramente en inglés?”

El estilo de mi reflexión traiciona que soy bibliófilo de carne y hueso, que pienso bibliológicamente, que vivo bibliotóricamente y que mis representaciones son bibliónomas. Sólo el examen de la mutación de la página escrita en el siglo XII me permitió entender cuán fundamentalmente mi capacidad de pensar está conformada por evidencias aparentes, que sólo se hicieron posibles con esta mutación técnica. Uno se cree capaz de buscar, bajo cada texto concreto, un “texto primitivo” independiente del soporte material, y cree “natural” esta disposición mental. Se toma como acertado que este “texto primitivo” pueda ser vertido –como un contenido– de un idioma a otro y raras veces se cuestiona esta certidumbre. Cuando me encuentro envuelto en un debate, veo los argumentos ordenarse diligentemente frente a mí en carpetas numeradas. Puedo “explorar” un libro, consultando primero el índice y a continuación reducirme a leer los pasajes que dan respuesta a preguntas que me he planteado. En este momento, me parece perfectamente natural echar una mirada a las notas que ven en mi mano, y que escribí para definir el plan de esta conferencia: sólo una mirada retrospectiva, hacia la etología de la lectura alrededor de 1100, me recuerda la medida en que mis certidumbres hacen de mí la criatura de una época. Por cierto, las primeras notas de clase parecidas a las mías de las que tengo noticia, en el medioevo, fueron las de Tomás de Aquino y sus contemporáneos,

⁶ El original en inglés es: Illich, Iván, *In the Vineyard of the Text*.

después de que reinventaron la escritura cursiva con el fin de preparar sus cursos. Para mí –criatura de una época– existe algo como mi texto, espejo de mi alma, punto de anclaje de mis pensamientos y carta topográfica de mi reflexión. A diferencia de quienes realizan incursiones en las viñas del texto, cuando leo, leo sigilosamente: degusto, mastico y eructo poco.

La mutación técnica que traté de esbozar, y que tuvo lugar en la Edad Media en el curso de una sola generación, es condición, parte y también consecuencia de una reforma institucional fundamental. Leer y aprender ramoneando, cantando y murmurando palabras era algo monás-

El estilo de mi reflexión traiciona que soy bibliófilo de carne y hueso, que pienso bibliológicamente, que vivo bibliotóricamente y que mis representaciones son bibliónomas.

tico. La escritura y el libro eran ante todo la Biblia. Lo que se escribía, además, se refería a esta escritura. Desde la antigüedad, *lectio* –la lectura o el estudio– era ante todo *lectio divina*, el desciframiento de los dos grandes libros de mano de Dios: la escritura y la naturaleza. Durante toda esta época, hasta Gilberto y Abelardo, la lectura era concebida como obra de la escucha atenta, es decir, del oído, de la misma forma que no existía aún la separación entre filosofía y teología, la oración no era distinta de la lectura.

Esto cambió al inicio del siglo XIII. Docenas de miniaturas nos enseñan alumnos en cuclillas frente a su maestro, con un libro abierto sobre las rodillas. El maestro lee sus notas, articula en *questiones y articuli* y en *distinciones y responsoria* un argumento que el estudiante no podría seguir de no tener el texto frente a él. Ya no se trata, como con los alumnos de Bernardo de Claraval, de confortar su fe deleitándose con los pasajes bíblicos escuchados. Ahora, la articulación del texto en la página debe permitir al alumno interiorizar la armazón intelectual de su profesor –hasta criticarlo en las *objectiones* correspondientes. En la misma forma que el lema *fides quaerens intellectum* (la fe se vale de la razón), que designaba el intento teológico de exponer la fe en formas fácilmente comprensibles, empieza a distinguirse de la divisa opuesta, *intellectus quaerens fidem*, que pretende dar fundamentos filosóficos a la fe, la *lectio divina* toma también dos caminos

opuestos: la *lectio spiritualis* y la *lectio scholastica*. Mientras la primera quedaba confinada a la celda, la sala capitular y el claustro, se inventó un nuevo lugar para la *lectio scholastica*. Este nuevo lugar del pensamiento crítico y bibliotópico, del hablar y del aprender, es la Universidad.

El argumento según el cual el invento de la imprenta no sólo contribuyó a divulgar textos, sino que concurrió también a acuñar nuevas formas de pensar, no es nuevo: hay toda una literatura al respecto. Por ejemplo, Elisabeth Eisenstein y William Ivins han mostrado con brío cómo la imprenta permitió producir los documentos que son la base del saber moderno. No hay astronomías modernas sin tablas constantemente corregidas; sin la visualización de la planta en el grabado en madera y de los tejidos en el aguafuerte, no hay botánica ni morfología anatómica. En suma, sin el texto impreso no puede haber, a través de las sucesivas ediciones corregidas, reconstrucción permanente de un texto primitivo. Esta constatación inspiró a George Steiner cuando habló de que el amanecer de la época del *bookish reading*⁷ se dio en el siglo XV. Todo esto es correcto, pero la forma en que estos estudios fueron recibidos y entendidos ocultó la función epistemológica que tuvo la revolución de las técnicas de la escritura en tiempos del gótico y de la Escolástica temprana. Quise atraer su atención sobre este otro fenómeno de visualización: la forma en que estas técnicas generaron el primer texto alfabético óptico, es decir, no destinado al oído sino a la vista. Si mis reflexiones son acertadas, aunque sólo sea aproximadamente, tenemos que admitir que la “invención” del texto alfabético no ha sido suficientemente reconocida como algo fundamental e inherente al concepto de la universidad como forma pedagógica *sui generis*.

Institutos de enseñanza elitista han existido, sin duda, bajo diversos horizontes: academias y liceos, *medersa* y *jeshiwa*, “claustros de enseñanza” bramánicos, tibetanos, mazdeístas y aztecas. Las escuelas superiores francesas importaron explícitamente elementos del modelo meritocrático según el cual eran educados y seleccionados los bonzos chinos, y este modelo contagiado también a Alemania, a través de Francia. Pero, sería un error comparar la universidad con otras formas de enseñanza en otras culturas, sin primero preguntar cuál fue el carácter determinante de la mutación que, a partir de la escuela monástica, hizo surgir la forma universitaria

⁷ En inglés en el original. “Lectura libresca” (N. del T.).

de saber y aprender. Mostré ya que el centro de esta indagación debe ser la técnica mediante la cual nació el texto en el sentido moderno. Sólo así se logra entender otra peculiaridad de la universidad: entre todas las figuras culturales de la formación de élites es la única que desatiende la educación ascética de los sentidos o, en el mejor de los casos, le da un lugar secundario. Desde su inicio en tiempos de la escolástica, la universidad prescinde de la educación de la interioridad –es decir, de la disciplina del “ser interior”, que aparece justamente en este momento–, de las virtudes y de las percepciones sensoriales. El monasterio quedó como lugar donde se seguía impartiendo la formación ascética, pero ahora sólo como complemento. No puedo extenderme aquí sobre este aspecto de la formación de las élites o “alta educación”, ni sobre la historia de su ocaso. Baste indicar que desde la fundación de la universidad, el predominio de la filología crítica y de la bibliofilia conlleva el decaimiento de lo que, por falta de una palabra mejor, llamaré la tradición ascética.

No se puede decir que las nuevas universidades proporcionen la impresión de un empeño bibliofílico hacia la filología crítica. Durante nuestra generación, el texto, lentamente concebido en los escritorios “medievales”, dotado luego de alas por la imprenta, se ha vuelto un elemen-

Mientras la primera [la lectio spiritualis] quedaba confinada a la celda, la sala capitular y el claustro, se inventó un nuevo lugar para la lectio scholastica. Este nuevo lugar del pensamiento crítico y bibliotópico, del hablar y del aprender, es la Universidad.

to accesorio de la formación. Bajo la presión de ideales sociales, se ha renunciado a toda condición filológica de admisión a la universidad. A pesar de todas las buenas intenciones de ministros y de reformadores disidentes, las *litterae humaniores* cayeron de hecho en el rango de ramas secundarias hasta en las llamadas Humanidades. No deseo quejarme de esta desaparición del elemento esencial de la universidad, sin el cual sólo queda un cascarón vacío; quiero explicarlo. Me parece que pasa hoy algo comparable a lo que ocurrió cerca del año 1160. Entonces, la página “acústica” sobre la cual se entretrejan las líneas cantantes fue expulsada y llamada por un



Edificio del Ayuntamiento de Bremen (en alemán *Bremer Rathaus*). Fotografía de Jürgen Howaldt

nuevo artefacto que visualiza un orden, puede ser leído silenciosamente y consultado al azar. Hoy, algo que es también radicalmente nuevo se interpone entre el texto bibliométrico y el lector. Provisionalmente, y para ser breve, llamaré a esta nueva cosa “pantalla”.

Hace treinta años sólo pioneros de la banalización del conocimiento, como la revista *Reader's Digest*, se atrevían a insertar en los artículos recuadros llenos de tablas, diagramas o hasta fórmulas, con la intención consciente de dar una aparente legitimidad “científica” al texto. Hoy, en cambio, los libros de texto constan ante todo de encuadernados con imágenes, gráficas, fórmulas o lemas que degradan el texto al rango de comentario, glosa o leyenda. Como lector de periódicos y revistas, televidente o simple peatón uno se traga diariamente varias veces el famoso “mapa meteorológico” en el cual, bajo la protección de un sol risueño y llorón, “los tiempos de Europa” son históricamente invocados mediante fórmulas llenas de información incomprensible sobre isobaras, anticiclones y ciclones; de la misma manera, no hay forma de escapar al hipertexto multidimensional, ya ni siquiera pensado para ser leído en voz alta, que pretende empujarme a comprar el nuevo disco duro con megacapacidad, o el *chip* más rápido del mundo. Estos ejemplos son para mí símbolos de una nueva actitud frente a la página. Lo que caracteriza esta nueva actitud no

es ya la lucha por entender a un autor mediante la lectura crítica de sus palabras, sino la percepción relámpago de un “mensaje” anónimo. La comunicación de contenidos, ya no el entendimiento de una *auctoritas*, dirigiéndose, es lo que en medida creciente determina el aprender.

He indicado que no es muy útil considerar a la universidad como una etapa más en el desarrollo de la formación de las élites. Por razones semejantes, poco ganamos si –siguiendo los pasos del estructuralismo y de la crítica postmoderna– consideramos el “texto” como una categoría ahistórica y universal. *La página cantante, el espejo del pensamiento y la estructura gráfica de la información* pueden bien ser “tejidos” del alfabeto, pero son tejidos de especies que no pueden compararse entre sí.

La relación entre escritura y accesorios es igualmente incomparable. La miniatura arborescente en el *codex*, como el grabado en madera, el aguafuerte y la fotografía fueron los sucesivos accesorios de la impresión bibliofílica. Luego, al predominar elementos no alfabéticos, el texto mismo fue reducido al rango de accesorio, una tendencia que culmina en *Lotus* y *Windows*. Así como el entendimiento y el gozo de una hoja cubierta con ideogramas chinos es un proceso fisiológico y psicológico que no cabe comparar con el deletrear lineal de la escritura alfabética, existen diferentes mundos dentro de la misma tradición alfabética. Una historia social de las

épocas del alfabeto debería distinguir, por ejemplo, el tiempo en el cual Cicerón escogía, para cada género de texto, un esclavo diferente –cuyo nombre con frecuencia nos transmitió– a fin de copiar su dictado y releérselo; el tiempo de la lectura meditativa, tanto en el canto común en el coro como en el murmullo y la ruminación del *studium*; y también el tiempo en el cual era necesario, para entender el curso de Tomás de Aquino, haber leído juntos su *Summa*.

En el marco de esta tipología etológica de la lectura, tal como la determinan diversas tecnologías de producción de la hoja escrita, la universidad aparece como forma paradigmática de la socialización durante un periodo limitado, caracterizado por quehaceres bibliotópicos y bibliométricos. Y esta perspectiva permite interpretar la ambigüedad de este vigésimo aniversario de la universidad de Bremen bajo una nueva luz: por una parte, como una ocasión de dar conscientemente cabida al nuevo paradigma de la convivencia intelectual determinado por lo que llamo “pantalla”, recordando la forma en que el monasterio dio lugar a la universidad; por otra parte, como la oportunidad de preguntar en forma disciplinada cuál reforma del quehacer universitario es necesaria para poder continuar en esta tradición de ocho siglos en forma viva y socialmente significativa. La tradición de la *lectio divina* murmurada y cantada, a través de la decadencia a veces suntuosa de los monasterios contemplativos, sólo se mantuvo en diminutos nichos. Estamos reunidos para luchar, en esta universidad, para que la institución entonces victoriosa, la Universidad, no conozca un destino semejante al que tuvo la forma de enseñanza a la cual ella misma sucedió.

Y aquí nos encontramos de nuevo de cara al motivo de la *universitas semper reformanda* sobre el cual, tú, Christian, atrajiste la atención en tu conferencia inaugural. Por la elección de las palabras de su introducción, Christian Marzan nos ha mostrado que se llega más lejos en el diálogo académico que en la cavilación solitaria. Tanto él como yo surgimos del horizonte del latín: él, del alto latín clásico, yo, del renacimiento de la retórica agustiniana en el gótico temprano. Desde hace años intento dar forma apropiada a la expresión latina *corruptio optimi pèsima*. El profesor Marzan propuso la siguiente traducción alemana de *corruptio optimi: Verderbnis des Kostbaren* (la corrupción de lo máspreciado) que cabe

perfectamente en la festividad de hoy. Lo que se pregunta es: ¿cómo impedir que el progreso del texto dirigido al estudio crítico e histórico de textos acabe en una capitulación de la universidad frente al *text management*⁸, en la indiferencia estilizada de una empresa de la información sin sentido ni significado?

Desde hace varios decenios me planteo reiteradamente la misma pregunta: ¿cómo será posible cuidar lo mejor, en nuestra herencia occidental, de tal forma que no se transforme en un monstruo, puesto al servicio de formas de inhumanidad de cuya profundidad abismal nada saben las tradiciones no occidentales? Y, para darle un nombre a esta investigación, siempre recomenzada en la ambivalencia de los ideales occidentales, he usado desde hace mucho tiempo la locución latina que acabo de mencionar. Shakespeare concluye su nonagésimo cuarto soneto con las palabras: *For sweetest things turn sourest by their deeds; Lilies that fester smell far worse than weeds*⁹.

Christian Marzan habló de *Verderbnis des Kostbaren*. Sólo en alemán se puede hablar de lopreciado y lo exquisito sin variar apenas la expresión: *Das Kostbare y de das Kòstliche*. Las dos palabras están arraigadas en las mismas formas latinas, en *gustare* y en *constare*, “saborear” con la lengua y “responder” con la propia persona. Aquello por lo cual queremos hoy “responder” es la conservación de la lectura sabrosa y gozosa, es decir, de una actitud frente al texto que encuentre un eco en los sentidos internos. Y como ocurre con el beber gozoso, también el estudio gozoso requiere *ascesis*, es decir, la medida correspondiente. Es al cuidado de esta *sobria ebrietas* y a la transmisión de esta ebriedad sobria y serenante, en medio del atiborramiento de información seca y desecadora de todo sentido, que quiero dedicar estas festividades, realizadas a sólo dos pisos por encima de la “Cueva de la Rosa y de los Doce Apóstoles”¹⁰. 🍷

⁸ En inglés en el original. “Administración de textos” (N. del T.).

⁹ Porque hasta las cosas más dulces se vuelven amargas en sus frutos; las azucenas que se pudren huelen peor que las malas yerbas” (N. del T.).

¹⁰ El *Rathaus* –palacio municipal– de Bremen, donde tuvo lugar esta fiesta, abriga en su sótano una famosa taberna, el *Rouseund Apostelkeller* (N. del T.).

EL ORIGEN Y EL FIN DE LA UNIVERSIDAD

Javier Sicilia*

La Universidad Nacional Autónoma de México es uno de los grandes referentes académicos a nivel mundial, donde se han formado personalidades en el ámbito político, científico y artístico. Desde su origen, ha pasado por diversas etapas que son causa de su propia consolidación y que merecen estar vigentes en la memoria. Este ensayo ofrece un repaso a la historia de la universidad en México, desde la Conquista hasta llegar al proyecto de Justo Sierra y posteriormente al valioso trabajo de José Vasconcelos.

DESDE LA CAÍDA del muro de Berlín, la usurpación que ha hecho economía del espacio político, su invasión en todos los ámbitos de la cultura, la globalización y el vertiginoso desarrollo de la computadora han intentado transformar a la universidad, cuya naturaleza propia es el saber, en una institución de información al servicio de las empresas. En la actualidad, las humanidades, como en la época del positivismo que combatió Vasconcelos, se ven con desprecio y la ciencia se ha ido convirtiendo en investigación financiable. En los ámbitos universitarios europeos y norteamericanos “lo que se hace tanto en la física de los cuerpos como en la investigación genética o en la lógica es la quintaesencia de la factibilidad”¹.

Desde hace veinte años, como lo mostró Hartmut von Heiting durante su conferencia de despedida de la Universidad de Bremen, la “ciencia” que se realiza en las universidades e instituciones de investigación perdió “sus razones para aspirar al respeto o a la credibilidad”. “Se convirtió –agrega Illich– en una empresa venal que se vende al mejor postor, desde los ministerios hasta los medios de

* Tomado de un prefacio a las obras de José Vasconcelos que el autor escribió con motivo del 450 aniversario de la Universidad de México.

¹ Véase el texto de Iván Illich, “El texto y la universidad: la idea y la historia de una instancia única”, que aparece en esta entrega.

comunicación. Se hace la importante mediante el exhibicionismo administrado”². El concepto base sobre el que se desarrolla es el de “banco de datos”.

Hoy día, los pedagogos y los astrónomos, los biólogos y los especialistas en tecnología genética, los sociólogos y los ingenieros “bombean” datos a “bancos” en donde se les conserva antes de ser sometidos para su clasificación a la consideración de gremios dominados por la misma especie de productores de datos, para luego, si las empresas y los gobiernos están interesados, convertirse en investigación financiable. El saber, que ha sido la base y el sustento de la universidad y de la preparación educativa de las instituciones que la anteceden, se ha ido degradando para convertirse en una mera institución de un desarrollo económico sin criterio ni límite³ que ha dado paso a esa realidad híbrida llamada el desarrollo tecnológico.

² Ibid.

³ Parte de esta realidad se puede observar, por ejemplo, en el calentamiento global de la tierra. Los gobiernos del mundo constantemente financian a grupos de expertos para analizar el problema y proponer soluciones. En 1998, a raíz de los protocolos de Kyoto, los países industrializados, a través de sus expertos, propusieron para el periodo 2008-2012 reducir el total de sus emisiones de gases que provocan el efecto de invernadero por lo menos en un 5% en relación con los niveles que había en 1990. Sin embargo, mientras, por un lado, se preocupan por este asunto

Estas crisis de las universidades han repercutido también en el ámbito de la educación primaria y media, y en la cultura. El imperio de lo económico ha ido desalojando de las escuelas los parámetros éticos de servicio para fomentar un mundo individualista y competitivo. El saber ha dejado de ser la prioridad, y la acumulación de datos, es decir la pura información, se ha convertido en sinónimo de conocimientos; la cultura ya no expresa el *ethos* nacional, sino las modas del mercado global y de la publicidad. El texto, lentamente concebido en los escritorios medievales dotado de alas, como dice Illich, por la imprenta y base del nacimiento de la universidad, se ha vuelto un elemento complementario de la información.

Aunque el Vasconcelos de los años veinte no vio lo que ahora vemos, ni se imaginó que su tan amada universidad –que concibió como rectora del destino nacional y de un mundo humano que regeneraría a los oprimidos– estaría presionada por interés económico para volverse una institución sierva de la barbarie empresarial y de intereses egoístas, la defensa y la reconstrucción que hizo de ella contra los caudillismos revolucionarios y contra las escuelas positivistas que le había enquistado la dictadura de Porfirio Díaz, lo colocan hoy en día en una posición inmejorable para hacernos pensar en el sentido que tiene la universidad y mantener su defensa. Pero para saberlo, y saber lo que aún Vasconcelos tiene que decirle a la Universidad y al México de hoy, es necesario volver a los orígenes de la misma.

de extrema gravedad y ponen al servicio de los expertos enormes sumas de dinero para su estudio y su combate, por el otro, a través de otros de los mismos expertos, impulsan el desarrollo industrial de los llamados países del “tercer mundo”. Junto al combate para evitar el calentamiento de la tierra que ya había sido previsto en 1824, en los inicios de la Revolución Industrial, por Joseph Fourier, quien por vez primera lo llamó “efecto invernadero”, un entramado de emisiones de dióxido de carbono mediante, por ejemplo, el consumo del automóvil y de la devastación de bosques y de zonas de alta prioridad ecológica (pienso en la selva amazónica y lacandona) se realiza en los países “en vías de desarrollo” para satisfacción del progreso industrial, de la economía global y del pago de la deuda externa. Es así, como bien señala Jean Robert, “que los mismos gobiernos y las mismas corporaciones financian o cofinancian programas de investigación y desarrollo” tanto para el crecimiento industrial como para el estudio del cambio climático del cual son causa. Las universidades y los institutos correspondientes tienen con frecuencia su entrada en el mismo pasillo y últimamente se alimentan de los mismos fondos. Sus miembros están ligados por la solidaridad científica (y tecnológica), sometidos a los mismos juicios de pares. Por su inserción institucional y su estilo de pensar general, los expertos del cambio climático son inevitablemente jueces y parte”. *Ixtus* No. 30, México 2001.

Le tesis que aquí intento defender es que, como lo mostró el propio Vasconcelos, la universidad no necesita ni del abrigo de las ciencias, ni del financiamiento de las empresas para afirmar su razón de ser. La universidad, dice bien Iván Illich, “es una institución muy específica de Europa occidental donde nació hace 800 años (y del México del mestizaje donde nació hace 450 años); la cientificidad en el sentido de Newton (o en el sentido, posterior, del positivismo o de la ciencia aplicada para las empresas y los gobiernos al servicio del capital y del mercado) no es parte integrante de su ser”. La universidad nació antes que la ciencia y antes que la economía. Ella formó la cultura occidental y el reconocimiento de la dignidad del ser humano.

EL NACIMIENTO DE LA UNIVERSIDAD,
UNA INSTITUCIÓN CRISTIANA Y EUROPEA

La universidad, como bien lo entendió Vasconcelos que inundó a la nación de libros y de bibliotecas, es inseparable del libro. Es más, se podría decir que nació con él.

Hasta antes del último tercio del siglo XII, el libro no existía como lo conocemos hoy en día. En los colegios monásticos la lectura no era un acto solitario o común sobre las páginas entretrejidas de un texto sabiamente compuesto, sino una forma de escuchar que se llamó *lectio*. El lector se plantaba delante de un pergamino sin títulos, sin palabras separadas (los romanos únicamente las separaban en sus inscripciones de piedra y bronce), sin márgenes y sin puntuación⁴, y se ponía a recorrer con la voz los signos contenidos en las voces *paginorum* (las páginas cantantes) frente a la recepción acústica de sus oyentes.

Iván Illich, que, entre otras cosas, se dedicó a estudiar la etología del fenómeno lectura⁵ dijo que:

Hasta bien adelantada la Alta Edad Media (hasta antes del nacimiento de la universidad), la lectura era descrita como una actividad oral, en la que el lector recorría la líneas como las calles de un huerto, tomando y saboreando las palabras. La progresión dentro del libro era entendida como

⁴ En su lugar había anotaciones retóricas, casi musicales, que indicaban dónde bajar, subir o interrumpir la voz, para permitir que el universo de las voces *paginorum* adquiriera sentido al ser pronunciado. El ininterrumpido desfile de letras que era la página escrita sólo podía hacerse comprensible mediante la vocalización rítmica.

⁵ *En el viñedo del texto*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2002, y “El texto y la universidad: la idea y la historia de una institución única” en op.cit.

un paseo, una peregrinación y, en una época tardía como una aventura a través de las páginas, mientras se probaban y digerían las frutas recogidas. Se le recomendaba al lector (o al escucha) rumiar de noche el manjar ingerido en el libro durante el día.

En este sentido, el vecino de celda de Petrus Venerabilis, abad de Cluny, iniciador de la primera traducción del Corán, cuenta que, al comenzar la noche, un rumor, semejante al de un panal, provenía de su celda. Petrus Venerabilis, seguía la regla y rumiaba lo que en la mañana había ingerido.

“Leer era una actividad psicofísica que requería la acción de todos los sentidos (...), era pasear y descansar, agarrar y mascullar”. Cuando sentía náuseas por los moriscos que han tragado sin entender, recomendaba un maestro a sus discípulos, deben regurgitarlos de nuevo del estómago a la boca para quitarles la corteza. Leer y aprender era así un acto ruidoso, y el *scriptorium* monástico, a diferencia de lo que la imaginaria nos ha enseñado, un sitio lleno de estrépito que dejaba de funcionar a la hora en que la regla prescribía “gran silencio”⁶.

Según Illich, a partir del segundo tercio del siglo XII, entre 1130 y 1200, un conjunto de transformaciones en el texto provocó una revolución brutal. Se dice que Beda el Venerable, nativo de la Gran Bretaña, frente a la imposibilidad que tenían los escoceses de leer el latín (una lengua verdaderamente extranjera para ellos que se encontraban en la frontera del mundo romanizado) decidió comenzar a separar las palabras en los pergaminos. Junto a este cambio, un conjunto de otras transformaciones comenzaron a sucederse en la página escrita: surgieron los títulos (en los que ya había trabajado Isidoro de Sevilla) y se subrayaron para distinguirlos de los subtítulos; apareció la puntuación; “se limpiaron los espacios interlineales de la glosa y una pequeña luna o estrella –que hoy lla-

⁶ Cf. “El texto y universidad...”, Ibid. En el siglo XII, nos dice Jean Robert, “el autor de un libro lo dictaba a un primer escribano que apuntaba el dictado sobre tablillas de madera untadas con cera. Este primer escribano pasaba las tablillas a otro que redactaba un borrador en pergamino (utilizando generalmente palimpsestos, es decir, pergaminos cuyo texto había sido borrado previamente con una navaja para “reciclarlos”). Este borrador era el que pasaba al *scriptorium*. Donde se elaboraban los manuscritos definitivos”. “La custodia de la mirada en la época del show. Una conversación y un texto, más una conversación que un texto”, en *Ixtus* No. 31.

mamos asterisco– marcó el lugar que correspondía a cada nota”⁷, se compactó la glosa, creando los márgenes; “se marcaron bien las citas, frecuentemente con tinta de diferente color; se numeraron los capítulos y a veces también los párrafos (...) apareció la tabla alfabética de materias”⁸.

Con estos cambios fundamentales, el *liber*, en el siglo XIII, no sólo se redujo de tamaño y se volvió objeto de propiedad privada (ya no era el enorme *codex* de pergamino que a principios del siglo duodécimo se llamó “viña de texto” –de ahí el título de la obra de Illich, *En el viñedo del texto*), sino que también había dejado de ser un instrumento acústico para convertirse en uno óptico y crear una reforma institucional que dio paso a la universidad. Ya no se trataba del dictado rítmico de un lector y de un acto rumiante por parte del escucha, sino de la interiorización de la armonización intelectual de un texto leído por todos. La lectura pasó del ámbito de la experiencia espiritual y ascética de los colegios monásticos (la *lectio divina*), a la lectura crítica y analítica de las universidades; surgió un aprender que ya no formó parte de la escolástica de los sentidos y de la educación de la interioridad que quedó reservada a las conventos; surgió también la causa *instrumentalis* en la escolástica temprana, es decir, el concepto de que ciertas cosas, exteriores a la persona, pueden ser medios para alcanzar fines de la misma⁹.

A partir de estas transformaciones del siglo XII –que adquirirían un desarrollo descomunal con el nacimiento de la imprenta en el siglo XV– la universidad, que nació en París en 1150, se extendió por toda Europa. Frente a las ambiciones mundanas, la universidad buscaba elevar al hombre por encima de sus necesidades y espiritualizarlo, ayudarlo a descubrir el sentido trascendente de su existencia mediante el conocimiento de la fe y de la realidad en la tarea por civilizar a un mundo bárbaro, desorientado y desconcertado. Sin el libro y la universidad hubiesen sido impensables Abelardo, San Bernardo, Hugo de Saint-Víctor, Raimundo Lulio, Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino¹⁰ y la consolidación de Europa.

⁷ Ibid.

⁸ Ibid.

⁹ Idea que, a partir de Roger Bacon y los inicios de la ciencia, desembocó en la fantasía moderna del liberalismo económico: la naturaleza es una mina inagotable de recursos que piden ser explotados mediante tecnologías adecuadas.

¹⁰ No hay que perder de vista, sin embargo, que la universidad posee también, como toda obra humana, una cara oscura. Si bien ha servido para elevar la cultura de los pueblos, ha servido también como lugar de poder –ésta fue una de las razones que condujeron a Vasconcelos a reformarla.



Universidad de Salamanca, España

LA FUNDACIÓN Y LOS AVATARES DE LA UNIVERSIDAD EN MÉXICO

La universidad llegó a México varias décadas después de la conquista y fue inseparable de su surgimiento en España. Hacia el año 1200 –después de que Alfonso VI, en la segunda mitad del siglo XI, fundara en el monasterio benedictino de Sahagún un colegio que adquirió gran renombre por la excelencia de su enseñanza y los numerosos alumnos que asistían–, Alfonso VIII fundó un centro de estudios generales en Palencia que se ha considerado como el germen de las universidades españolas pues, en 1243, con la fundación de la Universidad de Salamanca, todas las escuelas de

La universidad no sólo ocultó la sabiduría que aún pervive en los colegios monásticos, sino que, al institucionalizarse, se convirtió en fuente de acceso al poder político y económico, y en consecuencia –como lo ha demostrado Gabriel Zaid–, en trampolín para la dominación. Sólo el universitario, dirán el Estado y las clases altas, posee el saber y está capacitado para dirigir. Por lo demás, desde el momento en que apareció el libro, la lectura dejó de ser el acto público que se practicaba en los colegios monásticos, lo que provocó que el hombre culto que no manejaba personalmente las letras dejara de tener acceso a la lectura mediante los ojos y la voz de otro. Con ello, la diferencia entre alfabetizados y “analfabeta” se convirtió en una diferencia atroz; los primeros adquirieron prestigio social, mientras los otros fueron desvalorados y acusados de ignorantes.

aquel centro pasaron por ella. A partir de entonces las universidades se fueron extendiendo por el territorial español.

Aunque Alfonso X el Sabio estableció en el código llamado *Las Partidas* el papel que las universidades debían desempeñar en la vida de un país que tenía que lidiar con la invasión musulmana, fueron los reyes católicos quienes le dieron en realidad su mayor impulso.

La paz, que significó para España la expulsión de los árabes y el deseo de los reyes de formar una clase que refundara la cultura católica de la nación, dio un impulso decisivo a la universidad donde se enseñaban humanidades, lenguas orientales, filosofía, jurisprudencia, teología, medicina. Nada de cuanto constituía el saber de la época dejó de estudiarse en las universidades españolas; ni ninguna restricción por parte del Estado o de las autoridades eclesiásticas se ejerció en su interior. La enseñanza era gratuita y su régimen interno disfrutaba de absoluta independencia. Dotadas de una organización democrática, las universidades no conocieron más límites en su impulso civilizador que el que se derivaba del saber de sus catedráticos, del espíritu de la época y de sus recursos económicos.

Fue esa libertad y el apoyo recibido por los reyes los que hicieron que la universidad fuera vigorosa en el renacer de una cultura que salía de ocho siglos de dominación árabe e hicieron igualmente

posible que durante los siglos XVI y XVII, esa misma cultura tuviera la grandeza y la universalidad que le conocemos.

Algunos de los doce franciscanos que llegaron a México después de la conquista y muchos de los hombres que lograron poner un coto a las ambiciones de los conquistadores y de los encomenderos fueron fruto de ella (pienso en Vasco de Quiroga, en Fray Pedro Lorenzo de Nada, en Fray Bartolomé de las Casas, por nombrar algunos); esa misma universidad fue también la que se instaló en México en 1551¹¹. El objetivo, señala Javier Garciadiego, “era crear una institución en la que los criollos y los mestizos pudieran ser instruidos para beneficio del nuevo país y para que no fuera forzoso estudiar en España o importar de allí a la gente preparada adecuadamente”¹².

El problema es que la floreciente universidad española llegó a un México ajeno a la cultura occidental y a la cristiandad europea, a un pueblo de exquisitas culturas, pero lejano al alfabeto y al libro. Además, la certificación que en 1595 hizo de ella el Papa Clemente VII y que dispuso que los estudios de teología y de derecho canónico fueran autorizados por la Iglesia católica, otorgándole el nombre de Real y Pontificia Universidad de México, acotó aún más su función. Lejos de gozar de la independencia y de la libertad que tenía en España, la universidad se vio constreñida a unos cuantos libros de escolástica que la atrincheraron frente a un mundo ajeno y desconocido sobre el cual no sabía cómo incidir.

La universidad en México había nacido pobre, ajena al nuevo mundo e incapaz, por su dependencia de España, de adecuarse a él. Esa misma dependencia le exigió modernizarse y adaptarse a los nuevos tiempos europeos. Así durante el siglo XVIII, los Borbones, al lado de la Real y Pontificia Universidad de México, fundaron varias instituciones de enseñanza superior y de investigación (el Real Seminario de Minas, el Jardín Botánico y la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos)¹³.

Las nuevas instituciones, no sólo no dinamitaron a la universidad, sino que crearon un conflicto de élites que se fue extendiendo a lo largo del tiempo. Ignorantes del mundo indígena y mestizo, ajenas a su función civilizadora, pendientes de Europa, ni la Real y Pontificia Universidad de México (que se veía en el espejo del pasado europeo), ni

¹¹ cf. Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*. El Colegio de México y Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.

¹² Ibid, p.19.

¹³ Ibid, p.20.

las nuevas instituciones creadas por los Borbones (que querían reflejarse en los pensadores ilustrados de la época), se ocuparon de la realidad del país. Eran torres de marfil, apéndices del imperio español, compitiendo entre sí en un mundo de “analfabetas” para dominarlo.

El siglo XIX y la Independencia exacerbaron el conflicto. Ya no era el mundo clerical contra el mundo ilustrado, sino la controversia entre conservadores y liberales. Si el país se había quitado de encima el dominio político español, no se había liberado de la dependencia mental que, en un mundo como el nuestro, hacía de la universidad y de las instituciones de educación superior un reducto para fabricar grupos dominantes. Algunos de los gobiernos liberales, empezando por el de Valentín Gómez Farías en 1833, la clausuraron¹⁴ y, siguiendo la tradición borbónica, crearon algunas instituciones de enseñanza superior en la ciudad de México y algunos institutos científicos y literarios en provincia como “una alternativa a los colegios católicos, de por sí insuficientes y en decadencia académica desde la expulsión de los jesuitas en el último tercio del siglo XVIII”¹⁵.

Los conservadores, sin embargo, cada vez que estuvieron en el poder mantuvieron abierta la Real y Pontificia Universidad de México. Contra las nuevas corrientes del pensamiento europeo, prefirieron la educación moral no de la universidad, sino de una clerecía miope atrincherada en ella y lejana, no sólo a la realidad mexicana, sino a la misma realidad de las universidades de Europa. En 1865, Maximiliano, que era un liberal encumbrado por conservadores, la cerró y, siguiendo la tradición adoptada por los liberales de la época de los Borbones, abrió varias escuelas profesionales adecuadas a las corrientes de la vanguardia europea.

Después de la caída del segundo imperio, los liberales, dueños ya del poder en México, decidieron mantenerla cerrada y reorganizar la educación bajo el nuevo criterio: el del positivismo, que Gabino Barreda (1818-1881) importó de Europa¹⁶. El eje fundamental de la nueva educación fue la Escuela

¹⁴ La consideraba inútil e irreformable. “Alegaban –dice Javier Garciadiego– que el país necesitaba instrucciones en las que se pudiera aprender derecho civil y lenguas modernas en lugar de teología, derecho canónico y latín, pues eran conocimientos imprescindibles para organizar un nuevo Estado y para adaptarse a la inédita situación internacional, plena de contactos con Francia, Inglaterra y Estados Unidos; además, los liberales urgían la implantación de enseñanzas prácticas que encauzaran la explotación de las riquezas nacionales”. Ibid, pp. 20 y 21.

¹⁵ Ibid, p. 21

¹⁶ Como buen positivista, Barreda rechazó su título de abogado pues se negaba a reconocer “conocimientos no sujetos

Nacional Preparatoria. A Partir de ella se fundaron varias escuelas nacionales: Jurisprudencia, Medicina, Ingenieros y Bellas Artes; se creó también el Observatorio Astronómico, los museos de Historia Natural y de Arqueología, Historia y Etnografía, y dos nuevas escuelas: Comercio y Agricultura.

A principios de 1881, Justo Sierra, diputado, oriundo de Campeche y educado en Mérida, en las instituciones liberales y conservadoras, propuso la creación de una universidad pública, independiente, que reuniera a la Normal, a la Preparatoria, a las escuelas profesionales que se habían creado y fundara una nueva escuela que se dirigiera a la formación de profesores y de investigadores de alto nivel. Esa universidad, según Sierra, “debía ser como un intento más de educar a México a los tiempos europeos y mantenerse en la dirección establecida por Barreda, abiertamente positivista, con una enseñanza ‘enciclopédica’ basada en el ‘método científico’. Por primera vez en la historia del país se proponía la creación de una universidad laica y desde una posición no católica”¹⁷.

El proyecto no prosperó; en cambio, surgió otro, que nació casi muerto. Entre 1895 y 1896 los conservadores volvieron a erigir una Pontificia Universidad Mexicana. Sin embargo, lejos de ser una refundación, su exacerbado tradicionalismo y su reconocimiento como hija de la Gregoriana de Roma y no de la Universidad de Salamanca, le hizo jugar un papel poco importante.

El proyecto de Sierra resurgió tiempo después. En 1905, don Justo, que había avanzado en su carrera política, fundó la Secretaría de Instrucción Pública y, esperando tiempos mejores, envió a su discípulo Ezequiel Chávez a que analizara el funcionamiento de algunas universidades norteamericanas para que, en su momento, redactara los documentos constitutivos de la nueva universidad.

a la comprobación”. Estudió química y se desempeñó como enfermero militar durante la guerra de 1847. “En 1851 –escribe Christopher Domínguez– viajó a París para asistir a las conferencias de Auguste Comte en el Palais Royal. Regresó dos años después con los seis tomos del *Cours de Philosophie Positive* como único equipaje. “Tras la restauración de la República por Benito Juárez en 1867, éste y su ministro Antonio Martínez de Castro confiaron a Barreda la reorganización de la educación pública, impresionados por una oración cívica pronunciada por el positivismo. El 2 de diciembre se promulgó la ley que implanta la educación elemental obligatoria y gratuita, elimina la instrucción religiosa e intenta abatir la ignorancia popular mediante la perceptiva positivista. El 1 de febrero de 1868 se funda la Escuela Nacional Preparatoria que Barreda dirige durante una década y donde imparte el curso de lógica”. Christopher Domínguez Michel, “José Vasconcelos, padre de los bastardos”, en *Tiros en el concierto. Literatura del siglo XX*, Ediciones ERA, México, 1997.

¹⁷ Ibid, p. 23.

El tiempo llegó. Durante la celebración, en 1910, del Centenario de la Independencia, Porfirio Díaz, que quería mostrar al mundo que ya éramos una nación civilizada, desempolvó el proyecto de Sierra y lo envió a la Cámara. La Universidad Nacional de México había nacido. Pero, al igual que la Real y Pontificia Universidad de México, nació pobre y de espaldas a la nación. Si la primera, al igual que las instituciones ilustradas del siglo XVIII y luego las liberales que surgieron con la Independencia, sólo sirvió para educar a una minoría dominante y ajena al México indio y mestizo, la segunda tuvo la misma función. Los científicos, a los cuales pertenecían Barreda y Justo Sierra, esos “señoritos” que, al decir de Díaz, “hacían profundismo” y que ahora habían crecido, querían ser esa élite dominante, los herederos del porfirismo, pero con una actitud nueva, adecuada a la modernidad europea y al espejismo positivista. Lo habían logrado.

Sin embargo, esas mismas instituciones habían creado también otra casta crítica que, dominada por el sueño democrático (nunca realizado en México, a pesar del liberalismo triunfante) y por corrientes humanistas, levantaba a un pueblo que la política y la universidad habían ignorado y explotado. El “libro”, que nació con la universidad y su espíritu civilizador, había mostrado desde siempre en México su otro filo: el de la dominación y la guerra.

EL ATENEO, JOSÉ VASCONCELOS Y LA UNIVERSIDAD POPULAR

En 1908, mientras don Justo trabajaba desde la Secretaría de Instrucción Pública para la fundación de la Universidad Nacional de México; mientras la Preparatoria y el espíritu positivista señoreaban la educación, y las castas intelectuales rebeldes y antirreeleccionistas se organizaban, Francisco Vázquez Gómez, miembro del Consejo Superior de Educación, crítico del positivismo y simpatizante de la reelección de Díaz (“siempre y cuando Díaz substituyera al vicepresidente Ramón Corral, de los Científicos –luego candidato a la vicepresidencia en 1910, como segundo de Madero– por Bernardo Reyes”)¹⁸, se lanzó duro contra la Preparatoria en su estudio *La enseñanza secundaria o preparatoria en el Distrito Federal*. La crítica, que tuvo gran repercusión en los periódicos, era un ataque a fondo de los planes de estudio, métodos de enseñanza, privilegios y hegemonía centralista de la Preparatoria oficial sobre las demás. También una

¹⁸ Gabriel Zaid, “Tres poetas católicos”, en *Ensayos sobre poesía*, El Colegio Nacional, México, 1993, p. 357.



Ulises criollo, José Vasconcelos, Ediciones Botas, México, 1935

defensa del principio liberal establecido en el artículo tercero de la Constitución de 1857: “la enseñanza es libre”. La reforma se hizo para acabar con el monopolio de la educación católica, no para imponer en las escuelas otra religión oficial: la comtiana: “religión de la humanidad”¹⁹.

El acontecimiento fue aprovechado por un grupo de jóvenes que en 1909 constituyeron el Ateneo de la Juventud. Estos muchachos –que entonces tenían veinte años y entre los cuales se encontraba Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Cravioto, Antonio Caso, Rafael López, Jesús Acevedo, Diego Rivera– ya habían aparecido en el escenario cultural de México: en 1906 habían fundado la revista *Sabia Moderna* (heredera de la *Revista Moderna* y nieta de la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera) y en 1907 armado un escándalo contra la segunda *Revista Azul*²⁰. Lectores de la tradición helénica, ambiciosos y cercanos al espíritu humanista se lanzaban ahora, aprovechando el escándalo desatado por Vázquez Gómez, al asalto de la educación, no de manera frontal como lo hacían los católicos, sino maquiavélicamente: cono-

¹⁹ Ibid, p. 358.

²⁰ Este escándalo, como lo refiere Gabriel Zaid, sacó de la jugada cultural a Manuel Caballero, quien la había fundado y dirigía, y erigió como herederos absolutos del “Duque Job” a los jóvenes ateneístas. Cf. Ibid.

res de la ambigüedad del juego político, organizaron entonces un homenaje a Barreda que en realidad era una crítica al positivismo y una manera de presionar a Sierra en sus planes de refundación de la Universidad. Lo que buscaban con este juego no era sólo el poder cultural y educativo, sino la incidencia en un proyecto nuevo dentro de las instituciones: cambiar la educación y la cultura del país, pero desde dentro.

En ese grupo se encontraba José Vasconcelos. Oaxaqueño, hijo de un aduanero, criado en varios estados de la República a causa de la movilidad laboral de su padre; católico liberal, anticlerical, antiprotestante y antiyanqui; egresado de la Escuela Nacional Preparatoria y de la escuela de Jurisprudencia de la ciudad de México con la tesis *Teoría dinámica del Derecho*; formado en sus lecturas por *La educación* de Spencer, el *Emilio* de Rousseau, *El genio del cristianismo* de Chateaubriand y por *La evolución creadora* de Bergson; independiente tanto profesional como económicamente, Vasconcelos miraba con recelo no sólo el positivismo, que había creado una élite ajena al pueblo, sino la dictadura porfirista que la sostenía y que había provocado una terrible y profunda explotación del pueblo; tenía, como él mismo lo señala, una repugnancia personal por “la cosa podrida y abominable” del porfirismo.

Si por una parte Vasconcelos era afín al grupo de los ateneístas, por la otra, ligada a su temperamento desmesurado y totalizador, se alejaba de ellos²¹. Vasconcelos creía en Madero, no así la mayoría de los ateneístas que, ambiciosos del poder cultural a través de las instituciones, esperaban el ascenso presidencial del general Bernardo Reyes, destacado funcionario del régimen de don Porfirio y padre de Alfonso y de Rodolfo, distinguido jurista y profesor.

Ese grupo que con su homenaje a Barreda se había ganado las simpatías de Sierra, preparó, con motivo de los festejos del Centenario de la Independencia, un ciclo de conferencias. La última de ellas, impartida el 22 de septiembre, fue la de Vasconcelos: “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”. Hijo del libro que dio nacimiento a la universidad en el siglo XII y del pensamiento crítico que nació con ella, Vasconcelos, con el

²¹ “Entre Vasconcelos y los ateneístas –escribe Enrique Krauze– son más las diferencias que las simpatías. Siempre se mantuvo al margen de ellos. Les parecía cálido, pero indescifrable. Vasconcelos no intenta el apostolado académico de Caso. El apacible humanismo de Reyes. La estoica sabiduría de Henríquez. No publica en ninguna revista literaria y cuando lo hace es para introducir un sistema descabellado como su ‘Teoría dinámica del Derecho’. No imparte cátedras ni ciclos de conferencias (...)”. Enrique Krauze, “Pasión y contemplación en Vasconcelos”. *Vuelta* No. 78, mayo de 1983.

pretexto de homenajear a Barreda, hizo en aquella conferencia una crítica del positivismo: “(...) en México se substituía el fanatismo de la religión por otro más de acuerdo con los tiempos y que significó un progreso: el de la ciencia interpretada positivamente”²², una exposición de las ideas que movían los ateneístas, un elogio a la libertad del conocimiento y de la enseñanza: “Creo que nuestra generación tiene derecho de afirmar que debe a sí misma casi todo su adelanto; no es en la escuela donde hemos podido cultivar lo más alto de nuestro espíritu. No es allí, donde aún se enseña la moral positivista, donde podríamos recibir las inspiraciones luminosas (...). El nuevo sentir nos lo trajo nuestra propia desesperación; el dolor callado de contemplar la vida sin nobleza ni esperanza (...)”²³, y un libro: *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer. Pero, sobre todo, habían encontrado en el mismo Schopenhauer y que formaría, junto con el “libro”, el impulso que diez años después estaría en la base de su proyecto educativo: el desinterés del conocimiento puesto al servicio de un proceso civilizatorio y trascendente.

El desinterés, que Vasconcelos entendía como fundamento de la cultura y de la civilización, tenía antes que encarnarse en un sistema político que lo hiciera posible. Madero, su lucha republicana y democrática, y el desprendimiento que el propio Madero había mostrado al abandonar su cómoda posición de hacendado para desafiar la dictadura de Díaz, eran esa encarnación. Con él a la cabeza del país, la universidad, la cultura y la educación podían hacer lo que hasta ahora no habían podido: civilizar a la nación, darle una vocación, un sentido y una trascendencia. Lo tenía claro, pues al llegar Madero al poder, Vasconcelos, nombrado presidente del Ateneo por los propios ateneístas, no sólo le cambió el nombre por el de Ateneo de México, sino que fundó la Universidad Popular Mexicana frente a una Universidad de México que no acababa de despegar, jaloneada por los cambios políticos y por la lucha que científicos y católicos llevaban a cabo por su control.

Aquella restitución al espíritu universitario y a la democracia que el país se debía a sí mismo duró poco. La intelectualidad porfirista que no estaba dispuesta a ver mermados sus privilegios; las incomprensiones entre Madero y los zapattistas; la prensa hostil; las ambiciones militares, y la injerencia del embajador norteamericano concluyeron con la Decena Trágica, el asesinato de

²² “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”.

²³ Ibid, p. 358.

Madero, la usurpación del “chacal” Huerta y el estallido de la Revolución.

No sólo la única democracia que el país vivió desde su independencia había sufrido un revés del que tardaría casi un siglo en recuperarse, sino que la Universidad de México y la Universidad Popular –que andando el tiempo Vasconcelos incorporaría a la propia Universidad Nacional como extensión de divulgación– sufrieron una especie de atrofia bajo los vaivenes de la guerra²⁴.

EL PERIPLO DEL ULISES CRIOLLO

Después de ponerse al servicio del ejército constitucionalista, de escapar de la prisión que Huerta le había reservado y de huir a Londres y a París para sabotear los empréstitos que pretendía lanzar Victoriano Huerta (1913); después de ser nombrado por Carranza director de la Escuela Nacional Preparatoria; de renunciar a ella por no declararse incondicional del gobierno carrancista; de escapar de la policía ayudado por Felipe Ángeles, y de participar en la Convención de Aguascalientes donde, por encargo del general Villareal, Presidente de Debates, formuló el estudio jurídico de la Convención: “La Convención Militar de Aguascalientes es Soberana” (1914), Vasconcelos fue nombrado Ministro de Instrucción Pública por el general Eulalio Gutiérrez, Presidente Provisional Electo en la Convención de Aguascalientes.

Temperamento intempestivo, Vasconcelos no olvidó que su función no era la del guerrero, sino la del educador. Hijo fiel del espíritu universitario, sabía que una nación se hace fuerte no por sus políticos, sino por sus educadores y artistas. Así que en medio de las pugnas de las facciones que no respetaban al gobierno convencionalista, Vasconcelos se dio a la tarea de reorganizar la universidad, la educación y la cultura. En el breve periodo que duró su mandato, y haciendo a un lado las disputas ideológicas, apoyó a varios jóvenes intelectuales, algunos de los cuales habían colaborado en el ministerio y en la Universidad Nacional de México durante la época de Huerta; apoyó también a intelectuales revolucionarios. No importaba la edad o la filiación política, sino la calidad intelectual. Organizó un debate con cincuenta universitarios destacados donde se discutió la mejor manera de dar autonomía a la universidad. Intentó, además, federalizar la educación pública elemental y secundaria.

²⁴ En relación con la vida universitaria en estos años aciagos, véase el estudio de Javier Garcíadiego, op. Cit.



José Vasconcelos, Archivo Fotográfico Díaz, Delgado y García

Un mes y medio duró el mandato de Vasconcelos y su intento por refundar la universidad y darle un sesgo civilizador a la educación. El gobierno convencionalista, bajo los embates de las facciones, tuvo que desaparecer y él se exilió en Estados Unidos.

Vasconcelos, que sabía que la cristiandad había desaparecido, que sabía también que había que rescatar la sustancia que animaba su espíritu educativo y civilizador y que, al igual que Péguy, comprendía que la decadencia de la mística liberal conllevaba la decadencia completa del cristianismo, vio en la estética una función redentora que modificaba éticamente al hombre al dirigir su energía hacia una superación espiritual, hacia lo humano, lo angélico y, por fin, lo absoluto. En ese sentido, Vasconcelos ya no dirá con la cristiandad y la universidad: “La verdad os hará libres”, sino, como el espíritu cristiano de Dostoievski: “La belleza os hará libres”. Frente a la falta de fe que, oscurecida por los racionalismos, hace imposible conocer la verdad, Vasconcelos pone como punto de referencia la estética: lo tangible que comunica con lo absoluto o, como decía Lanza del Vasto –discípulo católico de Gandhi y contemporáneo de Vasconcelos–: “Las muchas moradas que hay en la casa del Padre”, es decir, en la casa de la verdad.

Para darle un cauce mayor a la estética hizo algo más: trasladó el sentido de la resistencia cultural india contra el imperialismo británico –que con Gandhi alcanzaría su más alta cima– a las ruinas

prehispanicas, “confiriéndoles –dice José Joaquín Blanco– (una) función política de resistencia inquebrantable”²⁵ y las vincularía a la gran tradición occidental cristiana para dinamizarlas.

El Ulises criollo, que había zarpado de la Ítaca mexicana perseguido por el caciquismo, se había enriquecido en los puertos extranjeros y ahora buscaba retornar a su patria.

LA VUELTA DE ULISES CRIOLLO Y LA REFUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Ulises criollo volvió en 1920. Obregón, general triunfante de la Revolución, lo invitó a regresar y, el 4 de junio, el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta lo nombró rector de la Universidad de México, el más alto puesto educativo nacional, después de que Carranza y el artículo 73 de la Constitución Mexicana suprimieron el Ministerio de Instrucción Pública²⁶.

“Llego con tristeza a este montón de ruinas (...)”, dice la conmovedora y memorable frase con la que Vasconcelos abrió su discurso de toma de

²⁵ José Joaquín Blanco, *ibid.*, p. 71.

²⁶ Carranza consideraba –lo que quedó reflejado en el artículo constitucional referido– que dentro de las atribuciones del “municipio libre” se encontraba la de que las autoridades regionales se encargaran de reglamentar e impartir la educación en sus respectivas zonas, como se hacía en los Estados Unidos.

posesión de la rectoría. La frase y el discurso todo, no eran retórica. Eran el testimonio de una década que había dejado un millón de muertos; de una universidad que en cuatrocientos años no había logrado darle rostro a la nación mexicana y cuya existencia, desde la refundación que de ella había hecho Justo Sierra en 1910, se reducía a una “mezquina jefatura de departamento”²⁷. Era también el anuncio no sólo de que la Revolución, como lo señala Christopher Domínguez, “podía tener un colorido distinto al de la sangre”²⁸, sino, además de que la Universidad podía por primera vez ser fiel, en la historia de la nación, a su vocación original: la reflexión crítica y la acción civilizadora dentro de un mundo nuevo.

Desde que Vasconcelos tomó posesión de la rectoría, la Universidad no sólo abrió por vez primera sus aulas a la nación, sino que fue la base que permitió la reconstitución del Ministerio de Educación Pública desde donde Vasconcelos, bajo el gobierno electo de Álvaro Obregón, continuó su labor dinamizadora.

De 1920 a 1925, periodo que abarca su ministerio como rector y como Secretario de Educación Pública, Vasconcelos, sin tomar en cuenta partido ni ideología, aglutinó a los mejores profesores, intelectuales y artistas del país, y movilizó a un pueblo para entregar el alfabeto, el libro y la cultura a todos.

La labor fue descomunal. Una campaña alfabetizadora se lanzó por todo el territorio; se produjeron enormes tiradas de libros clásicos y se crearon bibliotecas a lo largo del país. Los misioneros culturales y sus bibliotecas ambulantes llegaron a poblaciones remotas. Bajo la inspiración de Tolstói, se rehízo la actividad artesanal y pueblerina²⁹; bajo la de los pintores de iconos y de frescos del medioevo y del renacimiento, se pusieron a disposición de los artistas paredes de las instituciones públicas; se realizaron construcciones y reconstrucciones de escuelas y de edificios bajos los patrones de

²⁷ *Ibid.*, “La inauguración de la Universidad Nacional –dice Javier Garcíadiego al hablar de los años de Justo Sierra– (...) se redujo a la organización de una oficina rectoral (tampoco) significó crecimiento o mejoramiento de las principales actividades propiamente universitarias: ni se enseñaría mejor ni se investigaría más (...)”. *Op. Cit.*

²⁸ Christopher Domínguez, *op. Cit.*

²⁹ En este rubro el único equívoco que, desde mi punto de vista, tuvo Vasconcelos fue el de despreciar la cultura indígena y querer incorporar al indio al mundo occidental. Liberal del siglo XX, obnubilado con el sueño hispanoamericano de Rodó, Vasconcelos no vio lo que Gandhi en el pueblo indio y Tolstói en la tradición de los *mujics*: una tradición que en su saber artesanal y en sus formas económicas se oponía a la barbarie destructiva del liberalismo económico y del industrialismo.

una arquitectura mestiza: la colonial; se dio asilo a empleo a intelectuales latinoamericanos, y se invitó a volver a los intelectuales y artistas mexicanos que estaban exilados a causa de la Revolución; se editó la revista *El Maestro*³⁰; se inauguraron los edificios del Instituto Técnico Industrial que tiempo después se convertiría en el Instituto Politécnico Nacional; se rescataron bailes y expresiones culturales autóctonas; se formaron centros de pequeñas industrias populares (corte, cocina artes domésticas, albañilería, electricidad, mecánica, carpintería, conservas...).

Con su política, Vasconcelos le devolvía la primicia a la moral de servicio y el saber desinteresado que habían estado ausentes de la vida universitaria y de la educación en México y con ello liberaba a la universidad y a la educación de su servilismo a la ciencia y a los intereses políticos; le devolvía también la capacidad filosófica, independiente y crítica que está en los libros y su sentido de la trascendencia. Contra lo que la universidad y la escuela habían sido: un sistema de sumisión a las ideologías en boga, Vasconcelos y Antonio Caso –que lo sucedió en la rectoría cuando Vasconcelos asumió el cargo de Secretario de Educación– les devolvían el libro, la belleza y, con ellos, la discusión, la libertad, la espontaneidad, el desinterés y el sentido trascendente del conocimiento. El escudo y el lema “Por mi raza hablará el espíritu”, que Vasconcelos creó en 1921 como símbolo de la universidad, hablan de ello: el soplo del espíritu (años después dirá, precisando, del “Espíritu Santo”³¹ como una restitución al mundo cristiano en el que la universidad nació), expresión de la sabiduría trascendente y sobrenatural, es el que anima a la raza, a la cultura y a la educación, es su principio y su fin.

³⁰ Con un tiraje de 60,000 ejemplares, tenía un propósito esencialmente didáctico. Proporcionaba sugerencias prácticas en numerosos terrenos: asuntos sociales, educación moderna, problemas escolares y universitarios, literatura, orientación obrera, temas de interés agrícola, artesanal ferroviario y comercial, arte mexicano, economía política mexicana, autoeducación, higiene personal y social, cuentos, leyendas, poemas e información sobre las actividades de la Universidad Nacional, la campaña de lectura, estadísticas e información práctica para los obreros, estudiantes, mineros, escritores, artistas, etcétera. Cf. Claude Fell, “La cultura a través del libro”, *op. Cit.*

³¹ Había que comenzar –dice Vasconcelos muchos años después en un discurso a los universitarios– dando a la escuela el aliento superior que le había mutilado el laicismo, así fuese necesario para ello burlar la ley misma. Ésta nos vedaba toda referencia a lo que, sin embargo, es la cuna y la meta de toda cultura: la reflexión acerca del hombre y su destino frente a Dios. Era indispensable introducir en el

La antidemocracia, que se había vuelto a apoderar del alma de Obregón y del grupo en el poder, y las pugnas ideológicas que habían nacido con el nacionalismo revolucionario y las ideas socialistas, folkloristas y populistas del callismo, lanzaron de nuevo a Ulises criollo al mismo y vasto periplo al que le Revolución lo había arrojado: el de la lucha por la democracia y por el retorno a una Ítaca de la que por segunda vez había sido echado.

A pesar de ello, Vasconcelos, en el año que pasó como rector de la Universidad de México y en los tres que fungió como Secretario de Educación Pública, no sólo dejó una verdadera universidad en el país y unificó la educación, sino que devolvió a ésa su espíritu humanista, independiente, ajeno al abrigo de la ciencia y al financiamiento de las ideologías en boga; una institución dedicada al saber y al servicio de la crítica y de la cultura.

Sin esa universidad no hubiera habido la polémica nacionalista, el muralismo, la crítica de los Contemporáneos, el desarrollo del país, los movimientos del 68, las luchas democráticas, el zapatismo. Ella ha producido a lo largo del tiempo y gracias al libro, a la crítica y a la libertad de pensamiento, las corrientes que vivifican a la nación.

LA UNIVERSIDAD HOY Y EL LLAMADO DE ULISES CRIOLLO

Hoy, la Universidad ha entrado nuevamente en crisis, como lo mencioné al inicio de este ensayo. No

alma de la enseñanza el concepto de la religión, que es conocimiento obligado de todo pensamiento cabal y grande. Lo que entonces hice equivale a un estratagema. Usé de la vaga palabra Espíritu, que en el lema significa la presencia de Dios, cuyo nombre nos prohíbe mencionar, dentro del mundo oficial, la Reforma protestante que todavía no ha sido posible desenraizar de las Constituciones del 57 y del 17. Yo sé que no hay otro espíritu válido que el Espíritu Santo; pero la palabra Santo es otro de los términos vedados por el léxico oficial mexicano. En suma, por espíritu de todo estrecho humanismo y también, por supuesto, más allá de los problemas económicos que son irrecusables pero nunca alcanzarían a normar un criterio de vida noble y cabal (...). Se ha pretendido que era yo entonces distinto al de ahora. Nada más falso. Para mí la Revolución no era una maestra rígida, ni podía serlo puesto que yo era de los encargados de crearle la doctrina. Precisamente tal iba a ser la función de la Universidad: poner claridades en un movimiento social uniforme. Desde entonces sabía que un movimiento social ajeno al sentido religioso de la Historia, no podía ser más que miseria y tiranía. Siempre de espaldas al partidismo político, procuré definir la Revolución como un sistema de creación y de franqueza. Por eso hablé sin recato de inspirar el movimiento social en un doctrinismo cristiano de tipo que hoy parece mediocre, pero que entonces se hallaba en boga: el tolstoiano”.

la asedian la clerecía que señoreó a la Real y Pontificia Universidad de México, sino una nueva forma de pretensión científica o de nueva barbarie: la que nace del imperio de la economía y de los grandes consorcios trasnacionales.

Hoy –como ha señalado bien Iván Illich– es científico cualquier proyecto que encuentra un financiamiento. Ésa es la razón de la creciente demanda en los edificios universitarios, de metros cuadrados para manipular genes, estampar “chips” de germanio o elaborar datos, mientras las obras de Galeno, de Platón o de los escolásticos desaparecen de los estantes accesibles de las bibliotecas.

Las reformas de pensar inspiradas en la teoría de los sistemas han sepultado la mera posibilidad de búsqueda como la verdad, la realidad o la ética. Jugar con lo aleatorio y lo arbitrario se ha vuelto lo más importante, tanto en la teoría literaria posmoderna como en la informática y el periodismo. Una (nueva) manera de pensar (como la que marcó en su momento la Ilustración y el positivismo) lanzada en tiempo de Alan Turing y aplicada hoy desde la genética hasta la sociología –de Penrose a Luhmann–, ha hecho de la palabra ciencia un ectoplasma lingüístico sin contorno preciso, cuyas posibles connotaciones son tan numerosas que ya no designan nada que puede ser nombrado con alguna precisión. “[La palabra] ‘Ciencia’ se acerca cada día más a la categoría de palabras que Uwe Pörksen ha definido como ‘palabras-plástico’: amorfas como amibas y combinables entre sí como las piezas de juegos de construcción ‘Lego’. Las ‘palabras-plástico’ -excluyen hasta la mera idea de ‘formar algo nuevo’, es decir, de reformar, cuando invaden el lenguaje (...)”³².

Después de la gran reforma de Vasconcelos, la universidad ha ido cayendo en una pendiente semejante a la que el propio Vasconcelos remontó en su momento, una pendiente que, como entonces, pide una reforma que le devuelva su espíritu.

En el momento en que se celebraban los 450 años del nacimiento de la universidad en México una revolución comparable a la que en las proximidades del año 1160 permitió su aparición en Europa se está gestando. En aquel entonces la página acústica de la *lectio* fue desplazada por un aparato, el libro, que permitió una lectura silenciosa y crítica. Hoy, sin embargo, dice Illich, un nuevo artefacto se interpone entre el texto bibliométrico y el lector: la computadora y su pantalla. Este aparato –el mismo que “bombea” datos para obtener financiamiento– al igual que los accesorios que a lo largo del tiempo habían acompañado al texto

³² Iván Illich, op. Cit.



El pueblo a la universidad, la universidad al pueblo, escultopintura de David Alfaro Siqueiros, durante la construcción de Ciudad Universitaria (UNAM), México, 1952

(las miniaturas arborescentes del *codex*, los grabados en madera, los aguafuertes, la fotografía), han ido desplazando al texto hasta convertirlo, con los programas de *Lotus* o de *Windows*, en un accesorio de la imagen³³. En esta nueva forma de la percepción ya no se busca –como decía al principio de este escrito– entender a un autor por la lectura crítica de sus contenidos, sino percibir el relámpago de un mensaje, sin sentido ni substancia. Las ilustraciones que se ven en las pantallas de las computadoras o en los libros pretendidos científicos, ya no son textos, sino diagramas, planos isométricos de las cosas, virtualización de la realidad.

El gran cuestionamiento que lanza Vasconcelos desde el lema que precede a la universidad “Por mi raza hablará el espíritu”, es cómo impedir que la universidad y el progreso del texto dirigido al estudio crítico de la realidad, a la formación de la cultura y a la búsqueda de la trascendencia terminen devorados por las pretensiones científicas, el *text management* y la indiferencia estilizada de esa empresa de la información sin sentido ni significa-

³³ De esta manera se ha pasado del *homo sapiens* al *homo videns*, como les llama Giovanni Sartori, lo que implica una pérdida de la capacidad crítica de la razón y un aumento de la capacidad de la comprensión emocional. Cf. *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid, 2001.

do que hoy llamamos ciencia?³⁴ ¿Cómo reformar y cuidar esta institución que nació hace más de 800 años en Europa y hace más de 450 años en México para que no termine transformada en un monstruo al servicio de la nuevas formas bárbaras e inhumanas de nuestra ciencia tecnoligizada y de nuestra relativización posmoderna, y vuelva a servir –como sirvió en la época de Vasconcelos– a la cultura y al espíritu de la vida y de la nación?

Estas preguntas, que se alzan en favor de una reforma educativa semejante a la que Vasconcelos realizó en su momento, están esbozadas de alguna forma en estas palabras que el propio Vasconcelos escribió en *De Robinsón a Odiseo*:

Conservar la lectura y difundirla, aumentarla por obra de investigación y de creación, organizar y defender el alma nacional, reglamentar y crear el profesionalismo, colaborar en la educación pública, construyendo una aristocracia del espíritu y con ella aconsejar, dirigir los destinos patrios con miras de universalidad; tal es, en resumen, la tarea de las universidades. 📖

³⁴ Ibid.



UN BINOMIO PERFECTO:

UNIVERSIDAD-SOCIEDAD
UN DIÁLOGO CON ALEJANDRO VERA

Francisco Rebolledo

Con la espléndida vista del valle de Cuernavaca que se contempla desde el séptimo piso de la Torre Universitaria como telón de fondo, tuve la oportunidad de charlar con el rector de nuestra casa de estudios, Dr. Jesús Alejandro Vera Jiménez, acerca de un tema que lo apasiona y que lo ha llevado a realizar inéditas y valientes acciones en ese campo: la función social de la universidad.

“UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD” es el tema de este primer número de la Voz de la tribu. Háblanos de ello.

Nuestra universidad no podría entenderse ni explicarse sin el desarrollo de la sociedad morelense. La UAEM surge como un proyecto de la sociedad en el cual se trata de dar a esta entidad un nuevo rostro, así como oportunidades de desarrollo a diversos sectores de la población. Recuerdo con mucho cariño algunas experiencias que narraban los fundadores de la universidad, particularmente aquellos profesores decanos que todavía tenemos en nuestra institución. Ellos explicaban cómo salían a las calles a motivar a los jóvenes para que se inscribieran en la universidad, para que estudiaran el bachillerato y llegaran luego a nuestras aulas universitarias. Creo que el binomio de la UAEM con la sociedad es un binomio perfecto, que no podríamos entender si no conocemos la historia de nuestra institución.

Al lema tradicional de la universidad, “Por una humanidad culta”, en tu administración se ha añadido aquel que reza: “Por una universidad socialmente responsable”.

¿Por qué este último lema?

Porque de lo que se trataba en esta administración era de recuperar en su dimensión histórica y cultural el devenir de nuestra institución, de darle el justo reconocimiento que ha merecido a lo largo de los años, y proyectar en la vinculación directa con distintos sectores y actores sociales este carácter, esta vocación de la universidad, porque todos los que nos formamos aquí reconocemos que lo hicimos de cara a la sociedad. En nuestras prácticas, en nuestro servicio social; en muchos de nuestros espacios formativos siempre estábamos reflexionando sobre la sociedad, o en contacto directo con ella. El lema “socialmente responsable” es el complemento que yo quise darle como sello de la gestión al lema “Por una humanidad culta”; es decir, una humanidad culta no podría entenderse sin la responsabilidad social de una institución como la nuestra.

No solamente has puesto este lema a la universidad, sino que estás llevándola en esa dirección, en ese sentido. Por las acciones que has realizado, veo que el lema no es



Alejandro Vera encabezando la marcha convocada por la UAEM exigiendo justicia por el asesinato del Dr. Alejandro Chao Barona. Fotografía Prensa UAEM

retórico o discursivo, ya que la universidad se está involucrando en los problemas de la sociedad.

Sí, y para lograrlo la universidad se está desplegando; su capacidad académica se ha venido desplegando a lo largo y a lo ancho de todo nuestro estado. Tenemos sedes que no son propias de esta administración, pues desde administraciones anteriores se venían sembrando espacios universitarios, pero ahora hemos decidido darle un fuerte impulso a la conformación de sedes universitarias en distintos municipios; así, tenemos ahora en puerta las sedes de Axochiapan, Tepalcingo, Atlatlahucan, Miacatlán, Tetecala, entre otras que estamos ya impulsando, como la de Puente de Ixtla, Atizapán, en fin. Quiere decir que la universidad está dejando de ser esa institución napoleónica y se está convirtiendo en una universidad del pueblo y para el pueblo. Ahí es donde estamos tratando de desplegar todas nuestras capacidades como una universidad de docencia y de investigación, pero sobre todo una universidad volcada a la extensión, donde atendamos no sólo a los sectores que están en la edad de ingresar a las aulas para realizar estudios profesionales, sino a todos los sectores de la sociedad, con programas de formación para la vida.

Es decir, de las actividades sustantivas de toda uni-

versidad: la academia, la investigación y la extensión, el lema, aunque implica tener buenos académicos e investigadores, va muy unido a la extensión, porque, como acabas de señalar, implica llevar esta labor a todas las comunidades del estado. En este sentido, siento que ha habido, en los actos que has realizado desde que asumiste la rectoría, una reconfiguración de la Secretaría de Extensión, un rescate del sentido de la extensión, porque en muchas universidades la extensión se volvió casi sinónimo de difusión cultural: sus actividades primordiales eran realizar eventos culturales...

En el mejor de los casos...

Es cierto, en el mejor de los casos, y el servicio social. En cambio, las acciones que estás llevando a cabo están revalorando, poniendo nuevamente en su lugar lo que sería una verdadera Secretaría de Extensión. ¿Cómo has ido perfilando estos cambios y cómo los has hecho?

Desde mi punto de vista, la extensión no tiene que obviar el momento histórico que la universidad está atravesando, el cual considero que es el de una emergencia nacional y, por supuesto, hablar de extensión desde la universidad implica hablar de este momento histórico, que demanda una reconfiguración total. ¿Por qué?, pues porque estamos viviendo una escalada de violencia, de delincuencia, que deja de manifiesto el deterioro en que se encuentra nuestra sociedad, el de-

terioro en que se encuentra nuestro estado. Esto nos plantea la urgente necesidad de que las instituciones nos replanteemos, de cara a la ciudadanía, acciones para enfrentar ese desafío, como lo son los programas de atención a víctimas, o los de derechos civiles; programas muy vinculados a todo lo que tiene que ver con movimientos sociales; programas que, desde mi punto de vista, se vuelven una urgente necesidad para construir ciudadanía y desde ahí tratar de reconstruir y reconfigurar el tejido social que está tan deteriorado en nuestra sociedad.

Esto explica por qué Javier Sicilia es secretario de Extensión.

Así es. Porque esta universidad ha decidido hacer suya la agenda del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, que es un movimiento de movimientos de ciudadanos que no buscan posicionarse partidista ni políticamente; que en cambio buscan hacer una acción política que permita reconstruir a la víctima de la violencia como un sujeto con derechos, como un sujeto que tenga la capacidad de movilizarse, que tenga la capacidad de interlocución con los distintos poderes del estado; y, por supuesto, Javier Sicilia le ha venido a dar a nuestra institución este nuevo rostro de la extensión; rostro que creemos debe tener nuestra universidad de cara a la ciudadanía.

Por otra parte, dentro de las otras actividades sustantivas de la universidad, la academia y la investigación, viéndolas de cara a la sociedad, es importantísima su labor crítica. Veo con gusto que han surgido voces críticas de muy alto nivel en esta universidad. Esto lo constaté en el discurso que leyó el doctor Javier Oliva en el reciente foro de Diálogos Políticos para la Paz que organizó la UAEM. Un discurso muy crítico y bien estructurado, que toca puntos nodales de la problemática actual. Tú mismo, en el discurso que pronunciaste el día que se hizo la marcha con motivo del asesinato del doctor Alejandro Chao, hiciste señalamientos muy críticos. Me gustó mucho cuando hablaste de la violencia como un problema estructural...

No podríamos pensar que una extensión de esta naturaleza pueda abstraerse totalmente de su esencia crítica; la universidad por naturaleza tiene que ser crítica del devenir histórico y tiene que develar la realidad y ponerla al descubierto para formar realmente ciudadanos que estén en posibilidades de empoderarse y de construir un futuro diferente. En ese sentido, en el discurso que estamos impulsando, que estamos definiendo en esta gestión 2012-2018, tratamos de poner al descubierto aquello que, a través de la reflexión, de la investigación empírica, nos hace suponer que está detrás de muchos de los problemas visibles, como lo es la violencia que estamos viviendo. Creo

que la violencia estructural es lo que está detrás de toda esta problemática; muchos autores así lo consideran, y hay mucha evidencia empírica al respecto. Una violencia en la que vemos a muchos jóvenes excluidos, desafiados de cualquier posibilidad de desarrollo personal, laboral o estudiantil. Es evidente que esto nos tiene que explotar en las manos en forma de violencia exacerbada como la que estamos viviendo. Los ni-

La universidad por naturaleza tiene que ser crítica del devenir histórico y tiene que develar la realidad y ponerla al descubierto para formar realmente ciudadanos que estén en posibilidades de empoderarse y de construir un futuro diferente

veles de expulsión que estamos presenciando; el incremento desbordante del consumo de ciertos bienes y servicios por unos cuantos individuos de minúsculos sectores de la población en contraste con la imposibilidad que padecen la mayoría de los ciudadanos, de los morelenses, de los mexicanos, para tener acceso ya no digamos a los satisfactores que podríamos considerar superfluos, sino a aquéllos que garanticen su sobrevivencia, como la alimentación, son una evidencia clara y contundente de que no podemos explicar la violencia que estamos viviendo si no reconocemos esas problemáticas de naturaleza estructural. Esto aunado a cuestiones que tienen que ver con la falta de capacidad de respuesta de parte de muchas instituciones para atender estas necesidades urgentes. No vivimos en un estado de bienestar; en realidad no vivimos en un estado de derecho, y en ese sentido hay mucha omisión legislativa: están negados los derechos fundamentales. El derecho a la vivienda, el derecho a la alimentación y el derecho a la salud están totalmente vinculados a lo laboral y es entonces cuando nos damos cuenta de que hay muchos jóvenes, muchas personas desafiadas del sistema laboral, sin un trabajo formal. Esto lleva a enormes desigualdades y a falta de oportunidades que dejan a estos jóvenes y a estas personas sin la posibilidad de tener los elementos mínimos de la subsistencia, como lo es la alimentación, la vivienda y, por supuesto, la salud; para no decir la educación, porque tenemos una cobertura en esta materia que anda alrededor de un treinta por ciento; esto es, el setenta por ciento de los jóvenes no tiene acceso a la educación superior en nuestro país. Estas condiciones inmersas en un contexto



Alejandro Vera y Javier Sicilia durante el evento convocado por la UAEM exigiendo justicia por el asesinato del Dr. Alejandro Chao Barona. Fotografía Prensa UAEM

global en donde la economía y particularmente la acumulación del capital se han vuelto el eje fundamental del desarrollo, tienen que darnos las pautas para entender el porqué de esta violencia que estamos viviendo y que nos está afectando a todos.

Estoy de acuerdo contigo: la violencia que sufrimos es consecuencia de este sistema económico, del proyecto que triunfó desde la caída del Muro de Berlín; que triunfó no sólo frente al socialismo soviético (ése se derrumbó casi solito), sino frente al otro modelo capitalista de desarrollo, el del Estado benefactor, al cual considero la gran víctima del neoliberalismo.

Efectivamente, fue la gran víctima...

El Estado benefactor existía en muchos países de Europa. En México mismo, a la mexicana, teníamos un Estado benefactor que protegía a los ciudadanos y que creaba expectativas de movilidad social y de desarrollo económico. Con la caída del Muro de Berlín se impone el modelo del estado que va a velar por los intereses del capital y del mercado, frente al estado que velaba por los intereses de la sociedad. Hoy vivimos las consecuencias del Estado neoliberal. La universidad ha sido crítica en ese sentido: en tu discurso señalaste que el problema de la violencia va más allá de que haya narcos o crimen organizado...

Claro, el tema de fondo es que se trata de un hecho social. Si criminalizamos la delincuencia,

si criminalizamos al delincuente y volvemos esto una guerra entre policías y ladrones, en realidad no vamos a superar el problema. No hay que criminalizar; al contrario, hay que reconocerle su naturaleza social al fenómeno, hay que dimensionarlo en estas condiciones de explotación, en estas condiciones de miseria en la que se encuentran millones y millones de mexicanos. Lo importante es cómo plasmamos esto en acciones concretas; cómo marcamos una política pública, hacemos que se traduzca en formas de organización de la universidad y que se concrete en programas con presupuestos muy puntuales. No tenemos grandes presupuestos; no tenemos todos los recursos que quisiéramos para impulsar muchas acciones, pero sí le estamos apostando, por ejemplo, a la inclusión social: en este ciclo escolar 2014-2015 estamos esperando ansiosos recibir a nuestros primeros estudiantes que hicieron el examen de admisión en el sistema Braille, o con la ayuda de traductores de lengua de señas, o con asistencia para personas que tienen problemas neuromotores; asimismo, estamos esperando tener listos los primeros programas de licenciatura que reconozcan la realidad en su complejidad y con una visión intercultural. Vamos a abrir tres sedes con esta visión intercultural: Tepalcingo, Miaatlán y Tetela del Volcán, donde tenemos presencia indígena importante. Queremos generar allí una oferta educativa que entre en un diálogo de saberes con otros grupos étnicos, con otras poblaciones, y que por supuesto la universidad se nutra también con estas experiencias que son ancestrales; esto, entre muchas otras cosas que estamos haciendo. No hay que olvidar que nuestra universidad, al menos en materia de extensión, durante estos años estará apostándole a la atención a las víctimas, a la formación ciudadana y al programa de derechos civiles, donde estaremos muy vinculados con muchos movimientos sociales que se están levantando en nuestro estado y en nuestro país para reclamar más y mejores oportunidades como una estrategia fundamental para superar la violencia. Con Javier Sicilia está llegando gente a la que nuestra universidad le ha abierto las puertas; gente que viene de la sociedad civil, que viene de las luchas sociales, del trabajo cara a cara, y que está enriqueciendo muchísimo a nuestra institución.

Si no damos los primeros pasos para construir un mundo sin violencia, yo no sé qué país vamos a tener en los próximos años, qué país vamos a dejar a las futuras generaciones. Hay que asumir con responsabilidad nuestro compromiso; de lo contrario, estaríamos sumidos en el pesimismo, en la desesperanza, en el conformismo... 📌

UNIVERSIDAD SOCIALMENTE RESPONSABLE

EN UN ESCENARIO DE CRISIS GLOBAL

Miguel Albarrán

En medio de una crisis global que parece mostrarnos los escenarios más radicales de la modernidad, surgen ideas y cuestionamientos que trazan la posibilidad de un cambio alentador. ¿Cómo debe actuar la universidad ante las problemáticas que ha causado la globalización? ¿Cuál es el gran desafío? Miguel Albarrán, coordinador de Asesores de Rectoría de la UAEM, nos aproxima a las respuestas de esta discusión.

Nada altera el desastre: llena el mundo la caudal pesadumbre de la sangre.

EFRAÍN HUERTA

LA CRISIS GLOBAL

APENAS INICIADO el siglo XXI, la crisis del sistema global se agudizó. El mundo se desgarró y amenaza con derrumbarse. La violencia como ideología del darwinismo de libre mercado está barriendo con toda cohesión social. La sociedad está atomizada, inmersa en un proceso de autodestrucción.

Estamos indudablemente frente a la más grave encrucijada de la historia; ya no se puede caminar más por el mismo camino. Hace tiempo que el sentido humanista de la vida perdió su frescura; en su interior han estallado contradicciones destructivas: la desconfianza, el miedo, la inseguridad y una cosmovisión caótica de lo desconocido han minado su vitalidad. Demasiadas esperanzas se han quebrado en el corazón de los hombres.

La modernidad occidental otorgó a los hombres una cultura que les dio amparo y orientación. Bajo su firmamento, los seres humanos atravesaron con euforia momentos de esplendor y sufrieron guerras y miserias atroces. Hoy esa modernidad se derrumba estrepitosamente; asistimos a su muerte, sabiendo que ha sido construida con los esfuerzos

de millones de hombres que, paradójicamente, le han dedicado voluntariamente su vida, con sentido o sin él, para bien o para mal, durante cinco siglos. Es una muerte que arrastra tras de sí una triple destrucción: del individuo, de la naturaleza y de pueblos enteros.

La confianza en el hombre y en las fuerzas autónomas que lo sostenían se ha erosionado profundamente. La razón liberal del Renacimiento devino arrogante, egoísta y utilitaria: en aras del progreso capitalista renunció a la justicia social. Hoy aparece desencantada y agotada en el mejor de los casos, o repudiada por aquellos que en los dos últimos siglos fueron objeto de las pretensiones civilizatorias de occidente. La crisis civilizatoria que estamos viviendo –crisis de sentido como numerosos autores le llaman–, se explica a partir de esa racionalidad arrogante y sus excesos de explotación despiadada de la naturaleza por la vía de la ciencia, la técnica y el progreso: “No, el infierno no ha ascendido a la superficie. Es que a causa del progreso, la tierra desciende al orbe subterráneo en donde sólo existe fuego oscuro. Poco a poco bajamos sin darnos cuenta hasta el centro en llamas.

Nos fundiremos con la hoguera en que empezó este error ya irreparable”¹.

La destrucción de la naturaleza, consecuencia del error que señala Pacheco, obedeció a una actitud profunda: la degradación de los entes naturales en meros objetos. Al reducir el mundo a un objeto que debe ser dominado y transformado, las cosas dejan de tener un sentido intrínseco; el hombre deja de escuchar lo que las cosas tengan que decirle, para exigir que se sometan al lugar que les señala en su discurso. El hombre se ve a sí mismo como “amo” de la naturaleza y actúa con respecto a ella obedeciendo a su codicia y a su afán de dominio, más que a su inteligencia; usa destructivamente el enorme poder que adquiere. Su racionalidad ha devenido, paradójicamente, en irracionalidad: “Si nos salvamos no ha de ser con la tecnología, sino con un retorno a la inteligencia. Aunque por ahora, está venciendo el *homo stupidus stupidus*”².

Así hemos aprendido brutalmente una realidad que debimos haber previsto dado el fundamento amoral del conocimiento científico: la ciencia y la técnica no son neutras ni por sí mismas garantía de nada, mientras que a sus realizaciones les sean ajenas las preocupaciones éticas: “Demasiados seres humanos, apoyados en el desarrollo tecnológico y espoleados por la codicia, continúan dominando y expoliando a la naturaleza en el avance hacia el “progreso”; son pocos, demasiado pocos, los que toman en consideración las consecuencias de sus acciones... Nuestra experiencia está dominada por respuestas racionales y técnicas que embotan nuestra sensibilidad para descubrir la diversidad y la inmensidad de la vida y del universo”³.

La crisis civilizatoria coincide con el avance de la globalización, actualización compleja y sofisticada de la múltiple y secular violencia que ha acompañado a la modernidad capitalista y que se ejerce, sobre todo, contra las culturas originarias, la naturaleza y las personas: “Para sus malditos creadores, la globalización significa la captura *ad infinitum* del poder omnímodo. Pero es también el sistema adicional para acabar con la humanidad. Tal vez sus gestores no advirtieron que la humanidad no sólo incluye a los seres comunes y a los menesterosos, sino también a los dueños

del poder, a los fabricantes de misiles y a los empresarios de la muerte”⁴.

En el marco de esa globalización se actualizan los procesos de acumulación por despojo –sostenidos por múltiples tipos de violencia, incluida la violencia de Estado–, que destruyen otras matrices civilizatorias e incorporan a productores antes autónomos a la red salarial del mercado, en condiciones de humillación y servidumbre.

La privatización de todo es la consigna de nuestro tiempo. Detrás de esta consigna se esconden monumentales intereses económicos que imponen un proceso de acumulación por despojo que se extiende en el mundo pasando por encima de los derechos humanos y la legalidad. En las últimas tres décadas se han privatizado bienes y servicios públicos, tierras, medios de comunicación y transporte, telecomunicaciones, la banca y los servicios financieros, la seguridad pública, el petróleo y la petroquímica; minas y complejos siderúrgicos, sistemas de seguridad social, fondos de pensiones, la educación, puertos, carreteras, sistemas de agua potable, represas y la energía, hasta llegar a la imposición de la minería a cielo abierto, que destruye ecosistemas y vida. “Los indios, víctimas del más gigantesco despojo de la historia universal, siguen sufriendo la usurpación de los últimos restos de sus tierras, y siguen condenados a la negación de su identidad diferente... Al principio, el saqueo y el otrocidio fueron ejecutados a nombre del Dios de los cielos. Ahora se cumplen a nombre del dios del progreso”⁵.

De esta manera se arrasa con la biodiversidad, las creaciones intelectuales, los saberes locales, los códigos genéticos, los espacios radioeléctricos y aéreos, la energía eólica, la biósfera y recursos necesarios para la vida, como el agua y las semillas. Se trata de una fuerza abstracta que conduce finalmente a la violencia y al exterminio de pueblos enteros, culturas, bosques, ríos, lagos y cultivos milenarios, todos consustanciales a la vida humana.

Sin embargo, frente a este despojo, hoy también se develan renovadas formas de democracia, organización, producción, solidaridad, resistencia y rebelión. Somos testigos de la irrupción de amplios movimientos ciudadanos en innumerables países que protestan indignados contra la realidad de un mundo cada vez más injusto, más violento e inseguro, movimientos desde los cuales emergen opciones que reivindican la utopía y apuntan a la conformación de un proceso global emancipatorio.

⁴ Benedetti, M., *Vivir adrede*, Santillana, Madrid, España, 2009, p.196.

⁵ Galeano, E., *Ser como ellos y otros artículos*, Siglo XXI, México, 2002, p.17.

LA UNIVERSIDAD PÚBLICA DE CARA A LA CRISIS GLOBAL

En tiempos en que el planeta es amenazado, razonar con lucidez y obrar con justicia –como apuntó Jorge Luis Borges– nutre el espíritu de rebeldía ante un presente estado del mundo que es intolerable.

Es deseable que la universidad pública haga eco de Borges: no puede permanecer al margen de esa amenaza, de sus orígenes y de sus efectos; mucho menos puede ignorar las alternativas emergentes que otros actores sociales impulsan para enfrentarla. En este sentido, no sólo debe estar atenta al desarrollo de esas alternativas, nutrirse de ellas y articularse estrechamente a ellas como protagonista principal, sino, a su vez, construir alternativas propias e impulsar esfuerzos colectivos orientados a cambiar el rumbo de la historia: “Hace ya cinco siglos, Europa decretó que eran delitos la memoria y la dignidad en América. Los nuevos dueños de estas tierras prohibieron recordar la historia y prohibieron hacerla. Desde entonces, sólo podemos aceptarla”⁶. La universidad pública ha de oponerse enfáticamente a esta prohibición.

La tarea, sin embargo, no es fácil. Las universidades públicas del siglo XXI están siendo sometidas a enormes presiones de diversa naturaleza. Es obvio que la globalización como proyecto cultural hegemónico tiene profundas repercusiones sobre la educación superior. La productividad y la eficiencia se han impuesto como criterios de calidad educativa; la competitividad económica y la “racionalidad del mercado” inciden en los estándares de calidad académica de las universidades mexicanas; hay presiones para que los estudios realizados en ellas sean evaluados conforme a “competencias” y a normas internacionales⁷.

A medida que se reafirman las políticas neoliberales globalizantes en lo económico, se van también consolidando políticas de educación superior coherentes con ellas. Unas y otras son parte del programa económico y social neoliberal y constituyen un conjunto orgánico de estrategias culturales orientadas a revertir el consenso y la legitimidad existentes que consideran al espacio de las universidades públicas como escenario abierto al debate y reflexión crítica en la lucha por los derechos humanos, individuales y sociales.

El horizonte de este programa es un cambio cultural que permita sustituir ese consenso por otro que incorpore de manera incuestionable los

⁶ Ibid, p.107.

⁷ Latapí, P., *Tiempo educativo mexicano*, Universidad Autónoma de Aguascalientes/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1998.

valores propios de la empresa privada, de la competitividad y del lucro. Es decir, sustituir la ética pública construida colectivamente, por una ética de libre mercado, importada del mundo empresarial sin mediación alguna, y que supone la eliminación de la dimensión política de la vida universitaria.

De esta manera, se busca imponer una “nueva racionalidad educativa”, que borre del imaginario social la idea de la educación pública como derecho social y conquista democrática, reivindicaciones parcialmente logradas después de años de luchas históricamente vinculadas a la construcción de ciudadanía. Se trata de despojar a la memoria colectiva de sus anclas histórico-culturales y retirar del sentido común de las mayorías el interés político que orientó la constitución de valores y contenidos culturales referentes a la educación.

La crisis de la universidad pública es... un problema ético-político de pérdida de sentido –la misma pérdida de sentido que experimenta la modernidad realmente existente–

Esta nueva racionalidad ha dado lugar a una revaloración de la universidad privada y a una nueva ubicación de la universidad pública. En efecto, en los últimos 30 años los devastadores efectos económicos y sociales de las políticas neoliberales –contracción de los salarios, desempleo, pobreza, corrupción, inseguridad, violencia, ruptura del tejido social–, han transformado profundamente las condiciones de la universidad pública, que hoy enfrenta su propia crisis institucional de hegemonía, legitimidad y autonomía, que pone en peligro su existencia como bien público.

La crisis de la universidad pública es mucho más que un problema de gestión, capacidad y competitividad académicas, internacionalización o innovación tecnológica. Es un problema ético-político de pérdida de sentido –la misma pérdida de sentido que experimenta la modernidad realmente existente–, extravío que le exige a la universidad resignificar sus funciones sustantivas y adjetivas, a fin de re-crear su articulación con la sociedad en términos de compromiso con un proyecto histórico, ético-político, de universidad incluyente y socialmente responsable: “Hablamos del compromiso que, como universitarios, debemos asumir con las mujeres y hombres concretos de la sociedad. Hablamos de un compromiso ético-político de solidaridad, especialmente con aquellos que, en una situación y momento histórico concretos, están en condiciones de exclusión social, invisibilizados,



Imagen de la marcha convocada por la UAEM exigiendo justicia por el asesinato del Dr. Alejandro Chao Barona. Cuernavaca, Morelos, 7 de mayo de 2014. Fotografía de Víctor Gutiérrez

cosificados, sin un futuro digno en su horizonte de vida; con aquellos que, perversamente, han sido producidos intencionalmente como inexistentes”⁸.

Lo anterior implica una universidad pública renovada, autocrítica, capaz de recrearse y de actuar en el mundo con responsabilidad y compromiso social; una universidad pública que reivindique la utopía como lectura alternativa de la realidad y que, en este sentido, rechace el dogma del pensamiento único; que postule la solidaridad y la ética pública por encima de la ética del mercado; que defienda el principio de la educación universitaria como derecho social y conquista democrática. Que forme sujetos históricos autónomos, dignos, solidarios, capaces de construir su propio proyecto de vida. En suma, una universidad pública del sujeto político que, como proyecto histórico, integre las diversas dimensiones de la vida humana: éticas, estéticas, científicas, culturales, sociales, económicas y políticas.

EL GRAN DESAFÍO

En un escenario de crisis global y de presiones de diversa naturaleza a las que es sometida la universidad pública, ampliar y consolidar su autonomía y legitimidad, en el horizonte de garantizar

⁸ Vera, J.A., *Mensaje a la comunidad universitaria, Segundo Informe de Actividades 2013-2014*, UAEM, Morelos, México, 2014.

su existencia como bien público y de evitar su “mercantilización”, se constituye en el gran desafío de todo proyecto histórico universitario.

Tal desafío implica avanzar decididamente en la construcción de un paradigma universitario incluyente y socialmente responsable que, por un lado, reconozca saberes históricamente negados por el paradigma de racionalidad científica que le ha dado sustento a la universidad moderna heredada del siglo XVI europeo y, por otro, postule como principio la unidad naturaleza-ser humano.

Un paradigma que confiera una nueva centralidad a la universidad pública en el actual momento histórico; que le atribuya un papel activo en la reconstrucción del tejido social, en la construcción de solidaridad y de nuevas formas de democracia y producción social; en la defensa de los derechos humanos, de la diversidad cultural y de la biodiversidad; en la formación del sujeto político y la construcción de ciudadanía; en la lucha contra la exclusión social, la degradación ambiental y todo tipo de violencia: “Un paradigma de universidad imaginada como espacio público para la democratización de los conocimientos, es decir, como espacio de posibilidad para la construcción, por los diferentes actores sociales, de realidades alternativas que conjuguen experiencia política y utopía, experiencia histórica y contexto; es decir, como un espacio público de diálogos políticos y de saberes desde donde los sujetos sociales, mujeres y hombres concretos –trabajadores del campo y la

ciudad, profesionales de diversas disciplinas, amas de casa, estudiantes–, recuperen su papel protagonista en la construcción de la historia”⁹.

En este horizonte utópico y autocrítico, la resignificación de la praxis universitaria en general es un imperativo insoslayable, pero, en particular, aquella que determina las formas de relación de la universidad con su entorno, puesto que es esta relación el fundamento de su legitimidad social y de su autonomía.

En este sentido, adquiere especial relevancia la función de Extensión universitaria. Su renovación y resignificación ha de orientarse en el sentido de propiciar un “diálogo de saberes” entre los actores universitarios y los actores sociales; diálogo cuyo horizonte histórico sea la construcción colectiva de alternativas a la globalización hegemónica, que tome en cuenta la diversidad cultural y la heterogeneidad de las lógicas, intereses y desarrollo histórico de las comunidades, las personas y los grupos sociales que las conforman.

Sólo desde una Extensión universitaria resignificada y renovada, se podrán trascender los esquemas lineales y unidireccionales de vinculación universidad-sociedad que históricamente han favorecido el colonialismo cultural, la fragmentación de los conocimientos, el aislamiento de las funciones sustantivas y el distanciamiento de la universidad de realidades y problemáticas locales reales; sobre todo, la exclusión de la vida universitaria de las creaciones culturales no occidentales, de los

Sólo desde una Extensión universitaria resignificada y renovada, se podrán trascender los esquemas lineales y unidireccionales de vinculación universidad-sociedad

saberes sociales llamados “no científicos” y de los grupos sociales que solamente disponen de esas formas de conocimiento.

Se trata de que la universidad pública asuma, desde esta función sustantiva, la realidad socio-histórica en movimiento; que se posicione políticamente frente a ella e incorpore la historia y la cultura como elementos vivos y actuantes en la construcción de sociedades más humanas y solidarias, más justas, libres y democráticas.

Pero, además, se trata de construir, junto con los jóvenes estudiantes, propuestas educativas vivenciales que “hagan apasionante el aprendizaje, que abran los espacios educativos a la realidad

⁹ Ibid.

y, con ello, a lo no racional y no instrumental, en beneficio de la imaginación y el gozo de vivir que parecen perdidos en nuestros espacios universitarios y que, asimismo, proporcionen a nuestros estudiantes un sentido de realización personal y de futuro, más allá de los imponderables y reduccionistas signos del mercado”¹⁰.

Concebida de esta manera, la extensión universitaria se convierte en una función integradora y atributo esencial de la acción educativa, en tanto orientada a construir una relación de comunicación horizontal, estrecha y comprometida de la universidad con su entorno; una relación de comunicación y aprendizaje mutuo que permita, entre otras cosas, un constante diálogo e intercambio de saberes y experiencias entre interlocutores igualmente importantes, es decir, entre actores universitarios y actores sociales que, históricamente, han estado ausentes de la vida universitaria.

Una extensión universitaria resignificada y renovada en estos términos, contribuirá a la democratización radical de los conocimientos y al fortalecimiento de la universidad como espacio público abierto al debate político, desde donde los ciudadanos y los grupos sociales coadyuven con sus propios saberes y experiencias, a la solución de los problemas reales que les afectan.

EL DIÁLOGO DE SABERES COMO EJE ARTICULADOR UNIVERSIDAD-SOCIEDAD

El “diálogo de saberes” se plantea como principal eje articulador de la comunicación universidad-sociedad. Pero, ¿cuál es el sentido de este diálogo, es decir, su significado profundo?

Habría que señalar que en el planteamiento del diálogo de saberes subyace una crítica radical a la racionalidad científica que surgió en el siglo XVI europeo bajo el dominio de las ciencias naturales –que más tarde, en el siglo XIX, se extendió a las emergentes ciencias sociales– y cuyos signos esenciales son, por un lado, la confianza ilimitada en una sola forma de conocimiento verdadero, en la razón humana; y por otro, la visión autocomplaciente de occidente como civilización universal y su misión sobre el mundo.

Esta racionalidad, sustento de la modernidad realmente existente y de la universidad moderna, postula a la razón como el fundamento autosuficiente de la actividad humana: la historia es razón, la razón se realiza en la historia humana ya sea

¹⁰ Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), *Plan Institucional de Desarrollo (PIDE) 2012-2018*, Morelos, México, 2013.

linealmente (Kant, Comte), ya dialécticamente (Hegel, Marx)¹¹. De este postulado se derivan dos distinciones fundamentales que hacen relación al diálogo de saberes: una, entre el llamado conocimiento científico y el conocimiento del sentido común, y otra, entre naturaleza y persona humana.

La ciencia moderna desconfía de las evidencias de la experiencia inmediata, evidencias que considera “ilusorias”, base de un conocimiento “vulgar”. Asimismo, sostiene la separación total naturaleza-ser humano. La naturaleza es, para la racionalidad moderna, tan sólo extensión, ente pasivo, eterno y renovable; mecanismo cuyos elementos se pueden separar y después relacionar bajo la forma de leyes, sin tener otra cualidad que impida revelar sus misterios con la única finalidad de dominarla y explotarla. Según pensaba Bacon, la ciencia haría de la persona humana el señor y poseedor de la naturaleza.

La observación neutral, sistemática y rigurosa de los fenómenos naturales; la matemática como instrumento privilegiado de análisis; la idea del orden y estabilidad del mundo y la noción de “progreso”, constituyen rasgos y presupuestos epistemológicos clave de la racionalidad científica que se difundió desde Europa Occidental y América del Norte hacia otras partes del mundo, o bien se impusieron en éstas –como es el caso de América Latina– como resultado de la conquista o del dominio occidental del sistema mundial. Hoy estos rasgos y presupuestos aún distinguen a la universidad moderna: son el fundamento de sus tradicionales funciones sustantivas y determinan sus formas de organización basadas en estructuras departamentales y disciplinarias.

Pero hoy, ese paradigma de racionalidad científica pasa por una crisis profunda e irreversible¹². Los límites e insuficiencias estructurales del paradigma científico moderno son resultado del gran avance que él mismo propició; del derrumbe de los principios de autonomía y neutralidad de la ciencia que durante mucho tiempo constituyeran la ideología de los científicos; de la destrucción provocada como resultado de un modo de producción y aplicación de la ciencia al margen de toda ética y de toda dimensión humana, es decir, de la separación naturaleza-ser humano.

La razón arrogante, liberal y utópica del pasado aparece hoy en día desencantada y agotada, en el mejor de los casos, o repudiada por aquellos que en los últimos siglos fueron objeto de las

pretensiones civilizatorias de occidente. La actual crisis civilizatoria –y de la modernidad realmente existente– se explica, en parte, por esa racionalidad arrogante y sus excesos de explotación despiadada del ser humano y de la naturaleza en nombre del progreso.

El diálogo de saberes cuestiona esa racionalidad en su esencia, desde el momento mismo en que postula la legitimidad y validez de los saberes y experiencias que ella niega. Lo hace asumiendo que la realidad es un lenguaje de símbolos, vivencias y experiencias en donde cada parte es una metáfora del todo. Así, desde su poderoso silencio, estos símbolos, vivencias y experiencias, desnudan las hipócritas fronteras que ponen a salvo el orden establecido y cuestionan su derecho natural al poder y la dominación.

En este sentido, el diálogo de saberes se concibe como una forma de extensión “a la inversa”, es decir, desde fuera de la universidad hacia su interior. Implica una ruptura epistemológica orientada a propiciar el diálogo entre los saberes científico y humanístico que en ella se producen y los saberes populares, tradicionales, urbanos, campesinos, del sentido común, de culturas no occidentales, generados en el entorno social.

Subyace en esta ruptura epistemológica el reconocimiento de que la injusticia social contiene en su seno la injusticia cognitiva, es decir, de que la universidad, al considerar el conocimiento científico como la única forma de conocimiento válido, contribuye a la negación e inclusive a la destrucción de otros conocimientos, calificándolos de no científicos y, con ello, a la exclusión de los sujetos sociales que solamente disponen de esas formas de conocimiento.

El diálogo de saberes así concebido sería la base para la creación de comunidades epistémicas y de aprendizaje contra-hegemónicas capaces de protagonizar el tránsito de un paradigma universitario disciplinar a otro transdisciplinar y abrir el paso a la incorporación de la complejidad –la complejidad de lo natural, de lo social y de la relación entre natural y social–, como categoría epistemológica en los procesos de lectura y construcción de realidades sociales¹³.

Cabe anotar también que la crítica a la racionalidad científica hegemónica es parte de una crítica más amplia que, sobre todo en los últimos años, se viene haciendo de la modernidad y, particularmente, del Estado moderno, así como de las prácticas y los discursos de carácter totalitario, evolutivos y

globales, con los que se pretende justificar el actual desastre civilizatorio.

Un rasgo distintivo de esta crítica es que ella se ha efectuado, esencialmente, desde lo local, desde lo que Foucault llama “retornos del saber” o “insurrección de los saberes sometidos”¹⁴; esto es, de contenidos históricos que fueron sepultados y negados por la racionalidad hegemónica, justamente porque son los que abren la posibilidad de recuperar el sentido de las tensiones y las luchas sociales que las estructuras e instituciones funcionales tienen por meta invisibilizar¹⁵.

De modo que los “saberes sometidos” son esos bloques de saberes históricos que han estado presentes pero negados, enmascarados dentro de conjuntos funcionales, y que la crítica local que emerge desde diferentes actores y movimientos sociales ha permitido visibilizar.

Una Extensión universitaria resignificada, centrada en el diálogo de saberes permitirá aprovechar los “saberes sometidos” y la experiencia social que están siendo desperdiciados, desperdicio que nutre las ideas que proclaman que no hay alternativa posible a la situación actual, que la historia llegó a su fin y otras similares. Se trata de que los sujetos sociales pasen de ser objeto de las interpelaciones de las ciencias a ser ellos mismos sujetos de las interpelaciones a las ciencias.

En este sentido, el diálogo de saberes debe priorizar aquellos campos relativos a alternativas que conlleven más potencial para construir otras modernidades o globalizaciones contrahegemónicas posibles. América Latina, nuestro país y nuestro estado de Morelos en particular, tienen una vasta experiencia histórica de lucha en la construcción de alternativas emancipatorias. Constituyen espacios privilegiados desde los cuales confrontar los retos planteados por el proyecto cultural hegemónico e ir a la búsqueda de tales alternativas.

En el actual momento histórico, algunos de los campos de diálogo podrían ser los siguientes:

Sistemas alternativos de producción

Una economía de mercado es sólo un curso posible; una sociedad de mercado es imposible y, si lo fuera, sería ingobernable y éticamente inadmisibles. Una posible respuesta a ésta son los sistemas alternativos de producción; iniciativas sociales, políticas, culturales de carácter local/global que implican una producción y distribución no capitalista de bienes y servicios.

Democracia participativa

Junto con el modelo hegemónico de democracia representativa, siempre han existido otros modelos subalternos. Frente a la crisis de la representación, comunidades locales, regionales y nacionales en diferentes partes del mundo han emprendido experiencias e iniciativas democráticas que se convierten en la energía positiva que respalda pactos sociales más justos.

Justicia y ciudadanía multiculturales

La crisis de la modernidad occidental ha demostrado que el fracaso de los proyectos “progresistas” se debe en parte a la falta de legitimidad cultural. La idea de dignidad humana puede formularse en diferentes lenguajes culturales. El reconocimiento de un multiculturalismo entraña la aspiración a la autodeterminación. La aspiración de multiculturalismo y autodeterminación implica una lucha por la justicia y la ciudadanía, un reclamo de formas alternativas de justicia y derecho.

Una Extensión universitaria resignificada, centrada en el diálogo de saberes permitirá aprovechar los “saberes sometidos” y la experiencia social que están siendo desperdiciados

Biodiversidad y saberes

Debido al avance de las ciencias de la vida, sobre todo la biotecnología, la biodiversidad se ha convertido en el más asediado “recurso natural”. Para las transnacionales farmacéuticas y de biotecnología, la biodiversidad emerge como el eje más rentable para el desarrollo de nuevos productos en los años venideros. Contribuir a garantizar la conservación y la reproducción de la diversidad protegiendo territorios, formas de vida y saberes tradicionales de comunidades indígenas y campesinas es un desafío del diálogo de saberes.

Comunicación e información

Se trata de abordar los conflictos derivados de la revolución de las tecnologías de la información, entre los flujos globales de información y los medios de comunicación hegemónicos, por un lado y, por otro, las redes de comunicación independientes y los medios alternativos locales y globales.

Ninguno de estos campos temáticos tomados por separado, logrará impulsar alternativas contrahegemónicas, a menos que se conviertan en redes, en movimientos sociales y proyectos pluriculturales políticamente aterrizados. Una universidad pública socialmente responsable debe jugar un papel protagónico en esta conversión.

¹¹ Castoriadis, C., *El mundo fragmentado*, Terramar, Buenos Aires, Argentina, 2008.

¹² Horkheimer, M., *Crítica a la razón instrumental*, Terramar, Buenos Aires, Argentina, 2007.

¹³ Morin, E., *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, España, 1998.

¹⁴ Foucault, M., *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.

¹⁵ Vera, op. Cit.



Imagen de la marcha convocada por la UAEM exigiendo justicia por el asesinato del Dr. Alejandro Chao Barona. Fotografía de Víctor Gutiérrez

En síntesis

En medio de la actual tragedia civilizatoria, la sociedad interpela hoy a las universidades públicas, con más fuerza que nunca, sobre el ancestral reclamo de una educación superior pertinente. Tal reclamo nos remite al desafío que representa su responsabilidad social; al compromiso de solidaridad con los hombres y mujeres concretos de la sociedad, especialmente con aquellos que están insertos en ella “cosificados”, excluidos, sin posibilidad de un futuro digno.

¿Es posible, desde nuestras universidades públicas, contribuir a la construcción de una síntesis cultural sustentada en el reconocimiento del otro y la solidaridad social; que concilie el bien individual y el bien común, la democracia representativa y la democracia participativa, la libertad individual y la libertad comunitaria?

¿Una síntesis cultural que cuestione los dogmas del mercado, que sustituya el universo matemático por el universo humano, la educación instrumental por una intercultural humanista; que permita eliminar la violencia y educar para la paz?

En un momento histórico en que la injusticia, la inseguridad y la violencia cotidianas de todo tipo desquebrajan el tejido social, de agresiones culturales y de barbarie ecológica por el afán de lucro, ¿puede la universidad pública asumir un papel protagónico en la construcción de alternativas que resistan o se opongan a la globalización negativa que produce tales pandemias?

Una universidad socialmente responsable debe responder afirmativamente a esas preguntas; confiar en el “afán ético-político de ampliar los cauces para la circulación de las ideas; de trastocar el

apego a limitadas visiones de la realidad; de voltear la vista a las problemáticas locales más urgentes; de mirar y escuchar a los distintos actores sociales históricamente negados y ausentes de la vida universitaria, nutrirnos de ellos y vislumbrar con ellos otros horizontes de solidaridad, dignidad humana, justicia, democracia y libertad para la sociedad mexicana en general y morelense en particular. En el afán, esencialmente humano, de vislumbrar horizontes de modernidad que impidan borrar la alegría, la imaginación y la utopía del tablero del mundo”¹⁶.

Para ello, debe realizar un profundo ejercicio de autocrítica que le permita superar prácticas históricamente conformadas y profundamente enraizadas; romper con los parámetros del discurso hegemónico para vislumbrar realidades diferentes; convertirse en un espacio democrático de creación simbólica y cultural; un espacio para la construcción de sentidos y significados educativos profundamente humanos, y, sobre todo, un espacio público para imaginar nuevas utopías y recuperar lo esencial del hecho educativo: el diálogo de saberes como eje dinamizador de procesos de formación de sujetos políticos y de construcción colectiva de realidad.

Como escribió Benedetti: “Lo imposible es una burla de los dioses. La utopía tiene la gracia de los mitos, la maravilla de las quimeras. Si tenemos ánimo, paciencia y un poco de ilusión, podemos navegar en la barcaza de la utopía, pero no en el acorazado de lo imposible”¹⁷.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Benedetti, op. Cit., p.23.

UNIVERSIDAD Y POLÍTICA

Ignacio Ellacuría

Este trabajo, publicado en ECA (No. 383, septiembre de 1980) es el resultado de una reflexión sobre el discurrir histórico de la Universidad; refleja los efectos de una práctica colectiva donde no sólo se admite la politización de la Universidad, sino que se considera como un ideal. El escritor y filósofo español Ignacio Ellacuría (1930-1989) precisa cómo debe entenderse esa politización para que potencie la Universidad y su proyección social a través del quehacer universitario.

EN BUSCA DE LA VERDADERA Y NECESARIA POLITIZACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

LA TESIS PRINCIPAL que quisiéramos presentar en este apartado es que sólo en la adecuada implicación de lo académico con lo político y de lo político con lo académico se puede encontrar el camino histórico que llegue a definir y poner en práctica el carácter específico de la politización universitaria. Se dice que toda realidad pública tiene una dimensión política, pero la dimensión política no es única sino que se pluraliza según la especificidad de aquello que es formalmente la realidad pública en cuestión. ¿Cómo encontrar la especificidad política de la universidad? Antes de responder a esta cuestión en los siguientes apartados es preciso insistir en lo que de fáctico y de necesario tiene la politización universitaria.

Ya hemos insistido en que la politización de la universidad es un hecho, sobre todo y con matices peculiares en América Latina. Ahora debemos añadir que se trata también de una necesidad que debe ser aprovechada positivamente. Como hecho es un hecho ambiguo y como necesidad tiene grandes potencialidades para que la universidad busque su propia mismidad histórica.

La ambigüedad del hecho se muestra en la penuria de resultados que la politización de la universidad, tal como se ha venido dando, ha producido tanto en el ámbito de lo académico como en

el ámbito de lo político. Las preguntas aquí son obvias: ¿ha conseguido la politización actual una mejora notable en los resultados académicos, en la profundización de la investigación requerida para el país, en la acomodación de unos planes de estudios que respondan a las necesidades de las mayorías populares, en la formación de profesionales técnica y éticamente preparados? Desde el otro punto de vista, ¿ha logrado esa politización que el país como un todo se encamine hacia soluciones más justas y liberadoras? ¿Ha logrado en la práctica lo contrario o sus resultados son dudosos? Y dado que hay distintos tipos de politización en las distintas universidades, ¿no sería conveniente contrastar los resultados tanto en lo académico como en lo político? Para ello deberían utilizarse diversos indicadores, tales como el fortalecimiento de las estructuras imperantes, el acrecentamiento de la represión, el impulso al desarrollo, el crecimiento de la presión social hacia cambios revolucionarios, la radicalización de la izquierda, el reclutamiento de cuadros políticos, la creación de anticuerpos por la vacunación revolucionaria, análisis científicos de la situación, planes generales o particulares de gobierno, soluciones técnicas apropiadas, investigaciones básicas, calidad de los egresados, etcétera. Y todo esto distinguiendo acciones coyunturales y ocasiones especiales de lo que es la naturaleza histórica de la universidad y de lo que son sus planteamientos a largo plazo.

Pero esta probable penuria de resultados de muchas de nuestras universidades tanto en lo académico como en lo político, no es argumento de que la politización de la universidad sea en sí misma contraproducente. Es tan sólo argumento de que ha de buscarse la adecuada politización. Porque esta politización adecuada es una necesidad y una obligación, un ser y un deber ser.

En el peor de los casos, esa necesidad y obligación, dada la situación actual, se presentará como necesidad y obligación de des-politización, esto es, como una necesidad política, por cuanto el grado y el modo de la despolitización es formalmente una decisión política de grandes consecuencias políticas. Pero lo que de hecho se requiere no es una despolitización, sino una repolitización, exigida por la naturaleza específica de la universidad como fuerza social, que incide en la correlación de fuerzas que se disputan el poder político. Es evidente que las fuerzas sociales tiran de ella para que se ponga a su servicio o, al menos, para que no debilite su posición. Y, aunque las fuerzas sociales no tiraran de ella, cualquiera de sus acciones, por presencia o por ausencia, favorece o desfavorece a algunas de las fuerzas sociales contrapuestas, sea a corta o a larga distancia.

Pero el problema puede verse mucho más positivamente viendo lo que esa necesidad tiene de exigencia. Esa exigencia nace de la relación específica de la universidad con la sociedad. Ante todo, la universidad es sustentada con recursos de la sociedad, muchas veces con los recursos que proceden en mayor parte de las capas más bajas. Y a la sociedad van necesariamente sus resultados. Se da una relación necesaria y esa relación puede hacer bien o mal, puede producir ventajas o desventajas. Por ello la relación necesaria se convierte en exigencia, se convierte en un deber ser y no puede quedar reducida a un reflejo mecánico de las presiones sociales.

Por otro lado, no cabe olvidar el punto esencial de que la labor universitaria representa una instancia irreducible a cualquier otra instancia, incluso dentro de la esfera estructural ideológica. Y en ese sentido es insustituible. En cuanto totalidad política, la universidad tiene a la larga una función irremplazable en la sociedad, que sin su participación quedaría en consecuencia falta de un recurso político que le es necesario. Con esto quiere afirmarse taxativamente que, al menos en nuestras circunstancias, la politización adecuada de la sociedad no puede lograrse sin que se haga presente ese específico, irreducible e insustituible elemento de politización que es la universidad. No es sólo que sin universidad faltarían indispensa-

bles recursos sociales (profesionales, investigaciones, etcétera), lo cual es de por sí evidente, sino que sin universidad faltarían recursos políticos, tal vez no indispensables para la marcha política pero sí para la buena marcha política.

En nuestro caso, además, la universidad se encuentra ante una sociedad dominada por una terrible irracionalidad e injusticia, de la que en algún modo es cómplice. Tal vez pudiera pensarse que el factor de injusticia no debiera afectar tanto a una institución que se encargaría fundamentalmente de encontrar un máximo de racionalidad y a la que no deberían afectarla tanto las cuestiones morales. Aun en el supuesto de que así fuera, la injusticia lleva consigo una carga terrible de irracionalidad, y, además, la irracionalidad es en nuestro caso un dato primario, ante el que una institución cultivadora de la razón no puede quedar imposibilitada.

...la universidad se encuentra ante una sociedad dominada por una terrible irracionalidad e injusticia, de la que en algún modo es cómplice

Aunque se considerara a la universidad como una institución social cuya finalidad última fuera introducir en el cuerpo social el máximo de racionalidad dejando de lado toda intimación ética, la situación de nuestros países dominados y subdesarrollados exigiría su intervención precisamente por su radical situación de irracionalidad. Todo ello supone, sin duda, un correcto entendimiento de lo que es la racionalidad, que tiene en sí misma sus propias leyes y exigencias y que de ningún modo puede concebirse como pura instrumentalidad, a la que dan dirección otras instancias opcionales.

Todo ello hace que la politización de la universidad deba verse como una necesidad y una obligación. Pero por lo mismo surge inmediatamente la cuestión de cuál es la politización que le compete a esta específica realidad política que es la universidad. A esta cuestión debe darse, por lo pronto, una respuesta en sí misma muy simple, pero que debe servir como orientación de los pasos ulteriores. Como orientación y como crítica de lo que muchas universidades y universitarios entienden, al menos en la práctica, ser la forma específicamente universitaria de la politización. Esta respuesta es la siguiente: si toda acción universitaria pública es de algún modo o de otro, en una medida o en otra, una acción política, no toda acción política emprendida materialmente en la universidad o por los universitarios es una acción universitaria. Y lo



Ignacio Ellacuría se dirige a los asistentes a un acto ecuménico meses antes de ser asesinado. Fotografía de Gervasio Sánchez

que aquí nos importa determinar es el carácter específico de la actividad universitaria como actividad política, sin dejarnos confundir por otras acciones políticas, muy legítimas en sí mismas pero que no son específicamente universitarias.

Es bastante evidente que, al menos en circunstancias normales, hay muchas acciones políticas que se realizan mejor desde instituciones no universitarias, e incluso hay acciones para las que la universidad en cuanto tal no está debidamente acondicionada y preparada. En general, las acciones dirigidas directamente al cambio de poder mediante operaciones de fuerza no son acciones propiamente universitarias. El ya clásico dicho de Salvador Allende de que la revolución no pasa por las universidades debe entenderse en ese sentido. Porque de esto se trata: de un cambio revolucionario. Cambios de unas autoridades políticas por otras, de unos partidos en el poder por otros, es claro que se realizan por mecanismos no universitarios. Pero hay quienes piensan que los cambios revolucionarios se generan y culminan en la universidad. Pues bien, a esto hay que responder que los cambios revolucionarios no se llevan a cabo con ese instrumento que es la universidad, con las clases sociales que a ella asisten y con la fuerza que es propiamente la fuerza universitaria. Es cierto que la universidad tiene una materialidad de recursos que pueden ser de gran utilidad para el choque político, el cual podría usarse supletoriamente en casos extremos; es cierto que cuenta con recursos como para ayudar de distintos modos a preparar el choque político (labores de concien-

tización, organización, propaganda). Pero nada de esto es formalmente universitario y, más aún, muchas de estas acciones por sí mismas o por el dinamismo que suscitan pueden impedir el aporte insustituible de la universidad al campo político, incluso al cambio revolucionario. Los que creemos en el aporte insustituible de la universidad al cambio revolucionario, no podemos aceptar que ese aporte se imposibilite por acciones inmediatistas, que sólo por comodidad o por rutina se realizan en la universidad. Más aún si recordamos el hecho tantas veces repetido de que determinadas acciones políticas, hechas en la universidad, terminan en un cierre de la actividad universitaria o en un paso de la universidad a manos políticas de signo contrario, privando así a la lucha política de un ámbito relativamente autónomo y privando a la totalidad del país de una acción a larga distancia que puede posibilitar una dirección u otra.

Por eso, hay que dejar claro que una acción política organizada por universitarios –administrativos, alumnos o profesores–, ni siquiera una acción que hace la universidad como un todo, es sin más una acción universitariamente política, políticamente universitaria. Esto se muestra con algo que con frecuencia ocurre. Son a veces los menos dotados universitariamente, los menos identificados con la labor propiamente universitaria y los que dedican menor cantidad y calidad de trabajo a la universidad, los que se presentan como más politizados. Esto, por un lado, empobrece y dificulta la labor universitaria, pues su politización no tiene para nada en cuenta las exigencias de una

labor que no entienden, que no valoran y que no sienten como suya. Pero lo que es más grave, esto empobrece el aporte político específico de la universidad al ser confundido con un aporte no universitario y al pretender sustituir con algo falsamente universitario lo que podría y tendría que ser el aporte verdaderamente universitario. Con una falsa conciencia política se oscurece y desplaza una verdadera conciencia universitaria.

Todo ello lleva a la conclusión de que la labor política de la universidad deben realizarla los universitarios en tanto que universitarios y la universidad en tanto que universidad. Los integrantes de la universidad tienen otras instancias públicas donde ejercer su actividad política no universitaria, aunque la verdad es que esta dualidad de ejercicios se da con frecuencia en menoscabo de ambas. La solución a este problema estriba, por tanto, en encontrar el modo universitario de la incidencia política que realmente enriquezca universitariamente la praxis política y en encontrar la versión política del quehacer universitario que potencia la labor formalmente universitaria.

Porque efectivamente hay una especificidad universitaria y un modo específicamente universitario. Esa especificidad y ese modo están condicionados por lo que es la materialidad de la universidad y también por lo que es su tradición. Esa materialidad y esa tradición nos muestra que los elementos integrantes de la universidad son alumnos que buscan una profesión, profesores que dominan un campo del saber y lo que pudiéramos llamar la materia prima de los distintos trabajos universitarios: el saber en todas sus formas y modalidades, el saber formativo y el saber contemplativo, el saber transformativo y el saber explicativo, el saber receptivo y el saber proyectivo. Dicho negativamente, si no hubiera necesidades objetivas que cubrir, si no hubiera demanda de los servicios universitarios, si no hubiera necesidad de profesionales o de técnicas apropiadas, si no hubiera saber relevante en la universidad, la universidad dejaría de existir y se convertiría en el mejor de los casos en una especie de Ateneo o de Academia sin interés alguno.

Desde estas condiciones reales de la universidad, puede y debe decirse que todo lo que impide su funcionamiento o que no lo potencia debe ser rechazado como no universitario. Pero esta afirmación no debe confundirse con la que asegura que no es universitario en absoluto lo que dificulta la marcha de una universidad en una circunstancia determinada. Y no lo es porque con toda probabilidad un hacer político verdaderamente universitario tiene fuertes implicaciones en contra de los poderes dominantes y, por tanto, estos van a

procurar por todos los medios combatir a aquella universidad y a aquellas labores universitarias que les ponen serias dificultades en su tarea de dominación. Lo que aquí se quiere afirmar es que no es labor política universitaria aquella que dificulta intrínsecamente la labor universitaria hasta debilitarla o anularla, aquella que hace imposible el aporte estrictamente universitario.

Así, por ejemplo, lo que anula la producción de un saber crítico y de un saber hacer técnico, así como la incorporación de ese saber a la sociedad, no es universitario. Asimismo, lo que incapacita a la unidad profesor-alumno para producir y multiplicar ese saber no es universitario. No sería universitario, por poner un caso, el que la necesidad demagógica de levantar banderas reivindicativas que atrajeran popularidad llevara a las campañas de ingresos masivos o de aprobaciones masivas, o al rebajamiento de los requisitos académicos, o a la privación del tiempo y de los recursos de alumnos y profesores necesitan para producir e incorporar un saber de calidad, realmente efectivo. Hay quienes piensan que en nuestra situación sólo una cosa es necesaria: la revolución, y que el mejor servicio a la revolución y aun el único servicio importante es la preparación de la toma inmediata del poder; consiguientemente piensan que esto es lo único o lo principal que deba hacerse en la universidad. Cuando se piensa así y se actúa en consecuencia, la universidad deja de existir como tal y la revolución pierde ella misma la responsabilidad y la gravedad que le son indispensables.

Sin embargo, no puede considerarse como antiuniversitario el no dar al alumnado aquella formación profesionalizante que tal vez él busca egoísticamente para incorporarse con mayor facilidad al mercado de trabajo. Hay un doble sentido de profesionalización: la profesionalización que supone especialización y capacitación en una determinada rama de saber y de saber hacer respecto de una determinada situación con sus necesidades específicas, y la profesionalización que supone el capacitarse para conquistar en el mercado de trabajo un puesto mejor remunerado.

Son dos sentidos que pueden estar conectados en alguna medida, pero que no pueden identificarse, menos en una situación como la nuestra. Sin embargo, siendo realistas, ha de reconocerse que la mayoría de los estudiantes se ven atraídos más por el segundo sentido que por el primero, lo cual obliga a ser realistas también en la organización de la currícula y del conjunto de las actividades académicas.

No obstante, hay que subrayar que un saber y un saber hacer que no respondan a lo que aquí y ahora es una determinada sociedad en su conjun-

to, sobre todo cuando esa sociedad sufre de deficiencias fundamentales, no constituyen un saber universitario. Tal vez pudiera concederse que puede hablarse de un saber, que no tuviera incidencia política directa o indirecta –no vamos a entrar ahora en la discusión de si esto es posible o, al menos, de si es posible en cualquier ámbito del saber–, pero ese saber no sería formalmente universitario. Y no lo sería porque no es universitario lo que no tiene referencia concreta a la sociedad en que se da

...la dimensión teórica y práctica del saber universitario no cumple con su condición universitaria si su carácter de fuerza social no adopta también el de ser fuerza política...

la universidad, por más que pudiera considerarse como teóricamente académico. Por otra parte, un saber sin referencia a una praxis carece de comprobación interdisciplinar, que es uno de los requisitos para que un saber sea universitario; más aún, los saberes verdaderamente reales, esto es, los saberes que surgen de la realidad y van a la realidad, incluso los que se estiman como muy teóricos, no tienen radicalidad y fecundidad suficiente si no tienen como matriz fundamental la realidad circundante, que en su carácter de circundante ofrece el máximo de realismo fecundo. Esto no excluye que se reconozcan formas de saber universitario, muy distintas entre sí, de modo que su vinculación a la realidad sea también muy diversa; la diversidad de contenido y método hacen que ocupen un lugar y una posición distinta en la totalidad del saber universitario. Lo que debe incidir sobre la realidad es formalmente la totalidad multidisciplinar de la universidad, aunque también algunas de las partes de esa totalidad; pero, aun las formas menos inmediatistas de saber, se ponen al servicio de esa incidencia de un modo tal vez indirecto pero esencial al ser elemento indispensable de esa totalidad, de modo que sin ellas esa totalidad sería deficiente.

En el caso extremo, como es el caso de El Salvador y de tantos otros países del tercer mundo, de que las necesidades sociales se presenten como desorden establecido (factor teórico) y como injusticia institucional (factor ético), la obligación teórica y ética de incidir en lo social se convierte en obligación teórica y ética de incidir en lo político. La universidad es una realidad que se mueve en el campo de las fuerzas sociales y que, en abstracto, puede prescindir del ámbito político del poder estatal, aunque no del ámbito de las clases

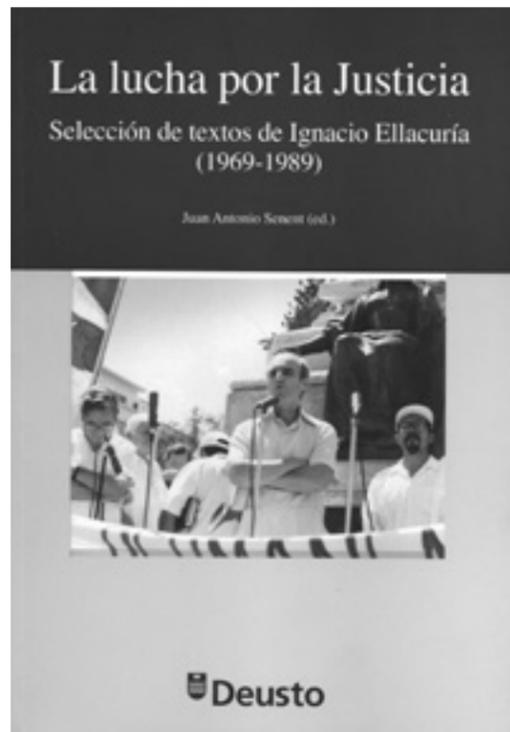
sociales; sin embargo, allí donde el Estado se convierte en sostenedor de una estructura social fundamentalmente injusta e irracional y se constituye en valedor de una parte de la sociedad en contra de la otra, esto es, en favor de una clase social, necesariamente entra en conflicto con esa fuerza social que es la universidad, si es que ésta se ha puesto de lado de la verdad y de la justicia. En estas circunstancias, la dimensión teórica y práctica del saber universitario no cumple con su condición universitaria si su carácter de fuerza social no adopta también el de ser fuerza política, aunque derivadamente. Opera entonces contra el poder del Estado, incluso directamente, pero siempre desde su propia especificidad universitaria.

LA PROYECCIÓN SOCIAL COMO CRITERIO DE NORMATIVIDAD DE LA POLITICIDAD DE LA UNIVERSIDAD

La tesis que en este apartado se quiere explicar y sustentar es que una universidad elabora universitariamente su politicidad fundamental cuando entre sus diversas funciones –docencia, investigación y proyección social– da el máximo rango directivo a la proyección social, de modo que ésta determine últimamente a las otras, aunque también sea determinada por ellas. Desde luego que no se trata de una proyección social cualquiera, sino aquella que busca prioritariamente la radical transformación del desorden establecido y de la injusticia estructural.

Por proyección social se entiende aquí aquella función que pone a la universidad como totalidad, aunque a través de sus partes, en relación directa con las fuerzas y los procesos sociales. En ese sentido no se confunde ni con la extensión universitaria, que busca regalar migajas de cultura a grupos que no pueden acceder a la universidad, ni tampoco se confunde con el servicio social, esto es, con el trabajo que profesores y alumnos pueden hacer supletoriamente en favor de determinados grupos sociales. La universidad se pone en contacto con la sociedad de múltiples formas: preparando profesionales, por acciones espontáneas de sus miembros en cuanto no llevan la representación formal o virtual de la universidad, etcétera. Pero cuando nos referimos a la proyección social, nos referimos a otra cosa: a la incidencia inmediata de la universidad como un todo sobre el todo de la sociedad o sobre algunas de las fuerzas estrictamente sociales.

Esta proyección social, en cuanto es proyección social de una universidad, se lleva a cabo a través de la “cultura”, entendida como cultivo real, activo, racional y científico de la realidad social. Este concepto realista de cultura ya fue desarrollado en



La lucha por la justicia: Selección de textos de Ignacio Ellacuría Ellacuría, Juan Antonio Senent (editor), 2012, Bilbao: Universidad de Deusto

otro trabajo y por eso no se va a insistir en él aquí¹². La cultura, el saber transformativo y no puramente contemplativo, es el arma típica de la universidad, aquello que más y mejor tiene en sus manos para proyectarlo sobre la sociedad.

La proyección social se operativiza en la contribución a la creación, modificación y configuración de la conciencia colectiva en su dimensión estructural totalizante o en dimensiones estructurales parciales. Se toma aquí la conciencia colectiva como uno de los elementos determinantes de la estructura social, sobre todo cuando es asimilada como propia por una fuerza social emergente o cuando se objetiva en instituciones socialmente operantes. Llámese a esta conciencia colectiva opinión pública, conciencia social, ideología dominante, etc., se trata de una realidad y de una realidad sumamente decisoria en la estructura social. Determinada en parte por ésta, la conciencia colectiva es a su vez, o puede serlo, determinante parcial pero insustituible de dicha estructura social. No será siempre un factor primario, pero es siempre un factor decisivo, y nunca será un factor –al menos cuando se le quiere tomar como motor del cambio y no como principio de inmovilidad– que surja espontánea ni mecánicamente. Evidentemente, la universidad no es el único factor en la formación de la conciencia

colectiva, pero hay campos de esa conciencia que le son específicos o, al menos, propios.

Uno de sus aportes es el diagnóstico científico y/o racional sobre la realidad histórica del país en su conjunto y en sus partes, incluido el modo de verse y apreciarse esa realidad, así como la proposición de modelos y valores nuevos. Los tres puntos son esenciales e implican un aporte estrictamente universitario, si quiere ponerse en ellos un máximo de racionalidad. Otro de sus aportes es la producción de un saber crítico, lo cual implica la aceptación crítica de todo aquello que se presenta con la pretensión de ser un saber, e implica también la producción crítica de nuevos saberes. Este carácter crítico tiene como momento esencial una reflexión epistemológica sobre cualquier saber, pero también una reflexión ética, igualmente crítica, sobre todo saber y todo hacer. En esos dos aportes puede verse algo de lo que es específicamente universitario a la hora de la constitución de una conciencia colectiva. En esto se diferencia, al menos en grado y calidad, de lo que hacen en esta misma línea otras instancias, como puede ser la Iglesia, que es también una de las grandes conformadoras de la conciencia colectiva en nuestro país.

Esta proyección debe tener una dirección y un propósito, una finalidad práctica. Aunque sobre ello volveremos en el apartado siguiente, ya desde aquí conviene insistir en que debe ponerse al servicio de aquellos procesos que favorezcan efectivamente el cambio social y en contra de aquellos otros que lo dificultan, sin dejarse engañar ni en un caso ni en otro por formulaciones ideologizadas. No siempre la universidad suscitará los procesos; lo normal será que otras fuerzas sociales los susciten. Esto supone que el papel político de la universidad es de segundo grado: supone los procesos y se constituye en momento iluminador y propulsor, reflexivo y crítico de esos procesos, sin que ello suponga negar que la universidad pueda ser en ocasiones el propiciador de aquel elemento subjetivo sin el que las condiciones objetivas ya en marcha y dispuestas no cobrarían su actualidad plena y efectiva. Esto supone, asimismo, que hay otros centros de producción tanto del saber como de la conciencia colectiva, a los cuales por tanto debe vigilar críticamente para unirse a su esfuerzo o para combatirlo según los casos.

Sin entrar ahora en la discusión de cuál es el sujeto verdadero de la conciencia colectiva y de cuál es el sujeto real de la verdadera conciencia colectiva, hay que señalar que no se puede tomarla como algo etéreo que se arroja sobre la sociedad, como las fábricas echan humo sobre las ciudades. Aunque la conciencia colectiva tiene su consistencia propia

y desde esa consistencia sirve de freno o acicate según los casos, debe procurarse que sea efectivamente asumida por los diferentes sectores de la sociedad. No es hora tampoco de discutir cuáles son los mejores mecanismos de esta apropiación.

Pero la proyección social no se reduce a eso. Puede y debe pretender alcanzar aquellos centros de decisión, sean institucionales, gremiales o personales, que determinan cuestiones importantes en la marcha de la sociedad. Aunque su modo normal de intervenir sobre los centros de decisión debe ser un modo indirecto, a través de diagnósticos y propuestas, no se excluye un modo más directo, según el peso efectivo que posea la universidad o algunos de sus miembros como representantes formales o informales del poder y del prestigio de la universidad. Para ello no siempre tendrá que esperar a que se le pida ayuda, sino que debe procurar los modos efectivos de darla y aun de imponerla. Condición indispensable para ello es que cuente con prestigio técnico, ético y político, así como con grupos diferenciados, realmente expertos, que puedan tratar con fuerzas diferenciadas. La pluralidad universitaria, siempre que mantenga una unidad en la pluralidad, cuenta con enormes ventajas tanto técnicas como políticas para abarcar distintos campos y para acercarse a fuerzas sociales contrapuestas.

La universidad se constituye así en una verdadera fuerza social, que para serlo no necesita de la agitación masiva o de movilizaciones tumultuarias. Es como universidad una fuerza social y tiene que hacerse presente en la sociedad como tal fuerza. No se excluye con esto el uso de la presión y de la coacción, propio de todo poder, aunque sea peculiar la presión y la coacción del poder universitario. Incluso a veces este poder se usará conflictivamente cuando algunas fuerzas sociales resistan irracionalmente. Pero conflictividad, de nuevo, no debe confundirse con formas de acción, que son en sí legítimas en determinadas ocasiones y por diferentes fuerzas sociales, pero que no responden a la especificidad ni de la realidad ni del poder universitario.

Esta proyección social, así entendida, no es algo dislocado de las otras dos funciones fundamentales de la universidad. Presupone la docencia por muchas razones como su base de sustentación y presupone asimismo la investigación como iluminación fundamental de todo su quehacer, pero se convierte en regulador de éstas al promover lo que lleva más y mejor al cambio social y a combatir a lo que lo retarda.

Por lo que toca a la docencia, hay que reconocer, en primer lugar, que representa por lo menos

la base material de la labor universitaria, pues sin alumnos no habría universidad, aunque no sean ellos la razón de ser de la universidad, al menos su razón formal de ser en una universidad que se dice orientada a la proyección social y conformada por ella. Pero con esta restricción los alumnos no sólo ofrecen, en los casos en que la universidad no es sustentada por dinero del Estado, la base material de sustentación, sino que tienen una tarea positiva de primer orden: posibilitan la diversidad unificada de los departamentos y se constituyen en el contraste crítico inmediato del producto teórico impartido. Pero para que la docencia sea lo que debe ser, debe, en segundo lugar, regularse desde las exigencias de la proyección social.

En efecto, el someter la docencia –en el orden de los valores y, consecuentemente, en el orden de la configuración de la universidad– a la proyección social supondrá una permanente tensión positiva entre lo que reclaman los alumnos y lo que le reclama la sociedad establecida, por un lado, y, por otro, lo que son las exigencias de una proyección social transformadora, máxime si esa transformación quiere ser revolucionaria. Los alumnos querrían en su mayoría instalarse en una sociedad que se estima injusta y la proyección social pretendería cambiar esa sociedad. Sin embargo, esta tensión es en principio beneficiosa para ambos extremos, si es que el factor sobre-determinante del dinamismo tensional es la proyección social. La anulación de la tensión llevaría al peligro de idealismo voluntarista; al contrario, la supremacía del polo estudiantil-sociedad establecida llevaría a constituir a la universidad en pura servidora de una praxis social equivocada. En cambio, la supremacía del polo proyección social, manteniendo el otro polo, llevaría a dar la docencia adecuada para el cambio social.

Esta subordinación de la docencia a la proyección social se convertiría en un principio fundamental de reforma académica. Los hechos actuales prueban que es la docencia la que dirige en la práctica la marcha universitaria, pero prueban asimismo que ese enfoque no ha logrado sino mala docencia, tanto desde el punto de vista técnico como desde el punto de vista ético. Desde el punto de vista ético, porque los profesionales en su conjunto han servido más para robustecer un estado injusto de cosas, que les absorbe una vez salidos de la universidad, que para transformarlo o para ayudar a su transformación. Pero también desde el punto de vista teórico, porque sin la proyección social la docencia se vuelve repetitiva o, en el mejor de los casos, abstracta. La buena docencia debe mucho a la investigación, pero debe más a una buena orientación de toda la

¹² Cfr. *ECA*, oct.-nov., 1975, pp. 609-611



Mural *Mártires* de la Universidad Centroamericana de El Salvador.
Fotografía de la Dirección de Comunicaciones y Publicaciones UCA, 2013

actividad universitaria, y esta buena orientación depende de la correcta proyección social.

Por lo que toca a la investigación, es evidente que sólo una investigación seria, una dedicación sólida a la investigación, posibilita no sólo que la docencia sea la requerida, sino que la misma proyección social sea autónoma y sea la exigida por la sociedad en cuestión. Pero su medida y control debe ser esa proyección social, esto es, lo que la investigación es para la sociedad en cuestión. En nuestro caso concreto, dada la escasez de recursos, sólo debe ser investigado por nosotros lo que mediata o inmediatamente puede ser proyectado y lo que se determina como importante para ser proyectado. En ese sentido, la proyección social se convierte en rectora de la investigación. Pero a su vez es dirigida por ella, pues si es posible un saber de lo que debe ser proyectado, antes de profundas investigaciones formales, también ha de afirmarse que sólo con la investigación se llega a saber críticamente lo que se debe proyectar sobre la sociedad y lo que se debe producir para un cambio racional de la misma.

Algo parecido debe decirse de los sujetos integrantes de la universidad. En cuanto profesores, investigadores, alumnos y administrativos participan, aunque de distinta forma, en la proyección social, se encontrarán en óptimas condiciones no sólo de rendir universitariamente, esto es, de aprovechar máximamente en beneficio personal su paso por la universidad, sino también de desarrollar universitariamente una función política que beneficie adecuadamente al país. Aquí también se establece una relación estructural: no hay proyección social sin la debida participación de los

sujetos universitarios y los sujetos universitarios no pueden ser lo que deben sino integrados en una correcta proyección social. Pero aquí también la sobredeterminación compete a la proyección social y no a los sujetos.

Es cierto que la proyección social compete primariamente a la universidad como tal y sólo en segundo grado a sus unidades estructurales. En este sentido, no todas las unidades ni menos todos los individuos, integrantes de la universidad, están capacitados o en disposición para la proyección social de la misma manera, aunque todos ellos se deban ver afectados por ella y todos —unidades e individuos— deberían contribuir a ella desde su propia disciplina y capacidad. Los dos puntos hay que mantenerlos. Efectivamente, no hay universidad ni saber plenamente universitario sin el aporte específico y complementario de los distintos departamentos, especialidades y talentos, y sin la interacción mutua de los distintos saberes; pero a su vez el aporte de cada uno de los departamentos, especialidades y talentos no será plenamente universitario si no está asumido y en alguna manera determinado por la proyección social de la universidad. Sin embargo, no es necesario ni a veces posible que cada uno de los saberes —y menos cada uno de los individuos— pretenda una proyección social, ni menos aún una proyección social inmediata. La razón es que la proyección social no anula la especificidad y el dinamismo propio de cada una de las disciplinas, antes exige esa especificidad y ese dinamismo para ser plenamente universitaria. Por ello hay que tener muy presente que el modo de ser configurada una disciplina por la proyección social puede y debe

ser diverso y no puede entrar en contradicción con las exigencias intrínsecas de esa disciplina.

Pero desde esta perspectiva volvamos a los sujetos mismos. Los profesores en general aportan a la proyección social tanto su saber profesional como su capacidad de proyectar socialmente ese saber. Es evidente, en efecto, que no interesa proyectar cualquier cosa, sino algo valioso y válido para el cambio social que se pretende, y esto no es posible sin un saber probado, que es patrimonio de los especialistas y de su trabajo especializado. El saber y el saber acomodado a una determinada situación social es una necesidad perentoria de la sociedad y de su liberación; los pueblos que no saben, las clases sociales que no saben, están condenados a la opresión, a la explotación o, en el mejor de los casos, a la explosión espontaneista y al fracaso asegurado. Reunir en la universidad no sólo a quienes son más capaces de saber, sino hacer que esos se dediquen realmente a saber y a saber lo que se debe y se necesita, es una primera exigencia de cualquier movimiento de liberación. No hay que ser ingenuo aquí sobre las virtualidades casi místicas de un pueblo o de una clase mesianizada. Mucho puede el pueblo, incluso en el área del saber, pero no puede sustituir a quien profesa técnicamente el saber. Pero reconocido esto, hay que añadir inmediatamente que es la proyección social la que reorienta ese saber tanto en la línea de la investigación como en la línea de la docencia; es la proyección social, con lo que implica de encarnación en la realidad social y en el proyecto histórico acertado, la que dirige realísticamente ese saber y lo alimenta. Esa proyección social, así entendida, potencia la capacidad misma del profesor y su responsabilidad, permitiendo un máximo de creatividad.

Los alumnos, por su parte, aportan principalmente a la proyección social su conocimiento o sentimiento de la realidad, su connatural posición crítica idealista y su exigencia de acción eficaz frente a la injusticia institucionaliza. Son o pueden ser un acicate permanente para la proyección social, aunque en ocasiones parte de ellos se constituya en un freno retardatorio y egoísta para ella. Son un control permanente sobre la actividad de los profesores y de la universidad en su conjunto y un dinamizador de la misma. Su aporte principal sería el de forzar la calidad y el compromiso de la acción universitaria tanto en la docencia como en la investigación y en la proyección social.

Caben otras funciones subsidiarias como aporte a la proyección social, en cuanto estudiantes y profesores se constituyen en asociaciones o gremios. En efecto, fuera de lo que las asociaciones tengan de defensa gremial de los propios intereses, pue-

den en cuanto tales hacer que la universidad como un todo mejore la calidad y la eficacia de la proyección social, y pueden también utilizar su relativa autonomía dentro de la totalidad unificada de la universidad para constituirse en un todo parcial con su peculiar proyección social. Este es un hecho habitual en nuestras universidades, que ha producido algunos resultados importantes en el proceso social, aunque no siempre en cuanto formalmente universitarios, y lo que aquí estamos buscando es una efectividad política formalmente universitaria.

Una de las razones del desviacionismo es la dependencia de estas asociaciones en relación con frentes o partidos políticos. Cuando esta dependencia rompe con la autonomía y la especificidad universitarias y subordina el hacer universitario a instancias partidistas introduciendo una conflictividad y un divisionismo perniciosos dentro de la universidad, se convierte en algo que lleva por mal camino la politización de la universidad. Y lo lleva no tanto porque conduzca ese hacer político por caminos y métodos no universitarios, sino porque impide positivamente los caminos y métodos universitarios, con lo cual la acción política y aun el proceso universitario quedan privados de un aporte, a veces menos llamativo, pero no por eso menos indispensable y trascendental.

Pero cuando estos extremos no ocurren, no sólo ofrecen la posibilidad táctica de intervenir universitariamente como un todo, sino que posibilitan un pluralismo sano de interpretaciones políticas de la realidad y de la acción transformadora más conveniente. Y es que, aunque la universidad, por razones universitarias y por razones políticas, no puede tolerar el agotar sus energías en divisionismos internos y aunque, por otra parte, cada universidad tiene derecho a optar por un modo propio de proyección social, debe hacerla con tal amplitud de miras y de límites que permita toda aquella discrepancia y toda aquella crítica que no llegue a romper la identidad optada o a hacer imposible la labor universitaria.

Como quiera que sea, el conjunto de alumnos y profesores, así como el de las autoridades, en cuanto conjunto de personalidades diversas, insertas en el todo social de muy distinta forma, suponen un insustituible flujo de presencia de la realidad en la universidad y de la universidad en la realidad social. Y este flujo, realmente aprovechado y críticamente procesado, supone un enorme enriquecimiento potencial de la proyección social. Claro que no es ese el elemento principal, sino que el elemento indispensable para la correcta proyección social en el pueblo mismo, como sujeto fundamental del cambio social. ☛

POR UNA HUMANIDAD CULTA

UNIVERSITARIOS CONTRA EL MALTRATO ANIMAL

Rocío Mejía Ornelas

A partir de la iniciativa de varios estudiantes de la UAEM, preocupados por el abandono animal que se vive desmesuradamente en la zona de Chamilpa, ha nacido un grupo llamado Universitarios Contra el Maltrato Animal, dedicado a ofrecer alimento y cuidado a los perros que han adoptado las instalaciones de la universidad como su hogar. En este artículo, la bióloga Rocío Mejía Ornelas nos demuestra que los grandes cambios pueden crearse a partir de acciones humanas, que a su vez se convierten en detonadoras de consciencia social.

*Mientras haya
alguna ventana abierta,
ojos que vuelven del sueño,
otra mañana que empieza.*
Fragmento del poema *Confianza*.
PEDRO SALINAS

LA SOCIEDAD DE nuestro país anhela desesperadamente ver disminuida la violencia que día a día carcome la sonrisa de sus familias y, como un árido viento replegado en el vacío de la indiferencia, azota la esperanza de los sueños. Por desgracia se cree –herencia del paternalismo político– que un cambio radical que brinde paz y serenidad a nuestro país, vendrá por parte de los acuerdos y acciones que el gobierno en turno realice. Es decir, la reestructuración del tejido social dependerá de aquello que otros digan y hagan. Sin embargo, después de convivir un año con jóvenes de la Escuela de Técnicos Laboratoristas y estudiantes de diversas facultades como Biología, Artes, Psicología y Arquitectura, me atrevo a decir que el tejido social se crea en esos pequeños actos que a diario realizan personas comunes. La esperanza es tímida y le gusta ocultarse en los detalles.

El historiador y dramaturgo estadounidense Howard Zinn, mencionó que:

La historia está llena de ejemplos de momentos en que la gente se unió, superando obstáculos enormes, para luchar por la libertad y la justicia y ganó. No con demasiada frecuencia, por supuesto, pero sí lo suficiente como para sugerir que es posible más veces. Los ingredientes esenciales de esas luchas por la justicia son seres humanos que, aunque fuera por un momento, aunque estuvieran acosados por el miedo, rompieron con lo establecido e hicieron algo, por pequeño que fuera. Y aun los actos más antiheroicos se suman a esa reserva de leña que puede encenderse por alguna circunstancia sorprendente y empezar el incendio de un cambio tumultuoso.



Ilustración de Hugo Ortiz

En la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, varios jóvenes están rompiendo con una actitud perfectamente establecida en nuestra cultura: indiferencia ante el maltrato animal. Y, con esto, promueven un estado de consciencia en el cual el sufrimiento de otra especie implica un motivo de reflexión y de estipulación de nuevos valores morales y éticos, ya que todo ser importa.

Citaré algunas de las experiencias que he presenciado en el tiempo que he formado parte de la administración de la Escuela de Técnicos Laboratoristas, para tratar de mostrar cómo un pequeño acto compasivo de un joven, puede ser el disparador para que se manifieste lo estipulado en el Plan Institucional de Desarrollo (PIDE) 2012-2018, en donde se menciona como visión de nuestra máxima casa de estudios que se debe:

[...]formar integralmente ciudadanos a la vez que profesionales libres, críticos y *socialmente responsables*, capaces de construir conscientemente su propio proyecto de vida; de contribuir a la construcción de la democracia y desenvolverse en un mundo sin fronteras, incierto y paradójico, reconociéndose

como miembros del género humano y *como parte de la naturaleza*; de actuar ética, comunicativa y cooperativamente para contribuir a resolver los problemas y satisfacer las necesidades de los distintos sectores y grupos poblacionales del estado de Morelos y, en general, de la sociedad globalizada en la que están insertos, así como de participar en la producción, recreación y transformación de la cultura.

La Escuela de Técnicos Laboratoristas es hogar de varios adolescentes y, como se comprenderá, es necesario darse unas cuantas vueltas por los pasillos para ver que todo esté en orden. En los recorridos que daba en septiembre del año 2013, noté que siempre había una alumna de quinto semestre ofreciendo, en su tiempo libre, croquetas a los perros que transitaban por la Unidad Biomédica. Tiempo después supe por sus compañeros que desde el primer semestre todos los días había llevado alimento para los perros de la universidad. La joven Ingrid Martínez, mientras iba rumbo a la escuela, repartía un poco de felicidad a todo aquel cánido que se atravesara en su camino. Eso me conmovió profundamente. Sobre todo porque no era una persona que le pidiera a los demás que hicieran lo mismo. Ella simplemente hacía lo que quería hacer y, con eso, me permitió conocer lo que era la compasión. Hacerme consciente de lo que Ingrid realizaba tuvo repercusiones en mi vida. Después de ella, descubrí a otros alumnos que hacían lo mismo: María Fernanda Onofre, de la Escuela de Técnicos Laboratoristas; Alejandra Lagunas, Estefanía Ríos y Areli Mundo, de la Facultad de Artes; Brenda Brug, Julieta Guerrero, Alejandra Ramírez, de la Facultad de Ciencias Biológicas, y Antonio Miranda, estudiante de doctorado en el Centro de Investigaciones en Biotecnología.

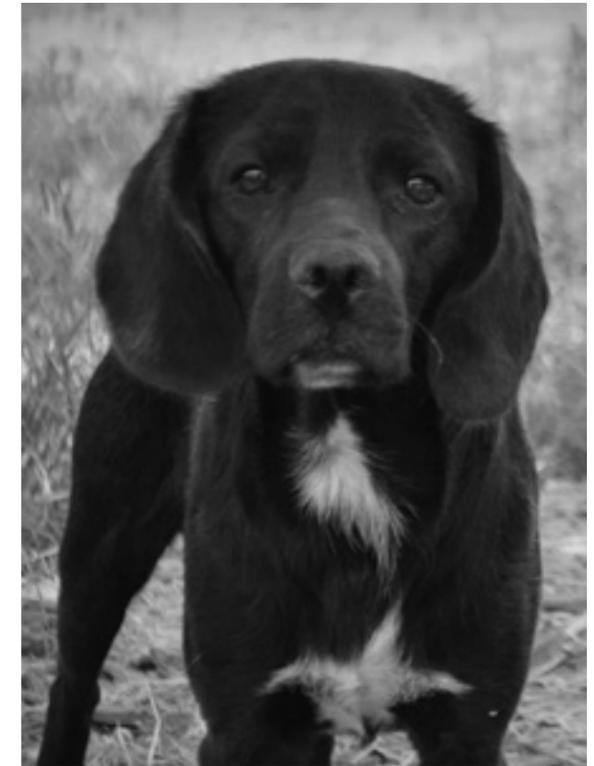
Darnos cuenta de lo que sucede a nuestro alrededor crea, invariablemente, una sinergia, un magnetismo entre soñadores que nos obliga a unirnos, formar redes humanas socialmente responsables. Poco a poco se conformó, con los chicos antes mencionados, un grupo denominado UCMA (Universitarios Contra el Maltrato Animal), a través del cual buscan realizar acciones para disminuir el sufrimiento en los animales que se resguardan en nuestra casa de estudios. Después de diez meses de trabajo, han rescatado, esterilizado y puesto en adopción, a más de 70 perros y tres gatos que estaban en situación de calle dentro de la universidad o en la zona de Chamilpa. Sin embargo, estas gestiones no se han logrado exclusivamente con los miembros de UCMA: aunado a ello, hay una



Van. Fotografía de Estefanía Ríos, UCMA



Rufo. Fotografía de Estefanía Ríos, UCMA



Dumbo. Fotografía Estefanía Ríos, UCMA

cantidad enorme de personas involucradas que donan croquetas, dinero para esterilizaciones y tratamientos médicos. Es decir, los integrantes de UCMA se convierten en un punto de convergencia para que decenas de personas, tanto de la universidad como fuera de ella, a su vez realicen actos que transforman vidas. Haré mención del caso de Shina, para hacer mayor hincapié en la cantidad de seres que, de manera silenciosa, son héroes anónimos en nuestra universidad. Shina fue una perrita que tuvo por hogar la UAEM. Muchos la conocieron; era tímida con las personas pero de un espíritu fuerte, indomable, alegre. También algunos la ubicarán por el terrible cáncer que padeció por dos años: Tumor Venéreo Transmisible (TVT). Por la alumna de arquitectura, Daniela Landero, supe que en diversas ocasiones ella y varios de sus compañeros intentaron hacer algo al respecto, pero resultaba difícil capturar a Shina –nuestra pequeña amazona de mirada triste– para llevarla a tratamiento médico. En el periodo que vivió en las instalaciones, Shina tuvo un ángel guardián: la maestra Natalia García, quien se encargó de darle alimento y cariño hasta el día que fue capturada por Acopio Animal. Afortunadamente, el día de la captura, varios alumnos se dieron cuenta y avisaron a miembros de UCMA, por lo cual se pudo gestionar su rescate. Esto permitió llevarla al ve-

terinario para hacer la valoración médica. Por desgracia, el especialista comentó que Shina estaba ya en estado terminal. Tenía metástasis. El paso siguiente era permitirle descansar. Hubo un largo silencio con la noticia y, antes de permitir que Shina se convirtiera en polvo de estrellas, se habló largamente con ella, agradeciéndole por todo lo que había enseñado con su fortaleza y deseándole un buen viaje. Varios estudiantes de la Facultad de Psicología brindaron el apoyo económico para que fuera cremada. Ahora, las cenizas de Shina reposan a un costado del edificio 19, en donde solía recibir el amor de la maestra Natalia. Shina descansa en su hogar: la universidad.

Hay más casos que podrían ser narrados en donde se demuestra que se ha iniciado un cambio en nuestro actuar ante el sufrimiento del otro, no sólo por parte de alumnos, sino de toda la comunidad universitaria que busca unirse para brindarse apoyo mutuo, como lo fue el rescate de un ave silvestre por parte de la Sra. Silvia, encargada de intendencia de las diversas direcciones de la Unidad Biomédica; los múltiples cachorros rescatados por varios integrantes de protección civil –nuestros queridos venados– y estudiantes de biología; las donaciones constantes de croquetas por parte de estudiantes y personas civiles; el apoyo económico recibido por parte de alumnos de técnicos

laboratoristas y el Dr. Víctor Martínez del CEIB, para Shanti, perrita que padece también TVT pero que se encuentra en vías de recuperación gracias a las quimioterapias recibidas en la Asociación Protectora de Animales Philip Kahan; los amables jardineros de la Unidad Biomédica que no dudan en llenar el bebedero para perros cuando lo ven vacío; el Sr. Óscar Hernández, Coordinador de Servicios Generales de la Unidad biomédica y el supervisor de la misma unidad, Fernando González, que están al pendiente de la comunidad canina y orientando a los jóvenes para que los traten con respeto; los vigilantes del campo experimental de la Facultad de Ciencias Agropecuarias, que dieron refugio y apoyo a una de las perritas universitarias, la Negra, cuando se llevó a esterilizar, y tantas personas que faltarán mencionar en estos momentos que día a día hacen la diferencia y “se suman a esa reserva de leña que puede encenderse por alguna circunstancia sorprendente y empezar el incendio de un cambio tumultuoso”.

El realizar acciones contra el maltrato animal, permite fomentar entre los alumnos, docentes y administrativos un nivel de colaboración nunca antes visto, además de “[...] actuar ética, comunicativa y cooperativamente para contribuir a resolver los problemas”. También se promueve la innovación y la creatividad, ya que no basta con hacer

recorridos caninos para dejar alimento y agua a nuestros perros universitarios, los miembros de UCMA están creando lazos con asilos de animales, protectoras independientes, veterinarios, para promover esterilizaciones gratuitas dentro del municipio de Cuernavaca, así como la tenencia responsable de las mascotas.

A pesar de todo lo antes mencionado, muchos podrán decir que estas acciones no sirven de nada, ya que siempre habrá un animal abandonado o víctima del abuso humano; sin embargo, todo gran cambio inicia con pequeños actos compasivos. Al final, los detalles son los que dan forma a nuestra existencia, son los que impactan en la vida de alguien. Recordemos el cuento sufi sobre las estrellas de mar, en el cual un escritor observaba cómo un joven recogía a los animales que quedaron varados en la playa, para devolverlos al océano, ya que la marea había bajado demasiado y muchas estrellas iban a morir. Entonces el escritor mencionó al joven que no tiene sentido hacer esto, primero, porque es su destino: morirán y así serán alimento para otros, además, debía haber miles de estrellas en la playa y nunca tendría tiempo de salvarlas a todas. “El joven miró fijamente al escritor, cogió una estrella de mar de la arena, la lanzó con fuerza por encima de las olas y exclamó: Para ésta... sí tiene sentido”. 🐾

UN SALTO AL VACÍO

ENTREVISTA AL PINTOR HUÁSCAR TABORGA

Roberto Abad

Entre las propuestas de pintores radicados en Morelos destaca la obra del acuarelista boliviano Huáscar Taborga, quien desde hace quince años imparte el Taller de las aguas: un espacio de formación artística dedicado a la introspección, el análisis del arte y la búsqueda del lenguaje propio en la pintura. Adentrarse a los senderos de la acuarela, nos dice, es como dar un salto al vacío. En esta conversación nos aproxima a ese vacío, al origen de la pasión y las distintas etapas por las que ha pasado como creador.

MUCHO DE LO QUE sucede en la faceta de aprendizaje de un artista marca de manera definitiva el desarrollo y el estilo de su obra, ¿en qué momento se definió su vocación como pintor?

Primero estudié ingeniería; hice mecánica eléctrica porque mi padre quiso estudiar ingeniería, y en Cochabamba no había ingeniería. Había medicina y otras dos carreras. Entonces él se frustró y entró a derecho, y toda su vida proyectó en mí al ingeniero. Me regalaba mecánicos y cosas que tenían que ver con la profesión. Por eso de algún modo me convencí de hacerla. Cuando terminé esa carrera, me di cuenta de que no me gustaba. No era un mundo que me completaba, faltaba algo humano, faltaba una religación proyectiva humana; entonces me metí a artes visuales a la ENAP¹ de Xochimilco, y ahí encontré mi mundo: gente sentada en el suelo, pelo largo, platicando... ése era mi mundo. Más

humano. Terminando, un par de años después, me fui a Alemania y luego de cinco años de estar allá, hice una especialidad en técnicas del agua (tinta negra, acuarela, acrílico).

Por eso, al llegar a México fundo mis talleres, que tratan y trabajan el agua y buscan directamente ese lenguaje de expresión; no copiar. Es decir: en la primera etapa necesitas una plataforma técnica, necesitas emular, sacar los colores correspondientes; pero la segunda etapa es completamente creatividad. ¿Cómo compongo mi espacio? ¿Qué quiero decir? ¿Qué elementos quiero poner? ¿Quiero ir hacia la abstracción o hacia lo concreto? Son preguntas que mis alumnos tienen que ir haciéndose.

¿Cómo logra que lleguen a esos cuestionamientos? ¿Cuál es la dinámica del Taller de las aguas?

Es muy importante la introspección. Antes de pintar, tenemos un momento, una media hora de lectura de filosofía, psicología y socio-

¹ Escuela Nacional de Artes Plásticas.

Resistencia 1, 2013

Huáscar Taborga

Tinta negra sobre papel algodón

logía, para saber quiénes somos, qué queremos, qué no nos gusta. Saber cómo está lo social, qué tan patológica es la sociedad en que vivo, qué tanto modifica el capitalismo mi creatividad, qué tanto me mandan los estereotipos de consumo, estereotipos que no tienen nada que ver con mi individualidad. Estas lecturas sirven para allanar el campo y que mis alumnos se den cuenta de qué es lo que quieren. Creo que es una hermenéutica completa, donde vemos lenguajes de expresión, composición y finalmente la expresión personalizada. Al inicio, se muestra el trabajo de uno y todos opinan; a mitad de la clase se hace un segundo análisis con toda la gente y al final otro, pero con cada uno de los trabajos. De esa manera hay opiniones encontradas. Lo importante es que la persona que está recibiendo la crítica pueda cernir, pueda decir esto sí y esto otro no; tener esa capacidad.

Entiendo, con lo que nos comenta, que en el taller no sólo se busca un lenguaje propio sino también la identidad del artista.

La consciencia... Es cierto... porque es muy difícil orientarse en este mundo de tanta información. Es difícil encontrar una isla, un islote de religación, de consciencia, de creatividad. Este taller trata de proponer ese islote en este mundo de competitividad, en este mundo que está dando tumbos de un lado a otro, con este *homo demens* que tenemos dentro y con el que creamos tanta locura. Necesitamos un equilibrio, un contrapeso; que haya islotes de creatividad, de bondad y conocimiento, y ese islote es lo que yo trato de proporcionar: un lugar donde la gente no sólo aprenda a pintar, sino que sobre todo sepa quién es internamente. La pintura es un pretexto de lo que a mí me interesa, que es formar gente con una introspección consciente de lo social y lo individual.

¿Qué experiencia le ha dejado trabajar con alumnos de diferentes edades y capacidades?

Tengo varios talleres. Trabajo dos días a la semana con niños que tienen parálisis cerebral. Llevo quince años haciéndolo. Son alrededor de 30 alumnos de 4 años en adelante aproximadamente, y hemos trabajado técnicas del agua. Son niños muy especiales porque cuando tienen enfrente un color y un pincel, están viviendo eso, un color y un pincel. No hay otra cosa en su cabeza. Están totalmente entregados a sus pinturas. Por otro lado, tengo 14 años en el CMA²

² Centro Morelense de las Artes.

dando clases. Te puedo decir que por mis talleres han pasado alrededor de 500 personas quienes, a su vez, han formado otros talleres.

Platiquenos más a fondo sobre su proceso creativo.

Mira, yo tuve un momento, digamos, muy importante, donde me pregunté qué tanto mi consciente, qué tanto mi juicio, mi razón y mi lógica están determinando mi proceso creativo, y qué tanto mi parte inconsciente está presente en lo creativo. Entonces empecé a investigar técnicas orientales: la caligrafía china, la síntesis del modelo, el Sumi-e, la pintura zen, que es introspección con tinta negra, y en todas había un elemento característico: la velocidad. Cuando yo trabajo lentamente, estoy integrando mi juicio permanentemente en cada pincelada; cuando mi trazo es más rápido, me salto el juicio, me salto el consciente, y mi impresión puede ser más interna, más del inconsciente. El inconsciente trae todo lo instintivo, todo lo creativo; pero también hay agresión. Y en nuestro sistema capitalista hemos aprendido a neutralizar el inconsciente, a no darle cabida ni expresión, porque puede ser peligroso. Mediante este método, descubrí que salían partes de mí que yo no conocía, partes auténticas, originales, únicas. Aparecían accidentes, aparecían cosas que no podía controlar, y cuando me fui soltando a ese descontrol expresivo, fui entendiendo cuál era mi verdadero lenguaje. Fue muy importante poder internalizarme y salir sin juicio.

Ha experimentado diversas técnicas que están relacionadas con el agua, ¿fue intencional trabajar desde un inicio con este elemento?

Surgió en el camino. Yo trabajaba óleo y acrílico, y vi la obra de Ricardo Pérez Alcalá, un gran acuarelista. Fui a su exposición y me encontré con trabajos muy sólidos en la acuarela. No era esa acuarela transparente, bonita, ortodoxa... Allí había violación de la acuarela, una penetración al claroscuro; una fuerza que nunca había visto. Entonces le pedí a Ricardo que me dejara ayudarlo y fui su ayudante durante varios años. Ahí encontré que la técnica del agua tenía una característica que sobrepasaba las demás técnicas. Es que la técnica en acuarela es pintar en presente, y no hay para atrás. En óleo puedes borrar y volver a empezar, en el acrílico también. Pero en la acuarela no hay para atrás. Empiezas y tienes que ir determinando hasta el final. No hay posibilidad de regreso. Ese presente se me hizo como la vida. Si yo decido algo en la vida no

puedo irme para atrás. Si decido comprometerme con una mujer, con un trabajo, ya lo decidí y no puedo regresar al punto de inicial. Es más o menos lo mismo en las técnicas del agua: no puedo borrar, tengo que asumir el presente.

En este sentido, el acuarelista tiene que ser valiente al enfrentarse con los caminos del papel y los colores.

Sí. Por eso hay tan pocos acuarelistas buenos. Hay muchas personas que trabajan óleo y acrílico que, después de años y años de trabajar, al pasar a la acuarela les cuesta trabajo, porque entrar en la acuarela es un salto al vacío, un espacio que hay que estar vaciando y llenando constantemente, y no es tan fácil.

Tiene una serie de pinturas en las que nos muestra aspectos de los elefantes, ¿qué conexión tiene con estos mamíferos y cómo surgió la idea de retratarlos?

Estaba muy pequeñito y por primera vez, a los cuatro años, vi cómo mi abuelo dibujaba un elefante, cómo el lápiz se iba moviendo, construyendo un claroscuro y un significante, y al final aparecía un elefante mirándome. Y esa imagen de la infancia me quedó muy grabada en relación con mi abuelo. Mi padre tenía un vínculo muy especial con el elefante, y cuando muere mi padre, empiezo a hacer como un ritual de despedida a través del elemento signifiante que es el elefante.

Algo que caracteriza a los elefantes es la memoria. Usted utiliza a los elefantes como un símbolo para acudir a la memoria; un encuentro con su pasado...

Sí, lo has interpretado muy bien. La memoria es el objetivo de traer a ese ser tan importante que es el elefante y mi vínculo con mi abuelo y mi padre. Ahora estoy terminando la serie de los elefantes con uno enorme, de tres metros por dos, y éste va a ser el término de toda mi serie. Creo que internamente me siento más en paz con mi abuelo y con mi padre, siento un equilibrio que ha sido muy terapéutico en estos dos años de trabajar con los elefantes: he visto la parte vital de mis abuelos.

Caligrafía de un zapato es una colección de pinturas en tinta china en la que logra transformar la figura del zapato hasta volverla abstracta. ¿De dónde viene esta idea?

Normalmente, sólo tengo un par de zapatos, no tengo dos; es decir, me los pongo hasta que se empiezan a romper y al final del año, hago algo con los zapatos. Uno de los trabajos que hice fue poner un par de zapatos desgastados en una almohada limpia, blanquísima, lo que



Huáscar Taborga. Fotografía cortesía de www.pintoresmexicanos.com

era una dicotomía del paso del tiempo. ¿Por dónde me llevó el zapato? ¿Qué me hizo conocer? Toda la relación que tuve con el zapato y el ritual de la muerte del zapato en una almohada muy limpia. El zapato puede llegar a ser simplemente un gesto. Pero me pregunté cómo un significante, un zapato, que está destruido, puede convertirse en un gesto zen. Entonces fui destruyendo el significado.

El primero era muy realista y el segundo menos y el siguiente aún menos. Así se logró esa expresión inconsciente, absolutamente inconsciente, sin el proceso del juicio y logré el último trazo que culminaba con la designificación del elemento zapato. Esos son mis procesos, busco mi parte inconsciente. Por ejemplo, en otra serie donde retrato de mi nacimiento a mi muerte. Mojé el papel de atrás para adelante, y lo empecé a llenar de color, no sabía por dónde iba a ir en el presente producible, donde una mancha se convierte en un rostro. Voy comunicándome con el agua, no voy imponiéndome al agua con mis decisiones y puedo sacar mi expresión más interna, y eso es básico.

¿Qué proyectos tiene en mente? ¿Qué viene para el taller?

Tendremos la octava muestra colectiva del Taller de las aguas en Toluca; vamos a presentar treinta trabajos de lo más destacado, y de los que van empezando y también se destacan. Respecto a la acuarela, la verdad tengo la mente abierta para el siguiente tema de pintura, no lo voy planeando. Vamos a ver. ☛



Caligrafía de un zapato, 2012
Tinta negra sobre papel arroz



Sintergía, 2012
Acuarela, tinta negra sobre papel algodón



Nacimiento, 2012
Acuarela sobre papel arroz



Resurrección, 2012
Acuarela sobre papel arroz



Presencia, 2012
Acuarela sobre papel arroz



Recuerdos, 2011
Gesso, acuarela sobre papel arroz



Sin título, 2013
Díptico
Acuarela sobre papel arroz



Simbiosis, 2014
Acuarela sobre papel arroz



Resistencia 2, 2013
Tinta negra sobre algodón

PRESENCIA EN LA NEBLINA, EMILY DICKINSON

Alejandra Atala

BLANCA ES LA hoja en la que comienzo este artículo; blanca, la tez de ese rostro como de niña; blanco el vestido de que hizo gala los últimos treinta años de su corta vida, blanca la buhardilla de su voluntario encierro; blanco el ensueño y la nebulosa que se cierne en ese mote que le ha dado la posteridad, a esta poeta: *El Mito de Amherst*.

Mito por la narración maravillosa que condensa su vida, por ser un personaje literario y artístico, que tiene vocación de universal, proveniente de un Estados Unidos que renacía a las letras y con ella, otros varios, como el “Profeta”, Walt Whitman y su *Hojas de Hierba*, y Nathaniel Hawthorne, con su *Letra Escarlata*, Melville, con su *Moby Dick*, Thoreau con su *Walden*, por citar sólo algunos de los contemporáneos de Emily Dickinson, cuya fuerza, entonces, estribaba más en la leyenda que su persona iba tejiendo, mientras su pluma convertía, todo lo que tocaba, en poesía.

Emily Dickinson nace en el seno de una familia puritana, de las primeras, de las fundadoras de Amherst, ese terruño o aldehuela, que no superaba las cincuenta familias, en un poblado de Massachusetts, un 10 de noviembre de 1830, en un siglo XIX, lleno de quimeras y estigmas en cuanto a la literatura y sus afluentes, vistos como cosa del maligno y que sólo pervertía y coadyuvaba a que la

gente que la leía, entrara en el adjetivo de: disoluta. Con tantas cosas en contra, incluida la rigidez de su padre Edward, reconocido y lúcido abogado, diputado en la Cámara de Representantes de Washington, por no hablar de su dirección en la tesorería del Colegio de Amherst que sus ancestros fundaran, años atrás; y el silencio del maternaje de su progenitora, casi invisible tras los velos victorianos que cubrían toda posibilidad del ser, en una mujer “de bien”, Emily Dickinson renace entera desde el don infuso de su poesía, como una Afrodita de las olas del mar, ella, Emily, desde el oleaje de un imperativo que la bautiza en un *yo poético* indisoluble con su –no por recatada y apacible– intensa vida. De ahí que, en la primera carta que le escribe al editor de la revista *Atlantic Monthly*, enviándole uno de sus poemas, se refiriera al texto como a un “algo existente”, en la pregunta de que si acaso éste respira, que si está vivo, el poema, y no lo firma, porque es como si pretendiera firmar en su propia piel, la rúbrica del aliento que la anima.

Thomas Wentworth Higginson, el editor mencionado, será su tutor, guía, cicerone de las artes estilísticas que ella poseía de modo tan *sui generis* y que al susodicho pasmaban en la forma de sus versos: la manera de concatenarlos a través de guiones largos, y las poco ortodoxas mayúsculas



Daguerrotipo restaurado digitalmente de Emily Dickinson, 1847

que ponían el acento en el peso de la letra del tamaño de esos sustantivos, tan de ella, que no eran sino pléyades que jugaban a ser siendo, a través de la respetuosa interlocución con su lector.

Escritora de más de 1700 poemas y un número importante de cartas, Emily Dickinson publicó sólo ocho poemas en vida, pues cuando los editores buscaban componer, a su modo de sentir los versos, ella exclamó, rotunda: “El éxito es polvo. Si no es posible publicar sin que mi integridad sea violada, no volveré a hacerlo”. Y así fue: mujer de palabra, Dickinson llevaba en una sola línea vertical, en los andamios de la congruencia, su pensamiento, sus acciones y sus letras, a través de las que su existencia iba vertiéndose de modo contundente, trayendo a la vida escritos, que si bien laberínticos o llenos de acertijos, como los de aquella,

nuestra, la de Asbaje, con un ingrediente más que ésta: pólvora que lleva a modo de combustible, que detona el viaje hacia el centro de su ser, a quien la lee, haciendo refulgir al entendimiento. Uno de sus poemas, el que podría dar acuse de recibo a su credo poético sería este:

Morí por la Belleza – pero me sentía rara
Encajada en la Tumba
Cuando Uno que murió por la Verdad, yacía
En una Habitación contigua –

Me preguntó en voz baja “¿Por qué había fallecido?”
“Por la Belleza, le contesté –
“Y, yo – por la Verdad – Ambas la misma cosa –
Hermanos, somos”, dijo –

Y así, como Parientes, que se encuentran una Noche –
Hablamos de una Habitación a otra –
Hasta que el Musgo nos alcanzó los labios –
Y cubrió – nuestros nombres –

Verdad y Belleza, la misma cosa, el maridaje de la poesía y de la existencia, de la Vida con Dickinson, quien entra franca y sigilosa, en la denuncia de lo que el Mundo, a conveniencia, va acallando, poco a poco, como el musgo que corre por la tierra, soterrando, cubriéndolo todo lo que atañe a lo verdadero. De ahí que ella misma, en una conversación con Higginson, haya soltado, sin más preámbulo, esta sentencia: “La verdad es algo tan infrecuente que es preciso decirla”.

Emily Dickinson, va narrando su biografía a través de sus versos, que como dije antes, son el respiro de su existencia, son su aliento, de tal forma que, como Sor Juana escribe *La respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, Emily Dickinson se define en el centro de su poesía, en cada línea, en cada estrofa, dejando tácita la imposibilidad de interpretarla y en cambio, invitando con pródiga inteligencia y desprendimiento, a ser conocida. Así, Emily Dickinson

crea un lenguaje de inigualable proximidad, es al prójimo a quien le habla, casi al oído, de un tú a tú, muy estrecho, tanto, que a veces no obstando creer, el lector, no captar la fuente de sus voces, le brinda la posibilidad de alcanzar su interlocución, porque Dickinson conoce la ciencia de lo humano, y va y viene y vuelve a ir por las espirales del alma trayendo consigo ofrendas rebosantes de sabiduría.

Charles Wadsworth, ministro presbiteriano, marcó definitivamente la vida de Dickinson, a los 24 años de edad, en una de las únicas dos ocasiones en que ésta salió de Amherst y lo oyó predicar con tal elocuencia y lucidez, que quedó cautiva en la afluencia de las palabras de sus disertos discursos. Entabló con él una relación epistolar de preceptor a pupila, en la que el enamoramiento de Emily iba en ascenso, convirtiéndose en una prueba tormentosa a su claro sentido del respeto y la responsabilidad, ya que nunca se atrevió a más acercamiento, no físico, ya que Wadsworth tenía esposa y nueve hijos. Dickinson entendió de fondo, que existe otro modo de relacionarse con alguien tan amado y fue desde la fuente prístina de sus letras en las que vertió, con su existencia, toda la sensualidad, la fuerza libidinal y el erotismo, en el transporte de lo que ya era y que se potenció, cuando la herida del amor le abrió el costado.

Aunque muchos han dudado de que Dickinson haya amado, ella lo devela de este modo:

Que yo siempre amé
Te traigo la Prueba
De que hasta amar
Nunca viví – Bastante –

Que amaré siempre –
Te argumento
Que amar es vida –
Y vida Inmortalidad –

Esto – si lo dudas – Amor –
Entonces no tengo
Nada que mostrar
Salvo Calvario –



Crónica de plata (poemas escogidos), Emily Dickinson, Poesía Hiperión, España

Dickinson declara abiertamente que conoce esta pasión, la mayor, y que todo lo que queda fuera de este ámbito se reduce a muerte, a sequedad del alma, a indiferencia y sufrimiento, mismo que se entiende sólo y a partir de estar lejos, ausente o vacía de amor.

Veinticinco años vistió de luto blanco, veinticinco años fue quedando presa en el universo de su casa, la única casa que habitó, el único escenario que fue la matriz de su inspiración; ella su casa, ella el poema, Emily Dickinson, la mayor de tres hijos, muere en el año de 1886, a los cincuenta y seis años, de nefritis, poco tiempo después de los fallecimientos, primero, de su padre y luego de su madre, dejando un legado sustancioso y blanco, en la pureza casi transparente, de un ser como de neblina, que vuelve a los pétalos de su numen, apenas dejándose sentir:

Me oculto dentro de mi flor,
Para que al marchitarse en tu Jarrón,
Tú, sin sospecharlo, sientas por mí –
Casi soledad. ♪

EL TEATRO EN LAS AGUAS DE LA MEMORIA

LA CULTURA ESCÉNICA

Susana Frank

La escuela y compañía de Teatro Laboratorio La Rueda se ha mantenido presente con una propuesta comunitaria desde hace 37 años. Las funciones que ofrece en poblados de distintas entidades, entre ellas Morelos, generan un punto de encuentro y diálogo como parte de un trueque cultural entre los actores y los habitantes. En este texto, Susana Frank nos relata su experiencia en los municipios de Tepoztlán y Tetecala, en los que se realizó una intervención escénica.

NAVEGANDO EN LAS aguas de la memoria y el tiempo, nos encontramos con el andar trashumante del teatro, el circo, los músicos, los comediantes y actores del mundo a lo largo y ancho de la historia. Muchos son los grupos y compañías que han hecho de la experiencia de viajar con sus espectáculos, a lugares en donde no llega la cultura oficial, una necesidad vital.

En el siglo XX, en muchas latitudes diferentes, grupos como el *Living Theatre* de Nueva York; *Gardzienice* de Polonia; el Teatro de las Fuentes de Grotowski; el CEDRAM¹ de Luis de Tavira (por mencionar algunos), se han planteado como un paradigma central los orígenes del teatro, con la convicción de que el teatro es de todos y para todos.

Al igual que todas las corrientes posmodernas y performáticas actuales, estos buscadores se han propuesto de distintas maneras romper con las convenciones y las fronteras del arte y salir de los edificios teatrales para encontrarse con otros públicos. Hoy en día es una tarea fundamental para resignificar la existencia del teatro. En realidad es ampliar la noción de las dramaturgias y desapegarse del texto literario como única fuente, para comprender que el teatro surge independiente de la literatura dramática. Es desde este entendido que voy a narrar esta reseña.

¹ Centro Dramático de Michoacán.

UNA NUEVA MIRADA

Quizá los creadores tenemos la imperiosa necesidad de poder ofrendar nuestro trabajo y quizá los espectadores no tengan la misma necesidad de irnos a ver. Enfrentar esta realidad es el gran reto. Las preguntas recurrentes son:

¿Cómo podemos generar un trabajo que proponga al espectador un cambio de lugar; de ser un público masivo y anónimo a ser un espectador conciente que participa y comulga con el acontecer escénico de manera intensa y participativa, capaz de transformar la vida y la conciencia? ¿Cómo tocar la memoria evocativa e íntima de cada individuo y la memoria colectiva de una comunidad? Si somos dramaturgos de la poética escénica, somos constructores de sentido. ¿A qué teatros y a qué públicos podemos dirigirnos en estos tiempos de crisis permanente?

El teatro no es una mercancía, es una reunión viva que celebra la vida y la muerte. Es la fiesta de todas las artes. El teatro está hecho de tiempo y su esencia es efímera. El teatro se hace de manera artesanal y se borda a mano cada vez que se realiza.

Nada de esto concuerda con los tiempos que nos toca vivir, de la industria del espectáculo y la velocidad virtual. Sin embargo, no hay nada más actual que la necesidad del contacto humano real

y verdadero. Vivimos en una sociedad dominada por la falsedad del espectáculo que consiste en presentar la representación de la realidad como la realidad misma y, por lo tanto, como la verdad que hay que seguir para ser alguien socialmente aceptado. Se cancela el diálogo, pues todo sucede desde la mirada domesticada de los medios masivos de comunicación. A menudo nos sentimos como un mero espectador de la vida incapaz de actuar en ella.

Hacemos teatro para el otro ser humano que viene a verte. No hay teatro sin espectador, pero ser un sujeto pasivo y domesticado es el mal que nos aqueja, ya que desde la pasividad, mirar es lo contrario de conocer y también es lo contrario de actuar. Ésta ha sido la pregunta de muchos hombres de teatro como Bertold Brecht, Antonin Artaud, Augusto Boal, entre muchos otros.

Partiendo de la tesis romántica de la naturaleza comunitaria del teatro, Jacques Rancière comparte esta reflexión y propone la emancipación de la mirada, como punto de partida para la liberación del espectador en todos los ámbitos de la vida social y como camino libertario del ser humano.

El arte de escuchar y mirar se nos presenta ahora como un vehículo que busca cambiar las formas sensibles de la experiencia humana.

El compromiso es ético y es íntimo. La igualdad que se busca entre el actor y el espectador es radical y sólo es posible cuando contamos nuestra propia historia, cuando nos decimos de verdad a través de cualquier tema que elegimos. No es cuestión de movimiento externo, es cuestión de movilizar la conciencia interna.

EL TRUEQUE COMO PROPUESTA DE INTERVENCIÓN ESCÉNICA:

Comparte quien eres y yo te comparto quien soy

En 1981, el Teatro Laboratorio La Rueda visitó varias comunidades campesinas del estado de Zacatecas, con grupos participantes del país y del extranjero, en el marco del V Coloquio Internacional de Teatro de Grupo: Zacatecas 81, el cual presentó espectáculos de Polonia, Francia, Italia, Dinamarca, Argentina y México, logrando una experiencia humana y escénica imborrable, tanto para los grupos artísticos como para las comunidades que visitaron.

Las organizaciones políticas de izquierda que trabajaban en Zacatecas en esos tiempos, no estaban de acuerdo con que grupos internacionales que hablaban otro idioma, llevaran su trabajo a estos lugares y menos si los temas no tenían que ver aparentemente con su realidad, esto quería decir

que no dictaban una ideología o línea de acción política acorde a su organización. Eran los tiempos del teatro político en América Latina.

A pesar de todos los obstáculos, se llevó a cabo esta experiencia. Fue maravilloso presenciar cómo en lugares desérticos, en donde las personas eran de una extrema belleza hasta los treinta años, las mujeres se llenaban de hijos a temprana edad y todos envejecían prematuramente, por la dura vida que llevaban; donde nadie tenía prácticamente ningún contacto con la cultura urbana (ni siquiera a través de los televisores), todas las personas captaban y comprendían lo esencial de estos actos performáticos, sin importar que se representaran en otros idiomas (como el polaco, el francés o el italiano).

La comunidad respondió con extrema generosidad invitándonos a comer, tocando sus instrumentos musicales, haciendo música o danza, cantando y cantando su propia historia de vida.

Aun antes de que conociera la propuesta del *trueque* como forma de intervención escénica, formulada por el *Odin Teatret* en el marco de la Antropología Teatral, La Rueda ya había vivido esta experiencia que quedó como una huella profunda en la memoria y que causó mucha polémica entre los grupos participantes, para quienes, según lo comentado, fue un *parteaguas*.

En 1983, La Rueda se fusionó con el Centro de Cultura Experimental de Argentina, con quienes fundó la Compañía Teatral Itaca y realizó su primer proyecto en el pueblo suburbano de San Bartolo Ameyalco, en la Delegación Álvaro Obregón, en el Distrito Federal, donde se estableció por más de dos años y trabajó con la población infantil, femenina, adulta y de la tercera edad, con una constante presencia artística en las calles del pueblo. El montaje *Tiempo de pan y vino*, viajó por ésta y varias comunidades y decidió hacer intervenciones callejeras inesperadas con los personajes de la obra. A esto le llamamos escenas diurnas y nocturnas.

Ya establecida en Morelos en el 2008, en el marco del Festival-Taller Teatro y Memoria, organizado con motivo de la graduación de la primera generación de la Escuela Laboratorio de Teatro La Rueda, en la Licenciatura en Actuación, se crea el espectáculo *Tloque Nahuaque*, que narra el ciclo mítico de la leyenda de Quetzalcóatl.

Con este espectáculo de calle, La Rueda hizo un *trueque* en dos comunidades de Morelos: Tetecala de la Reforma y Amatlán de Quetzalcóatl (Tepoztlán), lugar de origen de dos de sus alumnos egresados.

A seis años de esta experiencia, vale la pena reflexionar la huella que dejó. Como consecuencia



“La llegada de Quetzalcóatl”, espectáculo *Tloque Nahuaque*. Alumnos de la Licenciatura en Actuación de la Escuela Laboratorio de Teatro La Rueda

de este trabajo, Aline Menassé, cofundadora del Teatro Laboratorio La Rueda, asumió el remontaje del espectáculo para nuestra participación en el Festival de Teatro de Calle, Zacatecas 2009. Emanuel Ramos, alumno egresado de la primera generación de la Escuela, realizó varias experiencias de trueque en Coatetelco y abrió un espacio alternativo en Tetecala, con el nombre de La Maca; en el 2014, por petición de la comunidad, se le nombró Director de Cultura de este municipio. Jorge Betancourt realizó un trabajo social con niños de Nayarit y otras experiencias se realizaron con las nuevas generaciones de la escuela en Santa María Ahuacatitlán, en Cuernavaca.

Con este proyecto, Arte Laboratorio La Rueda se suma al esfuerzo de muchos grupos de teatro e instituciones culturales para contribuir al desarrollo espiritual y la lucha por la paz y la justicia en nuestro país, a través del arte.

El trueque escénico es una forma espectacular que tiene que ver con el ritual originario del teatro y la celebración de la vida, es decir: la fiesta. El trueque existe desde tiempos muy remotos y se sigue practicando en algunas comunidades como una forma de encuentro entre dos tribus o culturas que se ofrendan todas sus expresiones artísticas (danzas, relatos, música, ritos, cantos, bordados, objetos, muñecos, pinturas, artesanías) en una entrega mutua. El trueque escénico propone transformar la relación artista/público para convertirla en un diálogo de culturas y expresiones en respeto mutuo. El intercambio artístico posibilita el reconocimiento en occidente de otras raíces teatrales que en algunas ocasiones no llevan el nombre de teatro o danza, pero que son artes plenas de belleza y sentido escénico.

Así sucede un intercambio entre artistas de la sociedad contemporánea y artistas que conservan, de generación en generación; una tradición milenaria que expresa una particular visión de la vida, propia de su cultura, que se resiste a ser arrebatada por las necesidades de un mundo globalizado.

RESEÑA GENERAL DEL TALLER-FESTIVAL TEATRO Y MEMORIA 2008

Habíamos logrado un sueño y cada día se concretaba. Cincuenta artistas –entre los cuales había actores integrantes de nuestra escuela, artistas de Morelos y de distintos lugares de México y del mundo– habían venido a hacer un laboratorio de nueve días para componer juntos un ejercicio escénico y prepararnos para la realización del trueque.

Desde tiempo atrás y de manera simultánea, Emanuel Ramos en Tetecala y en la zona sur poniente de Morelos, así como Brisia Bockman en Amatlán de Quetzalcóatl, apoyados por el equipo de La Rueda, realizaron y coordinaron un trabajo de campo, convocando a los pobladores a recordar sus tradiciones escénicas, con el objeto de culminar en una celebración en la plaza del pueblo.

El último día de talleres, se dedicó al montaje general de la primera versión de *Tloque Nahuaque*, que entreteje y une en un solo texto performático todos los resultados y creaciones de los talleres. El trabajo de dirección general lo realizó Mario Delgado del Perú, con la asesoría y trabajo de Iben Nagel Rasmussen y Kai Berhold del *Odin Teatret*, Jaime Correa de Colombia, Arturo Cipriano, Aline Menassé y yo, representando a La Rueda.

A la distancia puedo reflexionar que, cuando nos enfrentamos con nuestro trabajo a es-

tas comunidades, nos percatamos de que el hecho teatral no es sólo un asunto de arte, de puestas en escena o producciones de distintos formatos y conceptos. Nos hacemos conscientes de que el teatro es una creación muy antigua que se enfrenta desde sus orígenes al drama de la existencia. En ese contexto, el teatro se vuelve un vehículo que nos permite encontrar el camino hacia las fuentes de lo que verdaderamente somos.

Todos llevamos en nosotros una herencia. Esto es algo que cada vez se olvida más en nuestro mundo habitado por la confusión, el individualismo extremo y la desolación. Vivimos en un juego social que genera un falso sentimiento de pertenencia a una imagen social que sólo nos ofrece fragmentos de nosotros mismos en el vacío de nuestra sobrevivencia. Una pertenencia formal sin sentido real, que se desvanece cuando nos encontramos con nosotros mismos.

Todos tenemos la necesidad de buscar el origen de lo que somos. A este misterio ha estado ligado siempre el teatro, ya sea en la tragedia, en el juego o en la comedia. Quizás en algunos de estos lugares que visitamos buscando otra manera de relacionarnos con el público, la gente sabe y aún recuerda que hay algo esencial (no habitual) que está conectado con su tradición y con todas las tradiciones. Algo que no soy yo en el sentido del ego, o del sujeto social. Algo que nos une a todos y a todas las tradiciones.

Nos ofrendamos con nuestro trabajo y algo fluye de manera colectiva. Parece haber una comunicación verdadera y sincera con nosotros mismos y con el otro. Eso humano que despierta es quizá, desde mi punto de vista, lo más importante de la propuesta de hacer trueque con las comunidades. Nosotros somos los que somos y el otro es el que es. No pretendemos enseñar la cultura, ni estudiar, ni juzgar aquello que nos brinda la comunidad. El dinero desaparece como intermediario en el momento de la representación y aparece algo muy importante para todos, el dar y el recibir, la casa de los que nos reciben y el viaje de los que llegamos, un mundo de signos.

ESCENARIOS EFÍMEROS, PEQUEÑOS TRUEQUES

Después de decender la montaña, paramos en los lugares convenidos. Ahí nos espera algún grupo o artista de la comunidad que visitamos para hacer una pequeña intervención ya sea musical, dancística o de tradición oral. Así vamos recorriendo las casas y las calles, hasta llegar al centro en donde nos juntamos todos.

Llegamos a la plaza central en donde se realiza el Trueque mayor y se presenta el resultado final

o montaje de nuestro trabajo de creación. En respuesta varias comunidades de poblados cercanos nos ofrendan lo que ellos entienden como sus tradiciones, danza, música y la representación de una boda tradicional.

Advertimos que la definición de teatro corresponde a una forma oficialmente aceptada como tal, mas al presenciar todos estos ritos del cuerpo y la palabra, de la música y el canto, de las danzas y la narración en los pueblos del mundo, así como sus representaciones religiosas o celebraciones, conocemos la historia subterránea del teatro y el punto en donde se tocan la tradición y la modernidad.

La Antropología Teatral propone el estudio de las expresiones escénicas, por sus codificaciones y por los principios que comparten. El estudio del ser humano en estado de representación. Como parte del Trueque, los pobladores representaron una boda tradicional de Tetecala.

LA ANTROPOLOGÍA TEATRAL INVESTIGA EL ARTE DE LA PRESENCIA

La presencia escénica se logra a partir del trabajo con los principios que subyacen. El equilibrio en desequilibrio, por ejemplo, al bailar con la botella en la cabeza en esta danza.

Para finalizar, cito a Patricia Cardona, investigadora y escritora, en su libro *Diario de una danza por la antropología teatral en América Latina*:

“En nuestras culturas autóctonas mesoamericanas existen las tradiciones y los métodos para encontrar ese estado puro de creación. Pero hay un divorcio rotundo entre nuestra realidad parateatral y la teatral cosmopolita. La primera forma parte de nuestra tradición oral y se expresa mediante el canto, la música, la narración y la danza de rituales ancestrales. La segunda se hace con actores egresados de las escuelas de corte realista. Incorporar principios de la sabiduría sagrada antigua en el contexto teatral urbano requeriría de un Laboratorio permanente para el desaprendizaje, redescubrimiento, transformación y autoeducación del actor. Para ello, en términos de sobrevivencia se necesitaría una subvención de los interesados”.

El Trueque es efímero pero es una puerta abierta a la memoria ancestral que se inserta en la búsqueda de nuevas formas verdaderas de ser en el arte. El reto de los hacedores de teatro hoy es inventar el teatro de nuestros días que responda a la paradoja de dejar un legado, una herencia viva. Si nos sumergimos en las aguas de la memoria, descubrimos que son los mismos principios dramáticos los que subyacen en las tradiciones de cada pueblo sobre la tierra. 🌿

GANDHI, LA IDEALIZACIÓN DE UN HOMBRE

Lucio Ávila

GANDHI (1982) de Richard Attenborough es un *biopic* que busca la beatificación del personaje retratado por medio de la imagen en movimiento. La película es recordada en la historia del cine por sus ocho premios de la Academia (el premio Óscar) en el año de su estreno, sin embargo con el actual visionado y la lupa aplicada a la distancia y el tiempo, quizá se pueda olfatear que esto no significa nada más que una inclinación políticamente correcta por parte de un filme que no buscó crear mayor conflicto en los espectadores, sino un homenaje al protagonista de su historia.

El *biopic* se refiere a un género cinematográfico que engloba películas biográficas dedicadas a desarrollar la vida de un personaje en específico, en este caso Gandhi. Se distingue por tener una mayor libertad de plasmar los hechos históri-

cos bajo la tutela de la ficción y cierta licencia poética sin necesidad de justificar el desarrollo de la historia que retrata, no se sustenta en una investigación histórica-teórica rigurosa, sino en la resolución de problemas en términos cinematográficos entendidos como imagen, fotografía, sonido, narrativa, actuación, dirección artística, adaptación de la época, la producción, aspectos nada desdeñables y sumamente complicados, sobre todo en el acto de bordar una imagen que conmueva y convenza al público.

Dentro de dicho bordado se crea cierto monopolio de la historia. Paulatinamente Gandhi se convierte en una figura cinematográfica cooptada por una industria cultural, en este caso, la representación de un personaje hindú bajo la lente occidental. Quizá el error más grande de los *biopics* es la condescendencia y la idealización

del personaje retratado; en este filme de los años ochenta, deudor de las grandes producciones de cine y la suntuosidad de los magnos relatos, Gandhi es un santo y no tiene fisura alguna.

La película inicia con la muerte de su protagonista y posteriormente retrocedemos en el tiempo, cuando Gandhi es un abogado expulsado de un tren en Sudáfrica por viajar en primera clase: “No hay abogados negros en Sudáfrica”, le dice convencido el personal del tren, un joven blanco. En la escena radica el interés por visibilizar las injusticias hacia una aparente minoría. Minoría simbólica en espacios geográficos como Sudáfrica y posteriormente la India, donde el peso del poder político recae en los europeos colonizadores quienes asignan, en aspectos muy áridos, quién puede o no ser abogado. Por lo



Fotograma de la película *Gandhi* (1982) de Richard Attenborough

tanto, Gandhi se pregunta por qué deben respetar y respaldar la opresión de un país extranjero. El discurso cinematográfico salta hábilmente de lo particular a lo general y a la inversa; una vez que Gandhi hable sobre la profesión de ser abogado, en el sentido más profundo no sólo se refiere a una profesión y la libertad de las personas para ejercerla, sino de un país y la búsqueda de una identidad más allá de la opresión.

Sin embargo, al invertir el proceso, la película sustrae la imagen de Gandhi como una figura indientaria de la India. Es por ello que el protagonista es el único personaje con cierto grado de complejidad, el resto son meros estereotipos que ayudan a que la historia se desarrolle sin mayor problema: los británicos son burgueses descorazonados, asesinos a sangre fría, caricaturas de una maldad ambiciosa e irreflexiva; los dirigentes hin-

dúes, sobre todo Pandit Nehru, son más juiciosos y sensibles ante las problemáticas sociales, mientras que Mohammed Ali Jinnah, uno de los fundadores de Pakistán, es un hombre intransigente y autoritario. Kasturba Makhanji, esposa de Gandhi, es un aderezo sensible, figura femenina que complementa al personaje masculino junto con la joven extranjera (y sobrina simbólica) Mirabehn. También se encuentra la actriz Candice Bergen como la fotógrafa estadounidense Margaret Bourke-White, un complemento moroso del interés norteamericano y la revista *Life*.

La figura de la mujer es prácticamente inexistente en la película, por no decir risible. En algún momento Makhanji explica a la fotógrafa estadounidense que para Gandhi no existe mayor esclavitud que la de las mujeres y la de los intocables, y por ello son su gran preocupa-

ción; estos últimos pertenecen a un sistema de castas según la creencia hindú, los intocables, los parias, son destinados a realizar los trabajos más marginales. La película nunca explica el sistema de castas, lo evita furtivamente para simplificar el trasfondo religioso en un juego de palabras donde Gandhi cree en todas las deidades unificadas y en paz. Sólo retoma los problemas religiosos como un elemento que ayude visibilizar una disgregación evidente entre las personas; aún así las creencias religiosas de los pueblos son meros estereotipos panfletarios sin mayor profundidad. Por otro lado las mujeres, aún cuando se enuncie que su esclavitud sea un punto de interés para el protagonista, poco las vemos en pantalla en un papel activo; la película es un retrato de hombres discutiendo el futuro de sus tierras y propiedades. Las mujeres sólo ayudan a delinear mejor

las distintas figuras de la masculinidad retratadas en la película.

El relato se construye con base en elipsis entre los momentos de inflexión en la política y las acciones de Gandhi: primero es el joven hindú que busca la igualdad frente a los británicos, crea un espacio utópico donde los miembros de esta nueva sociedad emprenden las mismas labores con la intención de abolir la jerarquización del trabajo y las castas; posteriormente busca la libertad de la India, asistimos a las negociaciones con los europeos y con el mismo pueblo que se divide en distintos credos y procedencias no sólo geográficas sino también religiosas. Gandhi se convierte en una figura pública y se maneja de forma astuta, aunque el espectador sólo perciba dicha habilidad entre las costuras del filme, ya que el protagonista es sumamente humilde, juicioso y desinteresado aun cuando es apresado en numerosas ocasiones. Es de gran valía la interpretación del actor Ben Kingsley, cuyo parecido físico con Gandhi es impresionante. Kingsley logra matizar a un personaje que en apariencia podría no tener mayor trasfondo al ser una figura sin fisuras. Habría sido más interesante correr ciertos riesgos por parte de la producción e incluir en la historia los argumentos de varios detractores de Gandhi.

Probablemente, lo más interesante de un filme que prácticamente beatifica a su protagonista es la búsqueda de acciones y gestos políticos, que acortan las distancias entre el cine como pura imagen y sus espectadores. Acciones como el ayuno de Gandhi en momentos de crisis, para apaciguar la agresión del



Fotograma de la película *Gandhi* (1982) de Richard Attenborough

pueblo entre hindúes y musulmanes; el llamado a la quema de telas británicas para que el pueblo elaborara su propio ropaje y no dependiera del comercio y la explotación extranjera; la marcha de la sal como manifestación con propósitos más allá de lo simbólico, ya que buscó romper el monopolio de la producción y distribución de la sal por parte del gobierno británico (la sal como producto de alta demanda por su uso para conservar los alimentos), evitando caer en el sistema de producción de aquéllos que los sometían.

Esta serie de gestos pacíficos entre lo político y lo estético, al ser llevados al cine, pueden evocar un gran poderío que va más allá de la manipulación emotiva del público. Si despejamos el panorama en el cual se encuentra inmersa la película, con obvias inclinaciones de mercado, se intenta vender un producto-película, la imagen-figura-héroe y la búsqueda de una aparente reivindicación, ya que la producción (inversión monetaria) de la película corre a cargo del Reino Unido, así como la cosecha de

premios y la búsqueda de un reconocimiento a nivel mundial. La película puede saltar del cuestionamiento, al conocimiento y finalmente a la acción; aunque no precisamente como pasiva, sino pacífica y sobre todo de desobediencia.

Sin embargo las tres horas de metraje se convierten en un reiterativo juego de imágenes. La postura de Gandhi se reduce a una actitud de pasividad, el estereotipo bien cimentado por el que muchos lo conocemos: la resistencia pasiva, que impregna el guión de emotivos discursos del protagonista donde llama a la desobediencia; la provocación sin violencia; soportar los abusos británicos y así evidenciar su vileza. Posiblemente a lo que más nos puede avocar, además del homenaje a Gandhi y las acciones políticas como gestos de trascendencia, es al mensaje de que las minorías son las que se encuentran en el poder, y si el pueblo, la mayoría, deja de responder, entonces la estructura se modifica. Quizás en este juego de palabras alguna acción pueda salir a flote. 🇮🇳

RÉQUIEM

POEMAS DE ALEJANDRO CHAO BARONA¹

Javier Sicilia

El 6 DE MAYO DE 2014, víctima de la incontrolable violencia que azota al país, Alejandro Chao Barona fue brutalmente asesinado junto con su esposa Sarah Rebolledo en Cuernavaca, Morelos.

Alejandro Chao Barona, no sólo fue un gran maestro universitario y un hombre preocupado por la vida comunitaria y pueblerina de Morelos, fue también un gran poeta y mi amigo.

Poco se conoce de lo que en ese hermoso oficio realizó. La mayor parte de su obra, abundantísima, permanece inédita aguardando a que la UAEM, a la que entregó gran parte de su vida, la publique.

Recuerdo la vez en que recién llegado a trabajar como director de Difusión Cultural de esa casa de estudios irrumpió en mi oficina con su gran bigote y su hermosa sonrisa preguntándome: “¿Qué haces?”. Envuelto en la infernal tarea de la burocracia le respondí: “Tratando de ordenar esta chingadera”. Sonrió aún más: “Vine a rescatarte. Vamos a leer poesía”. Mi corazón, que sabe de esas hermosas profundidades, se alegró. Abandoné todo y nos fuimos a tomar un café al Alondra.

Durante una hora permanecí preso de su voz que pausada, melodiosa, un tanto apagada, me recitaba los más recientes poemas que había escrito. Desde entonces, durante el tiempo que duró mi encargo, no dejó de visitarme cada semana para juntos, frente a una taza de café, compartir el misterio de la poesía.

Varios años atrás, en la primera mitad del año 2000, me pidió que escribiera un prólogo para uno de sus libros que publicaría en esa espléndida colección que él mismo

creó y dirigió para apoyar la poesía de los jóvenes, Voces del Viento. Inmediatamente acepté. No sólo porque admiraba su poesía, sino también porque no era frecuente que Alejandro Chao publicara. La poesía para él era un acto sagrado que se compartía en la intimidad de un común.

El libro lleva por título Réquiem. Cuando lo escribió nunca imaginó –yo tampoco– que 23 años después sería no sólo su propia misa de difuntos sino también la de su esposa. Su Réquiem es una celebración de la continuación de la vida en la muerte, del inmenso e inagotable misterio que es la vida; es también una hermosa y profunda respuesta a la imbecilidad de sus asesinos y de quienes creen que podrán reinar sobre un mundo de osarios.

El prólogo que a continuación reproduce La voz de la tribu y los poemas que de ese Réquiem también publica son un homenaje a esa gran voz que, como dicen los alumnos de Psicología, ninguna piedra acallará nunca. Son también la afirmación de la vida contra la muerte y su espantosa presencia entre nosotros.

PRÓLOGO

El réquiem es una oración o una misa de difuntos. A veces, ésta, como en el famoso *Réquiem* de Mozart –que, sin haberlo escrito para él, se ejecutó por primera vez durante sus funerales–, se acompaña con una pieza musical que guarda en

¹Selección de Roberto Abad



Imagen de la marcha convocada por la UAEM exigiendo justicia por el asesinato del Dr. Alejandro Chao Barona. Cuernavaca, Morelos, 7 de mayo de 2014. Fotografía de *Prensa UAEM*

su estructura todo el canon del oficio de difuntos. El réquiem, dentro de la tradición cristiana, a la que este género pertenece, es la oración que los fieles realizan para acompañar el alma del muerto al misterio salvífico, para pedir por el perdón de sus pecados y pueda así alcanzar la bienaventuranza eterna.

Durante diez años, 1989–1999, Alejandro Chao Barona, elaboró dentro del género del poema (que es el espacio de la oración y del canto) su propio réquiem. ¿Pensaba, a diferencia de Mozart cuando realizó el suyo, en su propia muerte? No lo sé. En todo caso, celebrar la muerte, es celebrarla por todos y por uno.

Hay, sin embargo, entre el réquiem de Mozart y el de Chao una diferencia. El Réquiem que el poeta compone –de ahí el subtítulo, *Oficio pagano de difuntos*–, si bien toma su nombre de la tradición cristiana, se mueve en el territorio de la sacralidad pagana. Su celebración es ajena al movimiento de una misa. No hay en él un Introito, un Kyrie. Por el contrario, la composición de su libro está dividida en ocho cantos que acompañan desde el lavatorio del cadáver, hasta el esparcimiento de las cenizas, pasando por el amortajamiento del cuerpo, su entrada en el templo, y las ofrendas de flores y de copal.

A diferencia de Allen Ginsberg, que para celebrar la muerte de su madre compone Kadish, un canto fúnebre que, con el nombre del propio poema, no se parta de la tradición judía a la que Ginsberg y su madre pertenecían, Chao,

retoma la tradición cristiana a la que pertenece, pero la aúna al mundo pagano. Su paganismo es sincrético. Chao, sin embargo, no se traiciona. Celebra y canta desde el vértice donde una doble tradición: la cristiana y la indígena, se unen. Hay así, en el Réquiem de Chao un doble juego, el de la celebración del cosmos, en el que el hombre vivió y al cual con la muerte se integra y el de la presencia de un ser trascendente que veladamente señorea el cosmos. Su mundo es creación que se apaga trabajosamente en ese Algo que aguarda tras la superficie del espejo que es el cosmos y que el poeta llama “Nada”. Esa “Nada”, supongo, no es la “nada”, de la que el poeta dice que partimos: “(...) el camino que nos lleva/ de la nada al Ser y del ser a la Nada”, sino el encuentro con ese Ser que es también Nada y, en consecuencia, misterio innostrado.

Sea lo que sea –el poema, cuando ha alcanzado ciertas simas, nos devela el misterio y nos enfrenta a sus inmensas capas de sentido–, estamos delante de un poema cósmico. El Réquiem de Chao nos coloca de cara a una realidad que el mundo contemporáneo ha desalojado del orden de sus sistemas virtuales: la experiencia de la muerte y, al hacerlo, nos introduce en el interior de las cosas, en el otro lado del espejo al que cada uno en su momento será llamado y donde el horror, el gozo y el sentido último de las cosas nos aguarda. Entremos, pues, en su umbral y celebremos con el poeta el más terrible de los misterios.

Ay piel sensible al dolor de los misterios
supura tu gemido
Líbrate del dios enloquecido

Alma traslúcida
Esfera de berilio
Punto donde convergen
la matriz de los océanos
Axioma matemático
Arquitrahe de los cielos

Pétalo de la Rosa presentida por el sueño
Capullo perturbado por el río del Paraíso

Intentaron atrapar con
el sol
la luna
el corazón de las estrellas

Con encantamiento de
palma
nopal
pino de la sierra
Con águila y leopardo
espuma del mar en las arenas

Despierta
Abre el pecho
que penetre viento frío
y te libre del dios enloquecido

Oye Tú que mi soledad reflejas

No digas nada
No prediques
No interpretes

Deja tu vacío
vacío en el mío

Nada tenemos que decirnos

Hay tristeza en el poema
cuando la carne herida
intenta arrebatar el manto
a la Belleza esquiva

Por eso
amadísima nutria en primavera

Arroja la máscara hipócrita
la hirsuta piel
la garra curva

y deja que la llanura
se cubra con flores amarillas

Corren termitas por los huesos
cuando grabo en mi lápida
la muesca cotidiana

Olvido los fantasmas que gritan
Todo o nada
y conspiran para tornar a lo perdido

Yo
a mordiscos
corto el cordón que me liga al universo

Cruzo el umbral

Caigo al vacío
y sin voltear a ver el Paraíso
robo a las hormigas
las semillas doradas de la noche
hasta que gozo
rebanada de mamey
la madrugada



Imagen de la marcha convocada por la UAEM exigiendo justicia por el asesinato del Dr. Alejandro Chao Barona. Cuernavaca, Morelos, 7 de mayo de 2014. Fotografía de Víctor Gutiérrez

Espera muerte
Aún me atrae la salobre emanación
que trasmína de los cuerpos

Aún me cobijan hadas niñas
y hierve sangre en el alambique de mi vida

Aún reservo nostalgia por pecados
que adormecen a la víbora enroscada

Aún me excitan los demonios
y la arcilla se acurruca en noche oscura

Aún la urdimbre mágica del mundo
reserva sorpresa de ecuación
al pensamiento

Si no hay certeza en la luz
ni en la oscuridad cerrada

Si el alarido recibe silencio
como única respuesta

Si todo se aleja del atrevido
pensamiento

Y sólo hay ciclos de miedo
espaciados por el vino

Entonces
¿por qué sabemos?

Y sabemos ciertos

¿O es que también la Certidumbre
es parte del delirio?

Escucho sin entender
el barboteo de gusanos
y suaves fantasmas fatuos
que alumbran el cementerio

Las campanadas agitan
los círculos concéntricos
por donde el alma resbala
a oscuridad infinita

Mientras pelean nítidas voces sencillas
con olor a adobe
carbón de leña
luciérnaga

Voz chinampina que huele a la bisabuela
diente de león
yerbabuena

Voz chicharra o golondrina
impregnan al camposanto
con tristeza repentina

El grito que nadie atendió
el sudor helado
el vómito negro
el llanto enfermo
la plegaria musitada
al culminar el rosario
de vejez que no se acaba

Cuánta razón tienen los vivos
para huir del precipicio

Por eso escucho y escribo
escribo
borro
corrijo

Aún muerto no escapo a la imagen enervante
del yo
aunque esté
totalmente ya perdido



Ofrenda en la Plaza de Armas de Cuernavaca en memoria de las víctimas de la violencia en Morelos, 2014. Fotografía de Víctor Gutiérrez

Tengo derecho a reír de por vida en esta vida
sin que la muerte roce
mis acciones cotidianas

Regar el patio
Preparar el chocolate

Ir al mercado de colores y arrebatos
Marcar las notas rítmicas del canto
Pisar descalzo la ribera del lago
donde una barca rústica
hiende las ondas
que destrozán el encanto

Así
hasta arribar con el bigote encanecido
por tantos memoriales cancelados
a oscuridades sin señales de universo
más allá del vaivén callado
del inmenso Océano

O a pasar la eternidad aquí en la tierra
acompañarla en su explosión
y su silencio
para transportarla en el ala del Arcángel
al iris de mi Ojo de oricalco

Y recrear así
perpetuamente
en mi vientre maternal
mi Adán de barro

PEQUEÑOS ACTOS DE MAGIA

Efraím Blanco

Las historias fantásticas, la ironía y los personajes extraordinarios son características que acompañan la narrativa del escritor morelense Efraím Blanco, promotor del microrrelato y la ciencia ficción, y ganador del XI Concurso Nacional de Cuento "Juan José Arreola". Un ejemplo de ello es este cuento inédito que comparte con los lectores de la Voz de la tribu.

*The cat's in the well, leaves are starting to fall.
Goodnight, my love, may the Lord have mercy on us all.
Bob Dylan*

PARA EL TRUCO de los gatos, Mariana pedía al público que guardara silencio.

A continuación una luz blanca llenaba el escenario y todas las luces secundarias se apagaban. En el sonido local se escuchaba una canción de Bob Dylan, en la que una guitarra sonaba un poco desafinada y la voz del rockero se escuchaba particularmente temblorosa.

El truco era un tanto complicado:

Mariana sostenía a dos gatos en una mano mientras al tercero lo arrojaba hacia arriba. En una maniobra ensaya-

da, la chica lanzaba a los otros dos gatos, que hacían un par de piruetas antes de aterrizar sobre el escenario en dos patas, entrelazar las restantes y cazar al gato que caía sobre ellos. El gato que caía llevaba un sombrero y un traje que no tenía puestos al principio. ¡Alakazam! Los otros dos felinos, además, hacían la pose teatral de las asistentes de mago, señalando hacia el elegante minino que descansaba entre ellos. El público estallaba, eufórico. Mariana levantaba a los gatos y el telón descendía dando fin a la función.

El asunto era espectacular. Sobre todo tratándose de una pequeña carpa que hacía sus funciones de pueblo en pueblo o de ciudad en ciudad, sin el apoyo de las grandes empresas circenses o conglomerados comerciales. Los cuatro viajaban tras el convoy de los demás artistas, en una combi del setenta y ocho que aún lucía algunas flores pintadas a mano en el exterior, herencia de su paso por los setenta. Sus pocas pertenencias estaban guardadas en un baúl café, con unas letras doradas que decían: Mariana y sus gatos mágicos.

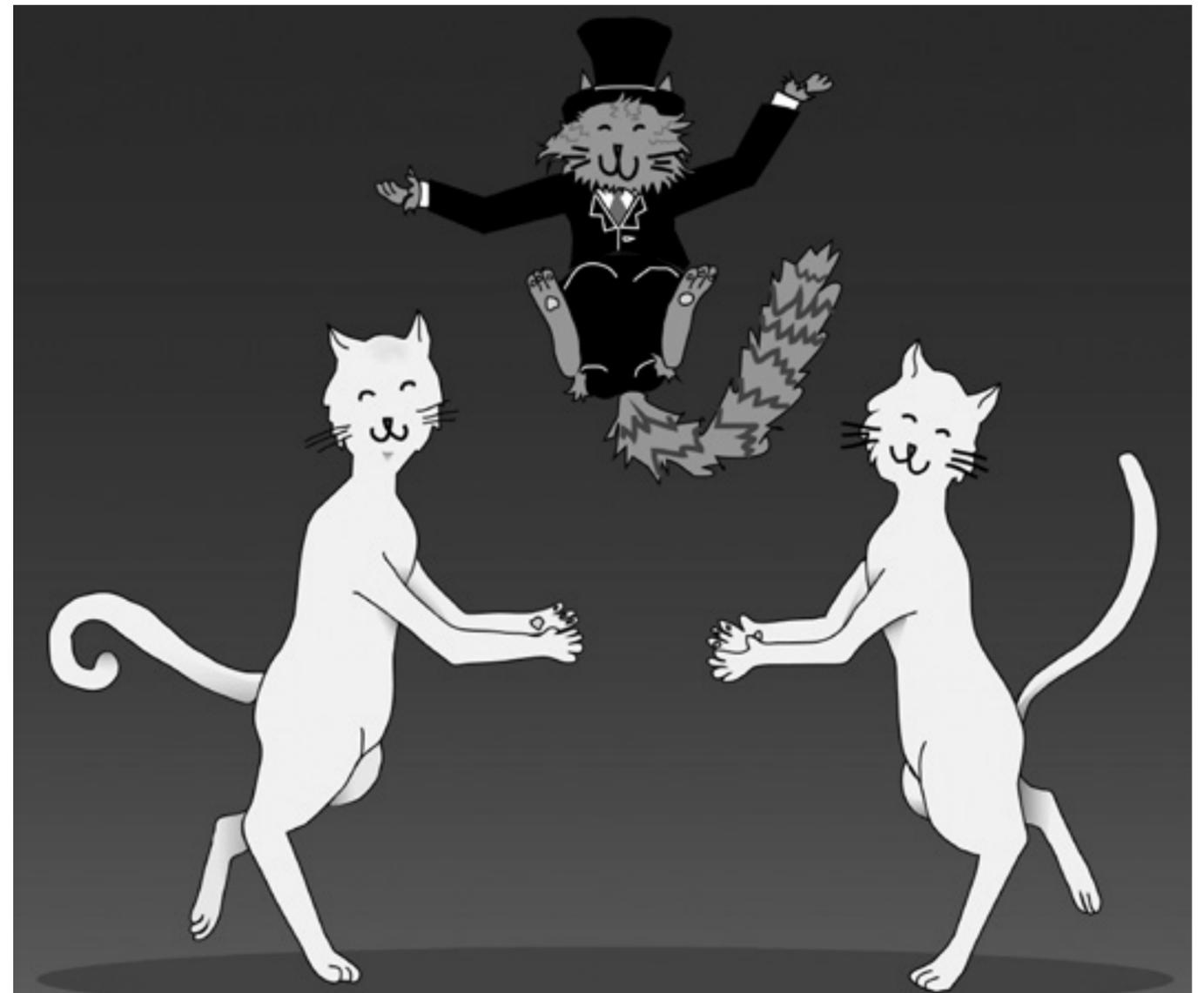


Ilustración de Bernarda Rebolledo

–Nunca me ha gustado el asunto de que piensen que somos mágicos –decía Otto, el gato persa que era lanzado por los aires en el truco–. La verdad es que no hacemos magia y es triste que después de tantos años nadie nos lo reconozca.

Los otros, incluida Mariana, lo miraban con cara de hastío. No había noche en que Otto no se quejara de las malas condiciones del lugar, del poco

reconocimiento, de los lugares pulgosos donde se presentaban, de lo cansado que era el transporte y de la mala calidad de las carreteras del país. Snow y Christmas, los dos gatos blancos que completaban el truco, solían hablar poco y se la pasaban jugando cartas entre ellos durante los largos viajes. Para complacerlos y aligerar los tiempos muertos, Mariana ponía una y otra vez los

discos de Bob Dylan que había conseguido en el tianguis del Chopo, una tarde que dieron una función antes de una tocada de bandas de rock en la que tuvieron bastante éxito.

–Bob Dylan nació en Duluth, Minesota, igual que nosotros –decía Snow–. Creo que si diéramos una función por allá nos iría de lo mejor.

–No lo sé, hermano –refunfuñaba Christmas–. Creo que

hemos perdido la resistencia al frío. Sobre todo después de aquella temporada en Acapulco.

La gira por el estado de Guerrero se vio interrumpida por protestas de grupos por la protección animal, que pedían la prohibición del uso de animales en circos. La última tarde la función se vio interrumpida por unos chicos que quisieron robarse a los gatos de Mariana, a una cebrá que bailaba *tap* y al elefante cuyo único truco era quedarse dormido mientras dos payasos enanos hacían una rutina sobre su espalda.

Al final del día, la combi circulaba por la carretera libre hacia la ciudad de México, y los gatos escuchaban *Blowin' in the wind* mientras se daban un baño de lenguas rasposas. Otto se quejaba del clima. Mariana iba, como siempre, en silencio. Miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor y se aseguraba de que sus mininos estuvieran bien. Le preocupaba la constante presión de grupos que pensaban que sus felinos eran maltratados. No hallaba el modo de decirles que se trataba de una relación profesional, y soñaba con el modo de que el mundo escuchara de voz de los propios gatos que tan sólo querían que los dejaran trabajar en paz.

Los había encontrado en un callejón, cerca de la frontera con Estados Unidos, donde platicaron de las cosas que les gustaba hacer, de la mala suerte de Mariana en su incursión en la magia, del mal humor

de Otto y de lo que el futuro podría traer para un grupo de cuatro perfectos inadaptados amantes del *rock and roll*. Así empezaron a viajar juntos. Canciones. Risas. Trucos fallidos. Grandes aplausos cuando el gato persa dejó de quejarse y aceptó ser lanzado por los aires. Éxito.

El micifuz llamado Otto era el más viejo de los tres. A menudo alegaba de cualquier cosa, hacía gestos y se acurrucaba al fondo de la combi, desde donde veía la carretera perderse en el horizonte. No era fanático de Bob Dylan. Decía que en todas sus vidas nunca había escuchado a un cantante tan malo y prefería dormir a escuchar sus grandes éxitos una vez más. Aunque también aseguraba ser feliz y haber encontrado, por fin, una familia.

Pero su mundo de magia no fue color de rosa.

Una noche, después de una función en la ciudad de México, cien personas rodeaban la combi. No había flores coloridas en el horizonte. La escena parecía sacada de una vieja película del oeste, donde los villanos eran una chica y sus tres mininos, y los linchadores eran chicos y chicas con *iPads* que habían convocado al rescate de unos felinos desde el anonimato de las redes sociales. Mariana y sus gatos se refugiaron en la azotea de un edificio de oficinas, a donde siguieron al payaso que hacía el truco de desaparecer a la esposa, y que era perseguido por el marido que se mezclaba entre

la turba que quería rescatar a los animales. Allí, rodeados, ninguna explicación fue suficiente para los que sujetaban a la muchacha mientras ponían en jaulas a Snow y Christmas, agotados de escaparse entre manos sudorosas con antorchas en las pantallas de teléfonos de última generación.

—¡Somos los gatos mágicos de Mariana! —gritaban los blanquecinos mininos, pero nadie les hacía caso.

Entonces Otto decidió lanzarse al vacío.

Estaba cansado. Ante la mirada de los allí presentes, el viejo gato persa no dudó y decidió terminar así con todos los problemas. Pudo ver a Mariana, que lo veía caer y, en medio del caos, le sonreía. En pleno descenso, Otto llevaba ya puesto un diminuto sombrero de copa y un elegante traje hecho a la medida. Pensaba que ese momento del truco en el que aquella chica de ojos cafés lo lanzaba al aire era lo mejor que le había pasado en todas sus vidas anteriores. Era feliz de tener una familia. A la larga, estaba seguro de que eran esos pequeños actos de magia los que la gente realmente no lograría entender nunca. Le guiñó un ojo a Mariana. Pensó en Snow y Christmas. Le vino a la mente una canción desafinada de Bob Dylan, y simplemente se dejó llevar. ¡Alakazam! 🦊

Y... ¿POR QUÉ LA RANA SABIA?

José Ramón Corona

Uno de los pulmones librescos más importantes de Cuernavaca es sin duda la Librería La Rana Sabia. Ubicada en el corazón de la ciudad, recibe a todo tipo de lectores y curiosos en busca de recomendaciones. Pero también da refugio a diversos proyectos editoriales independientes del estado y del interior del país. No se trata de una librería común, sino de un punto de encuentro que ofrece múltiples lecturas. En el marco del 25 aniversario de esta casa de libros, su fundador José Ramón Corona nos presenta la historia de la librería y el valor de ser un librero comprometido con su oficio.

EL ANUNCIO LUMINOSO me atrajo intensamente. Café La Rana Sabia, decía, acompañado por la silueta verde de una rana, luminosa también. ¿Será aquí? Descendí seis escalones, cuidando de no golpearme la cabeza contra el entrepiso. Una luz mortecina dejaba en penumbra a los pocos clientes que lo ocupaban. Había una barra con una cafetera, unas cinco mesas con sus sillas y junto a la pared de la izquierda tres pacas de alfalfa. También en el piso había diseminados algunos tallos de ese vegetal preferido por los rumiantes. Sólo de ver las pacas me empezó un escozor en el cuello, que me hizo recordar aquellas tardes calurosas en Culiacán, cuando descargaba junto con un par de amigos todo un camión de ese alimento para caballos y vacas, en la bodega de don Toribio. Con el sudor se nos pegaban en la piel diminutas puntas de alfalfa, que nos molestaban, principalmente en el cuello, y no soportábamos el roce de la camisa. Después

de recibir una simbólica paga nos repartíamos en nuestras casas para darnos un riguroso baño, resregándonos el jabón en la nuca y los hombros, hasta quitarnos los restos de alfalfa y ponernos guapos para salir a buscar fiestas.

Antes de ambientarnos, llegaron otros alumnos, quienes nos aclararon que en realidad veríamos al maestro en el Café Kineret, un lugar más apropiado que La Rana Sabia, considerado por muchos como un café “existencialista”. Era práctica común, por los años de 1963 y 64, que algunos maestros jóvenes de Arquitectura nos citaran en cafés de moda de la Zona Rosa, para revisar los avances de los proyectos que desarrollábamos. Ellos se ahorran el viaje hasta Ciudad Universitaria, disfrutaban de un café y nosotros incursionábamos en esos lugares de reunión y entretenimiento, llamados *chicks* por la pequeña-burguesía intelectual.



José Ramón Corona Ojeda en *La Rana Sabia*

Desde mi adolescencia gustaba de la lectura, pero durante años leí literatura barata, que sólo me quitaba el tiempo y seguramente la vista. Gracias al tío de unos amigos pude leer a escritores de buen nivel, como Jan Valtan, Luis Spota y Curzio Malaparte.

A partir de 1967 y bajo la influencia de un compañero de trabajo, me dediqué a leer a autores marxistas, incluido el mismo Carlos Marx. Integramos un círculo de estudio que no pasó de cinco compañeros. Más tarde, por 1970, tocó turno a Mao Tsé-tung. Uno de sus artículos que me influyó para toda la vida fue: "Acerca de la práctica", que se podría sintetizar diciendo: "está bien que estudies, pero debes intentar aplicar esos conocimientos en la práctica social, de lo contrario carecerán de valor".

Durante diez años trabajé en calidad de voluntario en la Sociedad Mexicana de Amistad con China Popular, A.C. En esta organización me hice cargo de adecuar una bodega para el buen control de los libros y, con los demás miembros de la junta directiva, representar a China en la Primera Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil, realiza-

da en el Auditorio Nacional. Durante mi estancia en esa asociación atendí a un señor que venía de Tepic, Nayarit, a conocer libros chinos. Me platicó que había creado una librería en esa ciudad, pero que antes de inaugurarla, algunos amigos le manifestaron interés en hacer lo mismo, aunque finalmente no se decidieron, lamentándose de que mi interlocutor sí la hubiera establecido. Ese comentario se introdujo en uno de los baúles de mi memoria y allí quedó en espera de un llamado.

Por ese tiempo leía todos los cuentecitos chinos que nos llegaban, y en sus fábulas descubrí que la rana destacaba entre los demás animalitos de la selva, por su serenidad y sabiduría. Años después, ya en el estado de Morelos, algunos de mis clientes me decían que los pueblos originarios de México, también consideraban a las ranas como seres de gran inteligencia.

En los años setenta, en que laboré en el IMSS, trabé amistad con Fernando Acosta, a quién apodé el Negro, friolento como él sólo, al grado de provocar las burlas de sus hijos, pues cuando iban a Acapulco se paseaba por la playa en traje de baño, con zapatos y una gruesa chamarra encima, a la que llamaban: "el chipiturco". Cada que iba a intervenir en alguna reunión de trabajo con sus colegas del Departamento de Equipos Médicos del Centro Médico Nacional, no faltaba un compañero que dijera: "Va a tomar la palabra la vieja y sabia rana." En dos o tres ocasiones le dije: "Negro, si un día pongo una librería, la voy a llamar La Rana Sabia, y tú la vas a inaugurar".

Después del temblor de 1985 y ante un aumento desmedido de la contaminación atmosférica en la ciudad de México, se me ocurrió sugerirles a mis dos pequeños hijos que me ayudaran a convencer a su mamá para que nos viniéramos a vivir a Cuernavaca, a una casa que sus padres les habían dejado a ella y a su hermana. Para entonces yo ganaba comisiones en el negocio de un hermano, que vendía desperdicios de metales en dos o tres fundidoras del Valle de México. Por ese tiempo mi esposa era maestra en la UNAM. Pensé que si yo ponía una librería, podría pasar a dejarla en su trabajo y visitar editoriales, comprar libros y recogerla de regreso. Convenirlo fue fácil, pero en ocasiones me retrasaban en las editoriales, y a mi vez, pasaba tarde por ella, ganándome, sin merecerlos, sus injustos reproches.

Finalmente, el sábado 29 de abril de 1989, a las cinco de la tarde, con un acervo de libros editados en la República Popular China, en un pequeño local en el interior del Pasaje Florencia, en la calle Rayón, frente a un costado del Teatro de la Ciudad, el Negro cortó el listón inaugural de la Librería La



Interior de la Librería *La Rana Sabia*

Rana Sabia. Un par de años después, cuando me preguntaban por qué había cerrado la librería Bajo el Volcán, yo les contestaba: muy sencillo, a Bajo el Volcán la inauguró el gobernador Riva Palacio y a la Rana Sabia mi amigo el Negro, hasta entonces, un perfecto desconocido.

Al inicio las personas me preguntaban: "¿Cómo es que tienes libros editados en China y ninguno hecho en México?" Opté por preguntarles: "¿Qué libros quieres?" Y empecé a traerlos por encargo. Recordé que en una librería del Fondo de Cultura Económica que estaba en la Avenida Universidad, de la ciudad de México, me regalaban separadores. Me propuse hacerlos para mi librería. Fernanda, una amiga, me diseñó un logotipo que me encantó. Una rana prehispánica (que por cierto, se observa en una pared de Tepoztlán), estampada sobre un libro abierto. Su pareja, Hugo Carrano, me entregó, a su vez, los dibujos de los veinte días del Calendario Azteca. Le puse por un lado los datos de la librería y la leyenda, acordada con una amiga que laboraba en Editorial Patria: "Si no tengo el libro que usted quiere, se lo consigo". Tiempo después, acordaba con Aurelio Rodríguez, músico y diseñador de mosaicos, los temas de pinturas y acuarelas de ranas que incorporábamos a los separadores (por cierto que algunos clientes me han confesado que los coleccionan).

En agosto de 1990 mudé la librería a un local más amplio que da a la calle. Los resultados fueron impresionantes: en dos días vendí lo de un mes en el local inicial. Mandé hacer un letrero en madera con una rana que portaba enormes lentes y lo rotulé. Todavía inseguro por el nombre, lo colgué afuera del local. Las exclamaciones de los niños que pasaban por la calle fueron contundentes: "¡Mira, mamá: Librería La Rana Sabia!" Entonces, me dije: "Ramoncito, ya la hiciste".

En 1991 acudí a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, donde un señor español, con conocimientos enciclopédicos de todo lo relacionado con los libros, nos dio una charla acerca de las librerías, su financiamiento y su adecuación física. El tipo me dejó fuera del negocio, pues decía que si no contábamos con financiamiento suficiente, mejor ni lo intentáramos; pero yo, sin preguntar, ya lo había iniciado y no estaba dispuesto a dar marcha atrás.

La editorial Fondo de Cultura Económica fue la primera que me dio crédito. Yo le preguntaba al Jefe de Ventas: "¿Para cuándo será negocio mi librería?" Al principio me contestaba que en dos meses, pero conforme pasaba el tiempo me iba alejando la cifra; la última vez que me contestó, riéndose, me dijo: cinco años.

Muy al inicio vi en México un libro que me pareció interesante; lo compré, llegué con él a la librería y cinco minutos después me lo solicitó un padre de familia acompañado de su hija. Ése fue un chiripazo. En la práctica cotidiana, mis mejores consejeros han sido mis clientes. De ellos aprendemos mis empleados y yo, y al mismo tiempo, adquirimos la responsabilidad de orientar a otros que no tienen claridad de lo que buscan. Reflexionando sobre la experiencia cotidiana, descubrimos lo valioso de nuestra labor, que no sólo consiste en comercializar libros, sino en contribuir a la difusión de los conocimientos que, paulatinamente, vamos adquiriendo de clientes, de autores y de promotores editoriales, y francamente nos sentimos muy bien. Así la librería se convierte en una especie de estación de intercambio de conocimientos.

Lo más emocionante es recibir novedades de las editoriales. Me maravillo con su presentación, su portada, el título y el subtítulo. Los sopeso, los huelo, los hojeo, los ojeo y los comento con mis

compañeros de trabajo. Lo más aburrido: buscar por toda la librería los ejemplares que se han de devolver. Lo frustrante es descubrir que se me quedaron algunos ejemplares que debieron haberse devuelto, con la salvedad de que no son interesantes.

Con la práctica nos percatamos de los títulos que no deben faltar y en el trayecto he aprendido que para que la librería sea negocio debo vender todo tipo de libros, aunque algunos no vayan de acuerdo con mi formación, ni con mi ideología. Cuando mis clientes, emocionados, me preguntan si tal o cual libro es bueno y a mí no me lo parece, hago de tripas corazón y les contesto que se vende bastante.

En ocasiones nos divertimos cuando los clientes, con información defectuosa, nos hacen peticiones absurdas. Una jovencita, acompañada por tres amigas, probablemente de preparatoria, me solicitó "La rana desnuda". Después de aclararle que las únicas ranitas que había en mi librería eran recatadas, le dije que probablemente le habían pedido que leyera *El mono desnudo* y que lo podría adquirir en la Rana Sabia. Las risotadas de sus compañeras no se hicieron esperar. Otra más me preguntó que si tenía "El libro en llamas". Claro que buscaba *El llano en llamas*, pero no pude evitar decirle, con mi mejor sonrisa, que en ese lugar no podía tener un solo libro en llamas. También entre el personal que atiende hay *lapsus*, como el de una compañera que en vez de transcribir para mis pedidos: *Frag-*

mento de un discurso amoroso, anotó: "Fragmento de un descuere amoroso". Por supuesto que le pregunté: "¿En qué estabas pensando?"

Cuando había superado mis ventas, por la noche en que llegaba a casa, les decía a mi esposa e hijos: "Hoy vendí tanto", provocando sus vivas y aplausos. Así llegué al día en que vendí ciento dos mil pesos, aunque ése no ha regresado. Por ese tiempo, en que no conseguía crédito para comprarme un coche, McGraw-Hill me había enviado libros con valor de dos millones de pesos, todo con el poder de mi firma. ¿Qué vieron en mí que les inspiró confianza? Nunca lo supe. Hoy en día las cosas han cambiado. Las editoriales ponen cada vez más dificultades para vender a crédito.

El negocio no es fácil, aunque no faltan personas que te dicen que no hay uno solo que lo sea. En ocasiones en que estaba apesadumbrado, sacando números, indeciso entre declararme en quiebra o seguir adelante, me sentía como en medio de un río, donde el esfuerzo que significaba regresar al punto de partida, resultaba ser el mismo que tratar de alcanzar la orilla opuesta. ¿Qué hago? No faltaba entonces alguno de mis primeros clientes, ya en calidad de amigo, quien me decía: "¡Pinche Ramón, qué chingón eres, tienes una librería!" Ese fenómeno me aconteció varias veces y en situaciones de ánimo similares, y justo cuando éste decae, llega otro amigo que me levanta del piso. Decidí entonces que ésta era mi trinchera, y aquí me tienen. ☘

OCUITUCO, UN PUEBLO DE SILENCIOS

Susano Ibarra

Desde la mirada íntima y crítica de un habitante de Ocuituco, Susano Ibarra, alumno de la Facultad de Artes de la UAEM, expone sus inquietudes y se adentra en las problemáticas sociales que viven los habitantes de este municipio, generando una radiografía de lo que acontece en los poblados colindantes en materia cultural y gubernamental.

EL MUNICIPIO DE Ocuituco, ubicado al noreste del estado de Morelos, se encuentra suspendido en el silencio que envuelve al Popocatepetl. Al llegar al municipio, unos eucaliptos de gran altura que se encuentran a los costados de la carretera, dan la bienvenida al visitante, que se encontrará con un pueblo casi estático, tranquilo en apariencia, con un silencio que pareciera emanar del exconvento de San Agustín.

Ocuituco se encuentra entre los municipios de Yecapixtla, Tetela del Volcán y Zacualpan, a unos 29 kilómetros de la ciudad de Cuautla; justo a los pies del Popocatepetl. Es por eso que el municipio cuenta con dos formas de ecosistema: en la parte baja, un clima semicálido con grandes planicies, en donde los cazahuates y los huizaches se extienden; en la parte norte los terrenos se vuelven más escarpados; ahí crecen los pinos, ocotes, encinos... árboles más propios de un clima frío.

En el municipio habitan alrededor de 16 mil personas, la gran mayoría dedicadas a actividades agrícolas; pero la realidad para ellas no es muy

alentadora, según nos cuenta un habitante; esta actividad es poco redituable:

"Los insumos son muy caros y vendemos nuestros productos muy baratos, pero qué le vamos hacer, es lo que tenemos."

Las fuentes de empleo en Ocuituco son escasas, los pocos habitantes que logran obtener un empleo, viven con el salario mínimo, así que la otra parte de la población en edad productiva, se ve en la necesidad de buscar empleo en los municipios cercanos o en la ciudad de Cuautla. Pero la mayoría de estos empleos no cuentan con prestaciones sociales.

Este sector de la población productiva que busca empleo fuera de su municipio cuenta con uno de los servicios de transporte público más caros del estado: tan sólo transportarse del pueblo de Ocuituco a la ciudad de Cuautla cuesta alrededor de 17 pesos. Si pensamos que una persona trabaja seis días a la semana, el gasto es de unos 408 pesos a la quincena, y hay que decir que en las horas pico el servicio de transporte muestra deficiencias, pues



La Rana Sabia
LIBRERÍAS

Rayón 22. Centro. Cuernavaca

Hidalgo 22 Interior 4, Museo
Casona Spencer. Cuernavaca

314 06 87 - 314 38 40
Email: librerialaranasabia@gmail.com

Un buen libro, un buen café



Ocuituco. Fotografía de Susano Ibarra

las unidades son adaptadas para funcionar como transporte público y no responden a las necesidades de los usuarios. El servicio es utilizado por trabajadores, estudiantes y comerciantes, comerciantes que transportan sus productos a Yecapixtla, Ozumba (en el Estado de México) o a la ciudad de Cuautla. Pero no son los comerciantes los responsables de que el sistema de transporte falle, es el concesionario quien debe ofrecer un servicio de acuerdo a las necesidades de sus usuarios.

Ahora bien, el ocuituquense no está en libertad de escoger el servicio de transporte, ya que se ve forzado a utilizar la ruta 22, que está destinada para el municipio. Si un ocuituquense desea utilizar la ruta de Tetela no puede, pues no está permitido. Esto deja ver las prácticas monopólicas que permite la autoridad pertinente en materia de transporte, dejando a un lado la competencia que a mi juicio permitiría que los precios bajaran.

¿AUTORIDAD?

La agricultura en Ocuituco ha rebasado la superficie destinada para esta actividad en un 21%, sin haber una autoridad que controle la deforestación, o que eduque a los campesinos en materia ambiental. Por otro lado, los propietarios de huertas de aguacate o durazno tienen que lidiar con el robo de sus frutos, frutos que después son vendidos en Cuautla o Yecapixtla por los delincuentes.

Pero la delincuencia no termina ahí.

En el año 2010 el secuestro de uno de los habitantes del pueblo de Jumiltepec, perteneciente a Ocuituco, llevó a los pobladores de esta comunidad a organizar una policía comunitaria e instalar retenes a las entradas del pueblo, revisando cada

vehículo que entraba a la comunidad, haciendo a un lado al estado de derecho, demostrando que también pueden estar organizados y que pueden armarse.

En mayo del año pasado los habitantes del pueblo de Huecahuaxco, se manifestaron de manera violenta, tomando las instalaciones del Ayuntamiento, que es dirigido por un miembro del partido Verde Ecologista de México. Lo que detonó esta manifestación fue que se enteraron de que el señor presidente percibía un sueldo cercano a los 100 mil pesos, cuando el ocuituquense promedio vive con un salario mínimo. El enojo de los habitantes no paró sólo en el acto de la manifestación, sino que cometieron destrozos en las instalaciones del Ayuntamiento, destrozos valuados en más de medio millón de pesos; no hubo autoridad que les detuviera, y es que Ocuituco vive siempre con el riesgo de la ingobernabilidad.

Según Marx el Estado es el encargado del monopolio de la violencia, pero no únicamente tiene esta función; también es un proveedor de servicio, como el servicio del agua.

Un ama de casa nos cuenta que el servicio de agua es muy malo:

“Cuando no llega apestosa a cloro, llega amarilla, y seguido se quema la bomba y nos quedamos sin agua.”

Los habitantes del municipio de Ocuituco no cuentan con agua potable. Antiguas administraciones han declarado lo contrario, que el municipio tiene agua potable. Hay que decir que recientemente el ayuntamiento dio a conocer que se invertirán 5.6 millones de pesos para el alcantarillado y el agua potable. Todo esto suena bien, pero hay que esperar para ver los resultados y



Ocuituco. Fotografía de Susano Ibarra

cerciorarnos de que no pase lo mismo que con las administraciones pasadas.

EDUCACIÓN Y CULTURA

En materia de educación, el municipio de Ocuituco cuenta con una oferta educativa que permite estudiar hasta el nivel medio superior, con una formación técnica; después de esto, el ocuituquense que desee continuar sus estudios se ve obligado a salir del pueblo. Pero la mayoría de los que se van ya no regresan. Es así cómo Ocuituco pierde a sus profesionistas más capacitados. La gran mayoría de las personas que se quedan tiene una educación elemental; con esto no quiero decir que no hay profesionistas, por supuesto que los hay, pero la mayor parte de la población sólo cuenta con la secundaria o un bachillerato técnico.

En el ámbito cultural, podríamos decir que las cosas en Ocuituco están más o menos balanceadas, pues en el municipio se encuentra la Casa de la Cultura Fundación Rayuela: esta obra fue construida gracias a la participación en conjunto de la inversión privada y el gobierno, durante la administración pasada. Esta casa de la cultura cuenta con gente muy bien capacitada y representa para el pueblo una de las inversiones más importantes de la década. Cabe destacar que quien administra la casa de la cultura no es el Ayuntamiento, sino la Fundación Rayuela, que se encarga de la contratación de su personal; lo único que hace el Ayuntamiento es apoyar económicamente para que ofrezca sus servicios, servicios que no muy caros, para que estén al alcance de la población.

Pero desde el gobierno las cosas no son muy agradables, pues en un acercamiento con el encar-

gado del departamento de cultura, nos cuenta que la participación ciudadana es escasa durante los eventos organizados por el ayuntamiento:

–Tengo que trabajar mucho con la gente, por ejemplo, tenemos proyectos culturales pero no hay mucha asistencia, entonces hay que enfocarse a la gente y tratar de sacarlos de su casa, pues no acostumbran salir.

Él también comenta que recientemente no se han organizado actividades artísticas. Y es que ni siquiera sabe cuánto dinero hay destinado para cultura y para poder gestionar un evento cultural hay que buscar la autorización de la tesorería, la cual desde mi visión es un freno para la organización de éstos.

Pero Ocuituco tiene algo más que le da identidad y lo unifica: el ex Convento de los Agustinos, el primero en América Latina; construido en el año de 1534. Este edificio histórico se encuentra deteriorado, sin embargo, recientemente se han hecho esfuerzos para restaurarlo. Además cuenta con un museo comunitario, el cual debe su existencia al grupo cultural Siena, integrado por habitantes de las comunidades. Una de las dificultades que enfrenta el museo es encontrarse en las instalaciones de la iglesia, pues es el sacerdote quien dispone y presta las instalaciones para albergar este museo, y en tiempos recientes ha manifestado que ya no prestará más sus instalaciones, pues ahora serán usadas para enseñar la doctrina católica. Ocuituco lucha por recuperar y mostrar su pasado a pesar de que sus opositores sean los mismos ocuituquenses.

Aun así, Ocuituco es un pueblo tranquilo: aquí no pasa nada. ☘

PASIÓN POR EL BLUES

Patricia Godínez e Ina Larrauri

El auditorio Emiliano Zapata de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos fue el escenario donde se presentó La Blues Band la tarde del 29 de mayo, como parte de las actividades del Programa de Colaboración UAEM-UNAM 2014, que tienen la finalidad de llevar a la comunidad universitaria y público en general eventos de calidad. La Voz de la tribu presenta una entrevista realizada a Nacho Quirarte, líder y fundador de la agrupación, quien nos habla de los inicios, influencias y planes para la presentación del primer disco de la banda.

DURANTE EL CONCIERTO fue posible distinguir sonidos provenientes de lugares importantes en los orígenes del blues y el jazz, tales como Inglaterra, Chicago, Nueva York y Nueva Orleans. ¿Por qué eligieron al blues como su línea de expresión?

Pues a mí me parece que el blues es el origen de todo lo demás. A nosotros en nuestra formación académica nos dijeron: "Si no pueden tocar blues quizá no puedan tocar todo lo demás". En mi caso, yo ya conocía el blues desde niño, por mis padres; diría que siempre he encontrado en el blues la forma más pura de expresión musical, a mis compañeros se les pegó un poco. Otros no lo habían oído mucho, pero al final todos coincidimos en sensibilidad para formar la banda.

El blues ha estado presente durante toda tu vida, ¿podrías hablarnos un poco más de eso?

Mi papá ya no vive, pero tenía un corazón muy melómano y escuchaba principalmente blues, jazz y The Beatles. Fue una gran escuela para mis oídos, él me llevaba a algunos conciertos y de ahí me interesó agarrar la guitarra; eso fue como a los 12 años

más o menos, y me gustaba muchísimo. En esa época no lo identificaba muy bien, pero más tarde supe que lo que siempre me gustó fue el blues.

¿Qué músicos son los que más te han influenciado?

Mi mamá tenía el *Unplugged* de Eric Clapton y lo escuchaba cuando era niño, ése me voló la cabeza, me gustó mucho. Entonces tocaba guitarra acústica. Ahora en la banda toco más el piano, pero comencé tocando la guitarra acústica y ese disco era muy inspirador; me permitió sacar algunas cosas. Durante esos años fui conociendo a muchos otros. Me encanta y estoy muy influenciado por el Dr. John (Malcolm John "Mac" Rebennack) porque tiene un estilo fascinante; es un lujo escucharlo y poder sacar sus canciones. Como cantante compositor y pianista, me parece de lo mejor que hay.

Con la influencia de personajes tan notables, la búsqueda de un estilo propio, musicalmente hablando, debe ser un trabajo complejo.

Sí, es complejo, yo no podría decir que estamos ahí. Apenas estamos en esa transición, escribiendo temas propios, pero vamos por el camino correcto.



La Blues Band. Fotografía de María Diego, UNAM Campus Morelos

Hemos tenido la duda de escribir en inglés o en español y hemos optado por el inglés, porque es el idioma en que esta música se origina; no por eso tiene que ser necesariamente en inglés, de hecho soy un defensor de la música en español. Pero conocemos el idioma, lo podemos hacer más o menos bien, nos funciona.

La banda está conformada por Mike Núñez (batería), Javier Reyes (bajo), Adrián Bosques (guitarra), Nacho Quirarte (guitarra y piano) y Geo Equihua (voz). Sabemos que cada uno de los integrantes tiene proyectos por separado; pero, ¿es la afinidad por el blues lo que une a la banda?

No de todos. Adrián, el guitarrista, sí tenía mucho amor por el blues, y el resto nos juntamos porque así se dieron las cosas, y con el tiempo, con las tocadas, fuimos aprendiendo mucho, todos juntos.

Recientemente tocaron en el Festival Internacional Cubadisco, en La Habana, y en agosto de este año verá la luz su primer material discográfico, ¿cuáles son los planes para la difusión de este disco?

Tenemos pensado presentarnos en varios lugares, por ejemplo: uno en el que nos han acogido siempre es La Esquina de los Milagros, un restaurante en Coyoacán; es como nuestra casa donde tocamos, al menos, dos veces por semana, y ahí

seguramente haremos algo. También en la Colonia Roma tenemos otro lugar donde tocamos con regularidad llamado Las Musas de Papá Sibarita, y también iremos a un festival en Guanajuato; ahí dimos un concierto hace un año y nos fue muy bien. Esos tres lugares son donde seguramente presentaremos el disco. Es un material con seis temas, pero acompañaremos la presentación con otros clásicos de nuestro repertorio.

La autogestión es importante para bandas nuevas e independientes ¿ustedes encuentran útiles las redes sociales?

Sí son útiles, pero no debería pensarse que es la única forma. Hay que recurrir a otros medios, como la impresión en papel y otras prácticas de antes, hacer otro tipo de difusión. Es necesario tomar en cuenta las redes sociales, pero no se debe confiar sólo en ellas.

Por último, para quien desee conocer su trabajo, ¿tienen algún sitio donde puedan escuchar su propuesta?

Sí claro, estamos en www.soundcloud.com/labluessband; en Facebook también, somos La Blues Band y twitter @labluessband. 🎸

La Universidad Autónoma del Estado de Morelos a través de la Secretaría de Extensión y su Dirección de Difusión Cultural invita a:



Yoga en la UAEM

Clase masiva de Yoga por la paz, porque la paz empieza dentro de nosotros mismos.

22 de agosto 12:00 hrs.
26 de septiembre
31 de octubre

Impartida por Gaby Zermeño,
maestra certificada de Anusara Yoga

Explanada de la torre de Rectoría
ENTRADA LIBRE ¡TODOS INVITADOS!

Duración: 1 hora 15 minutos

Requisitos:

Ropa cómoda (de preferencia)

Tapete (si no tienes, te prestamos uno)

Informes

Dirección de Difusión Cultural

Correo electrónico:

difusioncultural@uaem.mx



Dimensión Cultural

Espacio radiofónico de la Dirección de Difusión Cultural de la UAEM

Conducido por: Patricia Godínez

Martes 9:00 a 10:00 hrs.

Cuernavaca 106.1 FM Cuautla 89.7 FM Jojutla 91.9 FM



VOZ DEL LECTOR

Queremos que seas nuestro colaborador.
La Voz del lector es tu columna.
Envía tus comentarios a:
vozdelatribu@gmail.com



Comunidad Cultura y Paz

Foro Internacional

Relevos y fiesta por la paz 16 mesas de trabajo:

Los orígenes históricos del monopolio de la violencia

La economía y la crisis del Estado

La respuesta de las autonomías a la crisis del Estado

Los acuerdos de San Andrés, la defensa del territorio y la constitución

Violencia y no violencia en la construcción de las autonomías

Policías comunitarias y autodefensas en el proceso de construcción de las autonomías

Las autonomías y la reconstrucción del tejido social en el espacio urbano

La paz autónoma de los pobres

Diferentes visiones de la autonomía y otras formas de organización

Las voces indignadas de las plazas

Organizaciones y empresas

Libertad de expresión y paz

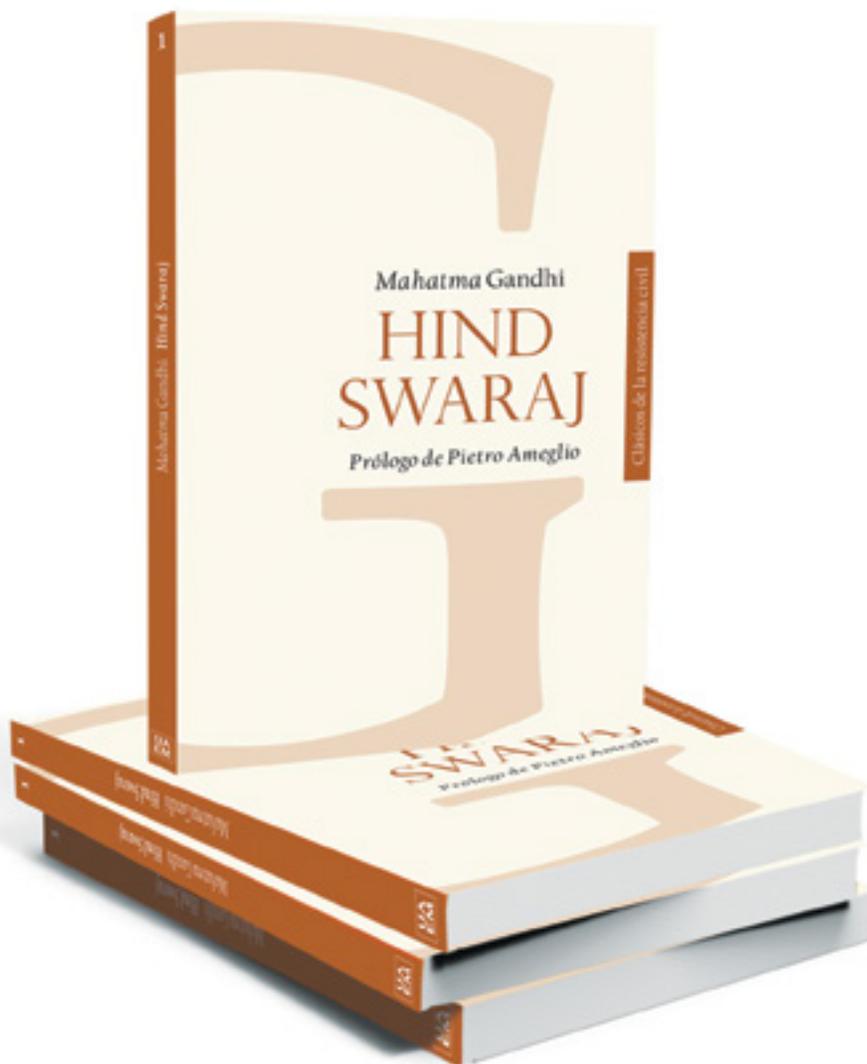
Territorio y patrimonio

www.uaem.mx

Del 10 al 14 de noviembre 2014 [uaem.mx](https://www.facebook.com/uaem.mx) [@uaemorelos](https://twitter.com/uaemorelos)



Clásicos de la resistencia civil



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS



RECTORÍA
1943-2013



Difusión
Cultural
UAEM

La colección Clásicos de la resistencia civil expone el pensamiento de grandes personajes del mundo en pro de la no-violencia, la autogestión social y el respeto de los derechos humanos y ciudadanos, prologados por especialistas reconocidos en cada autor.

Informes

Dirección de Difusión Cultural de la UAEM

Correo electrónico: difusioncultural@uaem.mx